

Fútbol increíble

Autor: Luciano Wernicke

Registro de propiedad intelectual: 75.494

“Fútbol increíble” no sólo es una recopilación de anécdotas increíbles y casos curiosos del más popular de los deportes. Cada una de sus 400 historias fue seleccionada cuidadosamente para integrar diecisiete capítulos, en los que la pelota rueda por sitios como restaurantes, casinos, hospitales o baños; es jugada por perros o caballos; o simplemente actúa como testigo de expulsiones extrañas y los festejos de goles más alocados. Un árbitro que se autoexpulsó, un arquero que se dejó vencer porque detrás del alambrado un hincha lo apuntaba con un revólver, un exitoso delantero que firmó un contrato por chocolate y papas fritas, un sordomudo vio la roja por “insultar”, un perro que anotó un golazo, una dirigente despedida por enamorarse de un colega de un club rival y un defensor que llevaba una muñeca inflable a las concentraciones son algunos de los sucesos más sorprendentes incluidos en este libro.

Festival de canes

Aunque la palabra “perro” no fue contemplada en el reglamento del fútbol, no pasa un solo fin de semana sin que se haga presente en cada estadio o potrero, ya sea en boca de algún espectador “calentón” o de un irritado jugador ante un increíble gol perdido por un compañero. En la jerga futbolera, este vocablo es sinónimo de “tronco”, “burro”, “madera”, calificativos para pintar a quien posee pobres recursos técnicos. Los canes aparecen asimismo dentro de las canchas de la mano (o la correa) de la policía: en muchos coliseos del mundo mastines entrenados son llevados dentro del campo para amedrentar a los hinchas a no traspasar las cercas. No pocas veces esos animales, cargados de la tensión y el nerviosismo que reinan en el lugar, han clavado sus filosas dentaduras en la carne de algún atleta. Así le ocurrió, por ejemplo, al arquero Carlos Navarro Montoya, cuando Boca Juniors enfrentó a Colo Colo en el estadio Nacional de Chile por las semifinales de la Copa Libertadores de 1991.

El “perro” brota además como apodo de jugadores, como en los casos del ex delantero de San Lorenzo y Belgrano de Córdoba Javier Arbarello, del ex volante de Lanús Oscar Mena, o del ex integrante del seleccionado campeón del Mundo en 1978 Daniel Killer. Pero los pichichos también se deslumbran con el rodar de la pelota, y de vez en cuando se atreven a cruzar la línea de cal para entreverarse con su “mejor amigo” en la disputa del esférico.

No fue una buena mañana, aquella del 12 de julio de 1997, para Gonzalo Javier Vicente, zaguero de la sexta categoría de Argentinos Juniors. Su equipo perdía por uno a cero como local ante Unión de Santa Fe, los delanteros visitantes lo pasaban como a un poste y unos cachorros vagabundos -esos “marca perro”, que tenían como guarida el modesto estadio de Ferrocarril Urquiza, donde se desarrollaba el encuentro-se divertían a costa suya metiéndose cada tanto a la cancha para distraerlo. En eso estaban los chuchos cuando los chicos de Unión hilvanaron un nuevo ataque: Vicente salió a cortar el avance, pero por esquivar a uno de los perritos perdió la

marca de un rival, al que debió correr desde atrás y cometerle una falta para que no quedara “cara a cara” con su arquero. Enfurecido contra el can, al que consideraba responsable de una nueva llegada santafesina, el joven defensor se desquitó: persiguió al animalito, lo tomó con sus manos y lo revoleó fuera del campo de juego. El inaudito gesto fue severamente recriminado por el árbitro Marcelo Bardelli, quien, además de mostrarle la tarjeta roja al defensor, lo reprendió: “Sos una bestia. ¿Cómo vas a tratar así a un perro?”. Vicente se fue a los vestuarios junto con su entrenador, José Malleo, quien insultó al referí por considerar injusta la sanción. Finalmente, Unión se impuso por 4 a 2, el Tribunal de Disciplina de la Asociación del Fútbol Argentino castigó con una fecha de suspensión a Vicente y con seis a Malleo, y los cachorros siguieron con sus morisquetas. Eso sí: primero esperaron a que se fueran los irascibles chicos de Argentinos.

Otra víctima canina: a mediados de la década del 60, un hincha de Lanús, disconforme con los fallos del árbitro, le lanzó un perrito desde la tribuna. Un policía se acercó al agresor para repudiar su proceder, pero, lejos de mostrar arrepentimiento, le contestó: “Bah... era chiquito”. Estos dos casos refrescan el epitafio que Lord George Byron hizo inscribir en la tumba de su querida mascota: “Tenía todas las virtudes de los hombres, y ninguno de sus defectos”.

En la ciudad española de Salamanca sucedió un caso asombroso. Mientras se enfrentaban dos combinados de menores de 16 años, un perro que no quiso ser menos que los adolescentes cruzó la línea de cal para correr detrás de la pelota. La atrevida acción fue interrumpida por el árbitro, quien llamó al invasor con su silbato y le mostró la tarjeta roja. El bicho sorprendió a todos con su aparente conocimiento de las reglas del juego: dio media vuelta y, sin chistar (ni ladrar), se retiró por la línea final.

A mediados de noviembre de 1997, pocos días después de obtener su quinto campeonato local consecutivo, el club uruguayo Peñarol lanzó una intensiva campaña para engrosar su número de socios. El reclutamiento careció por completo de restricciones, al punto que se aceptó la solicitud de un perro presentada por su dueño. El presidente “mirasol”, José Pedro Damiani, explicó que, frente a la anormal petición, la comisión directiva

debió revisar los estatutos. “Como nada lo inhibía, resolvimos autorizarlo”, explicó Damiani.

Seguramente, el récord en esta materia lo ostenta el club Deportivo Morón, que cuenta con tres ovejeros alemanes entre sus asociados. Ellos son Lourdes y Melanie Martin, carnets números 52.466 y 52.467 respectivamente, y King, socio 52.469. Las dos primeras fueron inscriptas por su dueño, Javier Ignacio Martin -un fanático seguidor de la institución albirroja del oeste del conurbano bonaerense-el 11 de marzo de 1998. King fue anotado una semana después por su propietario, un amigo de Martin. Los tres animales pertenecen a la categoría “menores de doce años”, por lo que pagan una cuota mensual de cinco pesos.

Lanús, el puntero del Nacional B, había conseguido un empate importantísimo ante Colón, en Santa Fe, a sólo dos fechas del final del campeonato. La igualdad, que tuvo lugar el 16 de mayo de 1989, dejaba al equipo local a cinco puntos del “granate”, muy lejos del ascenso directo. El mal sabor de boca dejado por el triunfo que no llegó se amargó aún más para el “sabalero” Néstor Toledo. Mientras se retiraba del campo de juego, el jugador se cruzó con dos policías de la División Perros que, con sendos canes, corrían a dos intrusos que habían saltado el alambrado. Mal llevado por su olfato, uno de los enfurecidos mastines clavó sus colmillos en la pantorrilla izquierda de Toledo, quien debió ser socorrido por sus compañeros. El futbolista debió ser llevado a un centro asistencial, y a causa de la lesión provocada por la mordida quedó fuera del partido siguiente, ante Banfield.

A principios de siglo, el Club Atlético San Isidro (en ese entonces participante de los campeonatos de fútbol) tenía como mascota a un simpático sabueso llamado “Can”, al que se consideraba un talismán de buena suerte que atraía los triunfos del equipo. Un día el pichicho fue atropellado por un automóvil y, a pesar de ser sometido a una intervención quirúrgica, perdió una de sus patitas. Convencidos de que el perro efectivamente llamaba a la buena fortuna, se decidió enterrar la extremidad en el medio de la cancha, la misma que hoy se utiliza para practicar rugby. Can murió en 1917 y sus restos fueron sepultados a un costado del campo de

juego.

El 20 de marzo de 1966, pocos meses antes del inicio del Mundial que se disputó en Inglaterra, el trofeo Jules Rimet desapareció misteriosamente de las vitrinas de la tienda londinense Westminster Hall. El enigmático robo del premio de oro macizo puso en vilo al prestigioso cuerpo de policía Scotland Yard, que a pesar de poner en el caso a sus mejores hombres no logró obtener una sola pista. Desesperada por el bochornoso suceso, que hacía trizas su arrogancia, la Football Association encomendó en secreto al orfebre Alexander Clarke la realización de una copia para sustituir al premio original. Pero antes de que el artista terminara su trabajo, un perro de raza Collie llamado Pickle salvó el orgullo inglés al hallar la preciada copa, oculta dentro de diarios en un jardín del suburbio Beulah Hill. Pickle fue declarado de inmediato héroe nacional y su propietario, David Corbett -un barquero del río Támesis de 26 años-, recibió una recompensa de tres mil libras esterlinas. Finalmente, el trofeo fue entregado por la Reina Elizabeth al capitán Bobby Moore minutos después de que el seleccionado local venciera al de Alemania por 4 a 2. El famoso collie murió en 1973 y su desaparición fue seguida por el llanto de miles de hinchas.

A poco de llegar a China para incorporarse al plantel del Beijing Guoan, el delantero paraguayo Jorge Luis Campos (quien integró la selección guaraní en el Mundial Francia '98) salió una noche a cenar a un restaurante que ofrecía platillos regionales. Poco conocedor aún del idioma local, Campos ordenó una comida que, según creía haber aprendido, era pollo. Pocos minutos después llegó el mozo con la bandeja, y sobre ella había un trozo de carne que a simple vista distaba bastante de ser de un ave. El futbolista pinchó el manjar para confirmar lo que presumía: ni el color ni la textura del producto tenían algo que ver con una presa de pollo. Llamó al camarero y, con sus mejores recursos verbales y algunas señas, le preguntó qué le había servido. La respuesta lo dejó duro: era perro, un alimento muy popular en ese lejano país asiático. Campos volvió a reclamar pollo: imposible, porque la única carne que allí se servía era de can, así que prefirió irse con su hambre a otra parte.

El resonante triunfo ante Holanda, la “naranja mecánica”, por tres a dos en

la primera fase del Mundial '78, de nada sirvió a Escocia. A pesar de la magnífica hazaña ante quienes serían subcampeones, la selección británica no pudo pasar la primera fase porque había caído con Perú y empatado con el desconocido Irán uno a uno. Para empeorar el panorama, el control antidopaje efectuado al delantero Willy Johnston después de la derrota del debut había arrojado resultado positivo. Tras el encuentro, el técnico escocés, Ally Mac Leod enfrentó resignado a los periodistas de su país. Entre preguntas y respuestas, ingresó a la sala de prensa un pichicho “callejero”, que se sentó junto a Mac Leod. Al advertir su presencia, el deprimido entrenador señaló: “Mírenme ahora, sin un solo amigo en este mundo, sólo con este perrucho”. Casi sin dejar que terminara la frase, el animalito se incorporó, mordió al desventurado Mac Leod y se alejó jactancioso. Entonces, sí, el entrenador quedó más solo que un perro.

Las terceras divisiones de Deportivo Cali y San Martín igualaban en un tanto por el torneo peruano cuando un delantero del equipo local, de apellido Pedro, eludió a varios defensores rivales, al guardavallas y mandó la pelota hacia el fondo del arco vacío. En ese preciso instante apareció un travieso cachorro que se cruzó en el camino de la pelota. El balón rebotó en el cuerpo del can, desvió su curso y se perdió por la línea de fondo. Tal como lo indica el reglamento, el referí cobró “pique”. Los disconformes futbolistas caleños iniciaron una airada protesta que terminó en una descomunal batahola con diez expulsados.

En 1991, un hecho idéntico acaeció en Venezuela, mientras Estudiantes de Mérida y Zamora se enfrentaban por la primera división del torneo caribeño. A los 35 minutos del segundo tiempo, con el marcador en blanco, se repitió el caso peruano: un delantero esquivó a dos zagueros, al portero y disparó, pero su remate fue atajado por un mastín que salvó el honor del Zamora. El choque finalizó sin goles y los jugadores de Estudiantes, furiosos, recorrieron palmo a palmo las tribunas para dar con el propietario del animal, a quien querían cobrar una indemnización por el premio resignado.

Si se creía que estos graciosos jugadores de cuatro patas sólo estaban capacitados para custodiar los tres palos, esta ocurrencia bien demuestra que también tienen “olfato” para el gol: el 17 de agosto de 1969, durante un

cerradísimo partido de campeonato de fútbol-5 realizado en la localidad chilena de San Fernando, uno de los protagonistas tomó el balón y sacó un fuerte zapatazo, aunque con mala puntería. Al ver que el balón se alejaba sin peligro, el guardavallas se confió y acompañó su camino con la mirada. Pero antes de que el esférico se perdiera por la línea de fondo, un intrépido can se metió en la cancha y, con una de sus patitas, desvió la trayectoria y empujó la pelota a la red. Insólitamente, el referí convalidó la perruna conquista, lo que encendió las quejas de los miembros del equipo damnificado por la errónea interpretación arbitral. Al percibir que el horno no estaba para bollos, el “goleador” tuvo el buen tino de desaparecer para poner su rabo fuera del alcance de los duros botines de “sus” nerviosos rivales.

Aunque el reglamento se haya olvidado de ellos, los perritos han demostrado ser tan amantes del fútbol como sus propios amos. Y a la hora de lanzarse detrás de la redonda, puede irles bien o mal, pero siempre se salen con la suya, porque se roban el protagonismo.

¡¡Lo que te devoraste!!

Con el avance del “súper-profesionalismo”, la búsqueda del máximo rendimiento del atleta no deja detalle librado al azar. La alimentación del deportista es, desde hace algunos años, motivo de estudio de alto nivel, tanto como el entrenamiento o la innovación en nuevas tácticas y estrategias. Los tiempos de las “ravioladas” regadas con vino tinto minutos antes del inicio del match quedaron atrás. Ahora, en los torneos más poderosos del mundo, especialistas contratados por los clubes controlan cada bocado.

La Lazio de Italia, por ejemplo, antes de comenzar la temporada 1999-2000, en la que finalmente se adjudicaría el “scudetto”, empleó los servicios de un profesor de fisiología para ayudar a sus estrellas a prepararse para la exigente temporada, que incluyó además las copa local y la Liga de Campeones de Europa. El experto recomendó una dieta basada en pizza: “Los atletas necesitan carbohidratos para el desarrollo apropiado de los músculos.

No es fácil si uno sólo come pasta en la tarde y no es suficiente para satisfacer el apetito de los jugadores. Una buena porción de pizza, con tomate o con papa, con un poco de aceite de oliva, tiene un bajo contenido de grasa, crea una dieta balanceada, es fácil de digerir y es sabrosa”, explicó el facultativo, quien agregó que ese plato tiene un valor agregado: “Los muchachos están contentos y eso tiene un buen efecto psicológico en el equipo”.

Ese mismo “efecto psicológico” fue conseguido, casualmente pocos días después de la consagración de la Lazio, por un confitero hinchado del Bayern Munich, quien envió una torta de diez kilos al plantel del Unterhaching para que derrotara en la última fecha al Bayern Leverkusen, el único resultado que le servía al conjunto muniqués para obtener un nuevo campeonato alemán. El gran pastel -decorado con frases de aliento, que viajó acompañado de salchichas y cerveza especial - aparentemente motivó a los futbolistas del débil Unterhaching, que despacharon con un dos a cero al Leverkusen, hasta ese momento colocado tres puntos arriba del Munich y a las puertas de su primer título en la Bundesliga. Bayern Munich doblegó al Werder Bremen por 3 a 1 y alcanzó las 73 unidades que tenía el Leverkusen, pero se quedó con el título por una diferencia de goles a favor superior.

La acción estimulante de la buena mesa parece no ser cosa menor entre los jugadores de buen paladar. Cuando el brasileño Catanha firmó para el Málaga de España, reclamó un premio extra por cada gol convertido. Los directivos de la institución andaluza accedieron, pero en lugar de dinero contraofertaron la entrega de una pieza de jamón de bellota por conquista. Concedor de las virtudes de tan preciado manjar, Catanha aceptó gustoso la propuesta.

Algo más complejo resultó complacer al estómago de otro brasileño, Osvaldo Giroldo, conocido como “Juninho”. En seguida de firmar su traspaso al Middlesborough inglés, pactado en 7,5 millones de dólares, el habilidoso volante solicitó ayuda al ministerio de Agricultura de su país para no cambiar sus hábitos alimenticios en el Reino Unido. Pese a que la legislación aduanera del estado europeo no permite que los inmigrantes ingresen alimentos, los funcionarios cariocas removieron cielo y tierra para conseguir, finalmente, que el caprichoso Juninho no pasara hambre lejos del arroz,

porotos y café “do Brasil”.

El defensor de Gimnasia y Esgrima La Plata Pedro Galeano consumía huevos crudos y pétalos de flores, que creía responsables de su notable fortaleza física.

Otro brasileño que se valía de los alimentos para mejorar su rendimiento era Claudio da Silva. “Claudinho”, figura del Morelia de México, empleaba ajos, pero no para masticarlos, sino para frotárselos por el cuerpo. Por consejo de un curandero de su país al que consultó por una seguidilla de lesiones, el delantero se colocaba un diente en cada media antes de los partidos, y se frotaba el cuerpo con una “cabeza”. Claudinho especificó que el ajo lo ayudaba a contrarrestar el “mal de ojo” que le provocaban tantas miradas sobre su persona.

Durante el Mundial Francia ‘98, la embajada de Tailandia en París ofreció una partida de su mejor curry para condimentar el ánimo de la selección nigeriana. La nación del sudeste asiático no clasificó para la serie final disputada en Francia, pero tanto su gobierno como su pueblo siguieron con gran pasión el desempeño de los africanos, a los que se sentían unidos por el estómago: Nigeria es el principal comprador del arroz tailandés.

Al paraguayo Roberto Acuña le cayó mal la cena: pocos días antes del inicio de la Copa América que se desarrolló en 1999 en tierra guaraní, el mediocampista amenazó con renunciar al equipo nacional porque le sirvieron pescado. El argentino nacionalizado paraguayo, que había comunicado su alergia por ese tipo de carnes, se peleó con el entrenador Ever Almeida porque, según explicó a la prensa, no le permitió “comer otra cosa”.¹ Finalmente, futbolista y técnico arreglaron sus diferencias y el altercado no pasó de un mal bocado.

El famoso Acuña estaba en condiciones de efectuar este tipo de planteos. En cambio, al juvenil volante Christian Quiñónez le costó su puesto en la sub-20 ecuatoriana. El muchacho, del Barcelona de Guayaquil, se había quedado con hambre después de la cena, por lo que compró cuatro “panchos” y una gaseosa de litro y medio y se los llevó a su habitación. Pero cuando se

aprestaba a darse el gran banquete, una sorpresiva visita del técnico José María Andrade dejó al hambriento Quiñónez “sin el pan y sin la torta”. El joven fue excluido de la selección y enviado de regreso a casa. Andrade explicó su determinación a la prensa: “Cometió un error y ha sido devuelto a su equipo. Ya son futbolistas profesionales de 20 años y saben de la dieta, de la rigurosidad alimenticia que deben tener los deportistas”.

Para poder prepararse correctamente para el Mundial de Clubes que se realizó en enero de 2000 en Brasil, las autoridades religiosas de Marruecos permitieron a los jugadores del Raja Casablanca de Marruecos comer durante el mes sagrado de los musulmanes: el Ramadán. La autorización fue conseguida por el entrenador del equipo, el argentino Luis Fullone, quien logró el visto bueno de un teólogo, ya que durante el Ramadán no se puede comer, beber ni tener relaciones sexuales desde la salida hasta la puesta del sol.

En enero de 1989, los organizadores de un torneo de fútbol-5 de la ciudad de Palpa aprovecharon la crisis económica del país andino para poner en disputa un irresistible trofeo: un cajón con quesos, una bolsa de papas y un carnero. El succulento premio atrajo a más de una docena de equipos.

La comida también es mal digerida cuando se la arroja desde las tribunas a las cabezas de árbitros o jugadores. Durante un encuentro por la F.A. Cup inglesa entre Oldham Athletic y el Chelsea de Londres, el árbitro Paul Durkin se acercó a uno de los jueces de línea para consultar si un gol del conjunto visitante había sido anotado en forma regular. En el momento que conversaba con su asistente, un hincha del club del coqueto barrio de la capital británica arrojó un “hot dog” que dio de lleno en la cabeza del referí. Durkin, enfadado y sucio de mostaza, anuló el tanto del Chelsea y reclamó a los efectivos de seguridad que detuvieran al espectador maleducado. Arrestado, el agresor, además de quedarse con hambre, no pudo ver cómo su equipo se impuso finalmente por dos a cero.

En octubre de 1998, el costosísimo plantel del Inter de Milán fue recibido a huevazos por su propia afición por haber vencido “nada más” que por uno a cero al modesto Castel di Sangro, de la tercera división, por la Copa Italia.

También con huevos duros recibió la hinchada de Boca Juniors al controvertido guardametas paraguayo José Luis Chilavert, para repudiar sus declaraciones respecto de su “exceso” de hombría.

Los huevazos también estuvieron presentes en la despedida del Atlético de Madrid, que en mayo de 2000 bajó por primera vez en su historia a la segunda categoría. En este caso, los proyectiles lanzados por el público desde las tribunas del estadio capitalino Vicente Calderón influyeron en el resultado de ese partido ante el Sevilla, casualmente otro de los descendidos. En el minuto 31 del segundo tiempo, con la escuadra albirroja arriba por uno a cero, el delantero visitante Vassilis Tsartas señaló el empate definitivo al aprovechar que el arquero Toni Jiménez resbaló al pisar uno de los huevos.

Poco antes del inicio del Mundial de Francia ‘98, la agrupación que nuclea a los grandes chefs galos se quejó de la designación de la cadena norteamericana Mc Donald’s como “restaurante oficial” del campeonato. La empresa de hamburguesas había firmado un contrato millonario con la Federación Internacional de Asociaciones de Fútbol (FIFA), organizadora del torneo.

Justamente por ser Francia la capital mundial de la alta cocina y el vino, asombró que la mayoría de las escuadras participantes llevaran en sus valijas los alimentos y bebidas autóctonos que consumieron los deportistas durante la competencia. Si pareció lógica la medida adoptada por el Real Madrid cuando viajó a Ucrania para enfrentar al Dynamo de Kiev por la Copa de Campeones de Europa: los españoles, por recomendación de su embajada, transportaron doscientos kilos de alimentos y bebida por temor a que los productos y el agua local estuvieran contaminados por la reapertura de la estación nuclear de Chernobyl, que había explotado varios años antes.

La gran campaña del Celtic de Escocia de 1967 estuvo alimentada con manjares de primera calidad. Para esa campaña, el entrenador del club católico de Glasgow, Jack Stein, solicitó a los dirigentes contratar a un cocinero que se encargase de la ingesta de los futbolistas. La medida dio excelentes resultados. Para la gran final, que tuvo como escenario Lisboa ante el Inter de Milán, la dieta programada incluyó setenta costillas de Aberdeen

Angus, treinta de cordero, 18 hogazas de pan, 4,5 kilogramos de jamón de Ayrshire y 5,5 kilos de salsa de tomate escocesa. Tanta caloría redundó en el anhelado título para el conjunto verde y blanco.

El arduo trabajo de los cocineros de las delegaciones tiene su recompensa: la entrega de premios de la Copa del Mundo prevé una medalla también para el chef, que según el portavoz de la FIFA, Keith Cooper, “es tan importante como el capitán”.

¿Qué dice el reglamento del fútbol respecto de las comidas? Nada. Aún no se vio a un jugador ingresar a la cancha con un plato y cubiertos, lo que sí podría alertar a la International Board, cuya comisión estudia permanentemente los aspectos reglamentarios. La noche del 19 de octubre de 1983, en el estadio de Instituto de Córdoba, el delantero de San Lorenzo de Almagro Walter Perazzo “no veía una”. Famélico por haberse perdido la merienda por una siesta más larga de lo debido, Perazzo no tenía fuerzas ni para volver al vestuario. Terminó el primer tiempo y en el vestuario visitante no había ni un caramelo para engañar al estómago. Ya en el complemento, con el tanteador uno a uno y la presión arterial por el suelo, el atacante sintió un golpe en la espalda, seguido de un grito: “Porteño muerto de hambre”. Se dio vuelta y vio un “pebete” reluciente, intacto sobre el césped. No lo pensó dos veces: lo partió y se lo comió en dos bocados. Con la panza llena y el corazón contento, Perazzo marcó el segundo tanto “santo”, un golazo, y sirvió en bandeja otros dos para que la escuadra porteña ganara por cuatro a uno.

Sí es común ver a los deportistas mascando pastillas, caramelos o chicles. En 1993, en un encuentro entre Lazio y Sampdoria, el árbitro Roberto Battin llamó al polémico volante inglés Paul Gascoigne, integrante de la escuadra romana, quien insistía en reclamar a los gritos y con gestos ampulosos cada fallo. Battin se llevó la mano al bolsillo donde guardaba sus tarjetas y, para sorpresa de Gascoigne y de todos los presentes, en lugar de extraer elacrílico amarillo sacó un chicle y se lo ofreció al británico. Gascoigne entendió la dulce amonestación, tomó la golosina y se la metió en la boca. El resto del partido, lo único que salió de su boca fueron globitos.

Los “morfonos” sí pueden ser sancionados por sus propios clubes o asociaciones, como al japonés Atsushi Yanagisawa, quien fue expulsado de la selección preolímpica de su país por salir a cenar con una señorita la noche posterior a un juego, sin permiso del entrenador. ¡Y eso que Yanagisawa había marcado los dos goles de su equipo esa tarde!

Otros que vivieron en carne propia los desaguisados en alimentación fueron el brasileño Ronaldinho Gaúcho y el croata Alen Peternac, del Valladolid español. Ronaldinho Gaúcho fue separado del equipo que enfrentó a Ecuador por la clasificación para el Mundial 2002 porque, según el técnico Wanderley Luxemburgo, “estaba muy gordo”. “Puede ser algo natural, pero en este momento es un obstáculo: en los entrenamientos sentimos que Ronaldinho ha perdido movilidad”, dijo Luxemburgo, quien además evaluó un informe médico que señalaba que el delantero, de 20 años, había aumentado cuatro kilogramos en pocos meses y su porcentaje de grasa había subido del seis al diez por ciento. Peternac, en tanto, fue multado por el Valladolid porque en su contrato figuraba que no podía superar los 77 kilogramos de peso, y había retornado de sus vacaciones con más de 80.

El reglamento sí es claro en cuanto al consumo de bebidas por parte de los deportistas: está permitido durante las interrupciones del juego -como cuando se atiende a un lesionado-, o refrescarse fuera del terreno, del otro lado de la línea de cal. En épocas de altas temperaturas, un árbitro está facultado para efectuar una pausa para que los 22 protagonistas mitiguen su sed. Muy distinto, sin dudas, de lo que ocurrió en agosto de 1962, cuando se enfrentaron en la ciudad bonaerense de Coronel Suárez el conjunto local Deportivo Sarmiento y el club Sarmiento, de la vecina localidad de Pigüé, por un campeonato regional. Tanta era la superioridad de los dueños de casa que el arquero y uno de los zagueros se pusieron a tomar mate en pleno partido. Los jugadores no habían ingresado con la pava debajo de la camiseta, sino que la calabaza era cebada en la tribuna por unos familiares, y pasada por un agujero del alambrado. La insólita acción fue advertida por el árbitro, quien, implacable, “cebó” una tarjeta amarilla a cada uno, aunque la hinchada sugirió que fueran los ineficaces delanteros de Pigüé los sancionados, por permitir semejante licencia.

Otro suceso que alcanzó gran trascendencia fue el que denunció el brasileño Branco durante el Mundial Italia '90: según el defensor, el “aguatero” argentino Miguel di Lorenzo, “Galíndez”, le entregó una cantimplora con un líquido “vomitivo”, que le provocó náuseas en medio del clásico sudamericano que tuvo lugar en octavos de final. Este incidente nunca fue aclarado, aunque una imagen de video detectó cuando Galíndez le entregó a Branco una botella diferente de las que utilizaban algunos miembros del equipo albiceleste que bebían en ese mismo momento.

El verdadero problema surge cuando la pelota se mezcla con el consumo de alcohol. Este elemento no figura entre las sustancias prohibidas ni está sujeta a restricciones por las reglamentaciones, e incluso, muchos futbolistas se “ayudan” con una cerveza -por sus propiedades diuréticas-cuando no tienen “ganas” de cumplir con el control antidóping. Por supuesto que esa ayuda debe ser bebida, y no como hizo un jugador italiano de apellido Cairoli, quien en marzo de 1970 “completó” su muestra con algunos centímetros cúbicos de “birra”. Cairoli fue suspendido por una fecha y su club, el Liorna, sancionado con una multa de cien mil liras.

A veces no hace falta llegar al “día después” para que aparezcan los dolores de cabeza, como le sucedió a los jugadores del Viitorul Chirnogeni de Rumania, quienes en junio de 1993, mientras participaban de una liguilla por el ascenso a la segunda división, se presentaron completamente borrachos ante el SNC Compref. En el encuentro “de ida”, los borrachines habían caído por diez a cero, de modo que no se cuidaron para la revancha, que se disputó al día siguiente del casamiento de uno de los titulares. Irónicamente, el marcador quedó “doble”, igual que la visión de los hombres del Viitorul Chirnogeni: 21 a 0. El juez dio por terminado el match en el minuto 70, porque solamente seis de los mamados continuaban de pie.

Ya en el terreno profesional, el mediocampista boliviano Julio César Baldivieso fue excluido de la selección de su país por embriagarse pocas horas antes de un duelo ante Colombia, por la clasificación para Francia '98. Algo similar vivieron los ecuatorianos Holguer Quiñones y Ángel Hurtado días previos a la Copa América del '93, y con el arquero peruano Juan Flores, expulsado de la selección de su país después de que la policía de Lima lo

encontrara ebrio y conduciendo con exceso de velocidad un par de días antes del enfrentamiento con Uruguay, en Montevideo, por la clasificación para Japón-Corea 2002.

En enero de 1966, los dirigentes del club peruano Deportivo Municipal rescindieron el contrato del uruguayo Jorge García, quien se había presentado con síntomas de ebriedad al entrenamiento. La decisión bien puede calificarse como exagerada, porque García acudió al club el primero de enero, pocas horas después de haber celebrado el Año Nuevo junto a su familia.

Al ver que sus esfuerzos por recuperar de la bebida al magnífico George Best, considerado el mejor jugador de la historia del Manchester United, no daban resultados, el médico Roger Williams llamó a una conferencia de prensa para pedirle a los bares británicos que no le sirvieran más licor al delantero nacido en Irlanda del Norte. “Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo quiere y todo el mundo lo ayuda. Pero sirviéndole bebida no estamos demostrando eso”, reclamó Williams.

El guardavallas del Stomil Olsztyn polaco, Jaroslaw Bako (casi homónimo del dios del vino, según la mitología romana), fue suspendido por dos años y condenado a pagar una multa de 250 dólares por jugar borracho ante el Pogon Szczecin, el 31 de julio de 1999. -El Stomil perdió por tres a cero, y los dirigentes culparon a Bako por el fracaso. No obstante, el golero negó las acusaciones y afirmó que no había pruebas sobre su presunta embriaguez, ya que no se le realizaron análisis al terminar las acciones.

Algunos meses antes del Mundial de Francia, la gran figura árabe Sayeed Al-Owairan, fue descubierto “in fraganti” con un vaso lleno de licor en la mano y varias mujeres del brazo, justo en Ramadán, el mes santo de los musulmanes. Al-Owairán fue a la cárcel, pero su indulto llegó a tiempo para prepararse para la importante competencia.

Para el partido pactado para el 16 de setiembre de 1999 en Tel Aviv, entre el Hapoel Haifa y el Brugge de Bélgica por la Copa Unión Europea de Asociaciones de Fútbol (UEFA), los organizadores designaron a cuatro árbitros rusos -referí principal, dos líneas y asistente-. Pero a último momento

se debió recurrir a los servicios de otros jueces porque los que arribaron desde Moscú lo hicieron totalmente beodos. Los hombres de negro fueron acusados, además, de acosar a meseras y mujeres policías en el aeropuerto al llegar y mientras esperaban su vuelo de regreso.

Para casos increíbles, el del ex ministro del Interior español Luis Corcuera: el retirado funcionario fue multado por concurrir al estadio Santiago Bernabeu del Real Madrid con una bota de vino en febrero del 2000. Corcuera debió abonar una fuerte multa por violar la legislación que prohíbe a los espectadores ingresar con bebidas alcohólicas a los coliseos deportivos, normativa que él mismo había impulsado cuando ocupó la cartera ministerial.

En algunos países europeos, el consumo de cerveza, vino y whisky está permitido en las graderías, y en otros, como en Inglaterra, está limitado a los barcitos situados debajo de las tribunas. En Bélgica, donde los hinchas pueden saborear licor mientras observan el match, el club Genk premió con un litro de cerveza a cada uno de los hinchas que en octubre de 1998 concurrieron al estadio Rey Balduino para ver a su equipo contra el Mallorca español por la Copa UEFA. La recompensa tenía una explicación: el Genk no pudo recibir a su rival en su cancha porque su capacidad -16.500 asientos- quedó corta para este tipo de choques internacionales. Unos 25 mil fanáticos compraron sus boletos en Limburgo y disfrutaron de su bebida en Bruselas, pero ya finalizado el cotejo. “Quisimos evitar problemas”, explicó el presidente del Genk, Eric Gerits.

Uno al revés: el Feyenoord de Holanda debe sus colores al único socio fundador abstemio. Mientras los muchachos inundaban sus cabezas con cerveza para hallar el diseño de la camiseta, Jan Willem Hofkes propuso combinar el rojo de su jugo de frambuesa con el blanco de un posavasos. La mezcla fue aprobada por unan“hic”midad.

Precisamente fuera de las arenas es donde el consumo de cerveza se va a las nubes, en especial en los bares que colocan pantallas para nuclear a los más apasionados. Empero, algunas ocasiones, lo que parece un buen negocio no resulta como se esperaba. El propietario de un pub de la ciudad de Brighton (en la costa sur de Inglaterra) reclamó una indemnización al

talentoso David Beckham por las pérdidas económicas producidas por la eliminación de la selección de ese país europeo del Mundial '98. Paul Murray, de 45 años, dijo al periódico británico "The Sun" que la expulsión de Beckham ante la Argentina, en los octavos de final, no sólo le costó a Inglaterra su participación en el torneo: su establecimiento perdió mucho dinero con la merma de los clientes que veían los partidos por televisión en el bar. El mediocampista inglés fue castigado con una tarjeta roja luego de tirarle un puntapié al capitán albiceleste Diego Simeone. "Inglaterra pudo haber avanzado para disputar otros tres encuentros, incluso la final", declaró Murray, quien presentó documentos ante un tribunal de Brighton para que Beckham le abonase una compensación simbólica de cien libras (unos 170 dólares).

Peor le fue al propietario de otro pub inglés durante la Eurocopa de 1996, realizada en la misma Inglaterra. La promoción ideada por John Hudson ofrecía a sus parroquianos tres minutos de bebidas gratis por cada gol de la escuadra local. El "visionario" Hudson casi va a la ruina en el debut: con el bar atestado de gente, Inglaterra destrozó a Holanda por cuatro a uno. Los clientes celebraron largamente, mientras el poco previsor cantinero rogó a los jugadores que "sean más cuidadosos la próxima vez. Con un gol basta...".

Un médico a la derecha.

No sólo de pan viven los futbolistas. Como se ha visto, la alimentación se ha vuelto tan importante como el entrenamiento físico y táctico. Pero por sobre todas esas variables está la salud del jugador. Un riguroso acondicionamiento físico y un cóctel de calorías y vitaminas en cantidades apropiadas fortalecen el cuerpo y lo disponen para la más alta competencia. La constante exigencia de músculos, articulaciones y huesos, sumada al roce -muchas veces violento- del juego mismo, atentan contra el bienestar del deportista. Frente a una dolencia, quien toma el protagonismo es el médico, que tiene por misión recuperar cuanto antes al futbolista para volver a la

acción. Ese regreso muchas veces depende de la mano del terapeuta, de la responsabilidad del jugador para acatar las directivas y dosificar correctamente la medicación, y por supuesto del avance de la ciencia en pos de mejorar la calidad de vida humana.

A los veinte años, Nwankwo Kanu disfrutaba del éxito. Desde su paupérrima Owerri natal, en Nigeria, había alcanzado la cumbre del fútbol con la seducción de su talento y el atractivo de sus sorprendentes movimientos. Su magia contribuyó para que el Ajax gane el tricampeonato local ('94, '95, '96), dos veces la copa nacional y una la Supercopa holandesa, la Champions League y la Copa Intercontinental de 1995, y la Supercopa Europea. También fue fundamental para que las “águilas” se apoderaran del Mundial Juvenil sub-17 de 1993 y los Juegos Olímpicos de Atlanta (1996), nada menos que ante Brasil en semifinales (donde marcó el empate a tres en el minuto 90 y el triunfo con “gol de oro” cuatro minutos después) y la Argentina en el match culminante. Tanto título y la reputación de su clase hicieron que los ojos del Inter de Milán se depositaran sobre él, y desembolsaran una fortuna para que vistiera la camiseta azul y negra. La transacción se concretó en el mismo momento en el que Kanu regaba con sus lujos la pradera del Stanford Stadium de la ciudad de Athens, en Georgia. Cuando finalmente arribó a Milán y fue sometido a una exhaustiva revisión médica, la llama se apagó. El prestigioso cardiólogo Piero Volpi descubrió que la flamante incorporación sufría una grave insuficiencia en la válvula cardíaca de la aorta, que no sólo le impediría la práctica del deporte profesional, sino que ponía en riesgo su propia vida. “Este diagnóstico no tiene piedad, pero es la realidad de la situación. Como médico, mi consuelo es que la enfermedad fue descubierta a tiempo de ser tratada”, señaló Volpi a la prensa. Ese categórico diagnóstico fue ratificado por otros facultativos consultados por el Inter y el joven africano. Un par de meses después, Kanu viajó a la ciudad estadounidense de Cleveland, donde se le colocaría una válvula artificial para sustituir el trabajo de la natural dañada. No obstante, los cirujanos optaron por llevar a cabo una delicada operación que resultó exitosa y devolvió al nigeriano las esperanzas de retornar a los campos de juego. Pasó más de un año de estudios y recuperación, y sin cupo en el Inter, el olvidado Kanu fue rescatado por el entrenador francés del Arsenal de Londres, Arsene Wenger, quien lo hizo regresar a principios de 1999 junto a

dos ex Ajax: Marc Overmars y Dennis Bergkamp. La llama volvió a encenderse, poco a poco, alimentada con goles de taco, chilena y la fortaleza de un hombre que no se resignó a dejar de brindar su magia. En la Argentina, un suceso similar no terminó con final feliz.

El 26 de setiembre de 1990, en la puerta del Hospital Italiano de la Ciudad de Buenos Aires, el delantero Juan Gilberto Funes -quien había actuado con gran éxito en Colombia, River y Vélez, y estaba a punto de incorporarse a Boca-anunció “con muchísimo dolor” su retiro del fútbol luego de que una junta de especialistas de la Sociedad Argentina de Cardiología le aconsejó dejar la práctica del deporte profesional luego de descubrirse una falla en la válvula aórtica. Uno de los especialistas indicó que Funes padecía “una hipertrofia en el músculo cardíaco producto del esfuerzo al que se lo sometió” a través de la sobrecarga de trabajo propia de la alta competencia. El “búfalo” colgó los botines, aunque intentó un regreso al mundo del deporte en otro terreno: el automovilismo. Sin embargo, la afección se agravó rápidamente, por lo que se lo intervino para reemplazarle la válvula aórtica. Las cosas empeoraron con un cuadro infeccioso que comprometió varios órganos, y tras una segunda operación y dos paros cardíacos, Funes falleció el 11 de enero de 1992, a los 28 años.

En 1999, el jugador Stefan Vrabioru, de 23 años, murió a consecuencia de un paro cardíaco durante un encuentro entre el Rapid Bucarest y el Astra Ploiesti, de la primera división rumana. Lo terrible del caso es que no eran pocos los especialistas que conocían la afección del futbolista, similar a la de Kanu y Funes, ya que había sido rechazado por varios clubes europeos luego de la revisión médica obligatoria. Vrabioru, quien actuaba con la camiseta del Astra, falleció camino a un hospital a bordo de una ambulancia en la que no viajaba ningún doctor ni contaba con aparatos de reavivación, pese a que el estadio Rapid de Bucarest disponía de un móvil con ese equipo. Para colmo, el Astra se había presentado esa tarde sin su médico, Victor Popovici, porque se había peleado con el entrenador del equipo. La federación rumana suspendió de por vida a Popovici y por cinco años al facultativo del Rapid Bucarest, Marian Dimitru, por no atender al desafortunado jugador.

Otro deceso evitable aconteció el 16 de marzo de 1969, cuando una de las

estrellas de la Roma, Giuliano Taccola, sufrió un infarto durante un match ante el Cagliari, en la isla de Cerdeña. Nada se pudo hacer para reanimar al futbolista, debido a la falta de profesionales y elementos para rehabilitaciones, como mascarillas y tubos de oxígeno. De hecho, un periodista intentó socorrerlo haciéndole respiración boca a boca, pero todo fue inútil.

El 12 de octubre de 1983, al término de un match entre Rosario Central y River, el delantero millonario Oscar Trossero murió en el vestuario del Gigante de Arroyito a causa de un paro cardíaco. El atacante de treinta años, que previamente había actuado en Boca, Racing y Francia, se desplomó mientras tomaba una ducha.

Parecido al incidente que en noviembre de 1996 involucró a Héctor Benz, de Alvarado de Mar del Plata, quien sufrió un paro cardiorrespiratorio en el camarín. Benz falleció cuatro días después en el Hospital Interzonal General de Mar del Plata al surgir otro infarto, cuando la afección ya había provocado serios daños cerebrales, un edema pulmonar y otras lesiones.

A lo largo de la historia del fútbol profesional se produjeron varios fallecimientos de deportistas durante el transcurso del partido o a las pocas horas, como fruto de un accidente del juego. El 6 de agosto de 1922, en medio de un encuentro entre San Lorenzo de Almagro y Estudiantes de La Plata, el mediocampista azulgrana Jacobo Urso chocó violentamente contra uno de sus rivales y quedó tendido en el césped, víctima de un golpe fortísimo en el pecho. A pesar de la dolencia, Urso se incorporó y continuó el partido, sin saber que en la colisión se había fracturado una costilla y lesionado un riñón. El esfuerzo le provocó una hemorragia interna que acabó con su vida tras una semana de agonía en el hospital.

En julio de 1998, el arquero Joan Filion Trifu García, del Sporting Cristal de Perú, feneció al recibir una patada en la cabeza de parte de un rival del Sport Meteor, Juan Cartagena.

El 5 de setiembre de 1931, en un caliente clásico escocés entre el Rangers y el Celtic en Ibrox Park, Glasgow, el arquero del equipo visitante, John

Thomson, salió a atorar al delantero rival Sam English, que había burlado a la defensa albiverde y encaraba hacia la valla en una clara acción de gol. En un acto de arrojo, el guardametas logró rechazar el balón antes del remate de English, quien de todas formas ensayó la patada. Desgraciadamente, el botín del atacante se estrelló en la cabeza de Thomson, quien murió casi instantáneamente.

Esta clase de desgracias se reiteró en enero de 1989, cuando el arquero del club Vulcano de la ciudad vasca de Otxandío, Javier Gallastegui, de 19 años, falleció por la lesión provocada por un puntapié accidental que le aplicó un jugador rival del Abetxuko.

En noviembre de 1997, el internacional ghanés Shamo Quaye perdió la vida al recibir un pelotazo en la cara durante un amistoso celebrado en Tema, una localidad cercana a Accra, la capital de Ghana. Los médicos señalaron que el golpe recibido por Quaye -de 26 años, quien actuaba en el Umea de Suecia y había integrado el seleccionado que obtuvo la medalla de bronce en los Juegos Olímpicos de Barcelona '92-cortó la circulación sanguínea de las arterias del cuello, lo que bloqueó la llegada de sangre al cerebro.

Los árbitros no están exentos de desgracias: el sábado 14 de octubre de 1989, mientras se enfrentaban las reservas de Huracán y Banfield, el referí Rodolfo Neuman, de 48 años, cayó al piso afectado por un gravísimo cuadro cerebro-vascular. Los médicos de ambas escuadras asistieron a Neuman, a quien se trasladó de inmediato al hospital Penna. Allí, a pesar de los cuidados intensivos, los doctores no pudieron evitar su fallecimiento.

En agosto de 1999, el iraní Amanollah Mahdavi-Oskou sufrió un infarto cuando conducía las acciones de un partido de segunda división que se desarrollaba en el estadio Balol de la provincia de Mazandaran, sobre el Mar Caspio.

La evolución de la ciencia puede alcanzar fronteras nunca imaginadas, al menos por el ex integrante del seleccionado juvenil alemán Christian Wueck. Casi al borde del retiro por las constantes lesiones en sus rodillas, Wueck se recuperó gracias a que los médicos le trasplantaron el menisco de un donante

muerto. El jugador, de 25 años y con 154 cotejos en primera división, retornó a la Bundesliga luego de que dos operaciones y 13 meses sin jugar lo habían puesto al borde del retiro. Wueck recibió el menisco de un hombre de 50 años que había fallecido por un ataque cardíaco, y a diferencia de otros órganos, esta implantación no requiere de drogas para evitar rechazos porque el cuerpo lo recibe como tejido propio.

Otra famosa intervención salvó la carrera del ex arquero de River y la selección argentina Nery Pumpido, quien casi perdió un dedo cuando su alianza matrimonial se trabó en uno de los ganchos que sujetan la red al travesaño. A mediados de 1987, Pumpido practicaba unos ejercicios, sin guantes, en uno de los arcos de la cancha auxiliar de River, hasta que su anillo se trabó en el gancho y el peso de su propio cuerpo prácticamente seccionó la falange. No obstante, el guardametas campeón del Mundo en 1986 regresó rápidamente tras una exitosa microcirugía. La carrera de Pumpido estuvo llamativamente minada por otras lesiones o accidentes de gravedad, como la quebradura de un hueso de su brazo en un partido con Estudiantes de La Plata, un choque en una ruta y la doble fractura de tibia y peroné en el Mundial '90, cuando chocó en forma casual contra Jorge Olarticoechea en el partido ante la ex Unión Soviética.

El percance causado por el uso de anillos volvió a producirse doce años más tarde con un arquero noruego, Per Magne Misund, del Lillestroem de la primera división de ese país nórdico. Este guardavallas también enganchó su alianza en una práctica, y casi pierde el dedo. Los cirujanos se lo salvaron con el trasplante de una pequeña vena del antebrazo.

Menos suerte tuvo el futbolista amateur Guillermo Medina, de la liga de Puerto Madryn, en la provincia de Chubut. Medina, quien se desempeñaba como lateral izquierdo en el equipo Almirante Brown, se colgó del travesaño para colocar la red, cuando su alianza se trabó en uno de los ganchos. Al soltarse, la caída le seccionó el dedo anular, que no pudo ser reimplantado por los cirujanos.

El primero de enero de 1978, el portero argentino del Salamanca, Roberto D'Alessandro, salió a cortar un centro y colisionó contra su compatriota y

compañero de equipo, Ricardo Rezza, y con el delantero del Athletic de Bilbao Dani. El fortísimo impacto mandó al guardametas a una clínica, donde se le extirpó un riñón. Casi dos meses después, el 21 de febrero, D'Alessandro retornó al primer equipo, y prosiguió su carrera con gran éxito. Luego de “colgar los guantes”, continuó como entrenador de importantes escuadras, como el mismo Salamanca, el Betis y el Atlético de Madrid.

Un caso excepcional lo protagonizó el arquero de Nacional de Montevideo Gustavo Munúa en octubre de 1999, cuando jugó todo el superclásico ante Peñarol por la Copa Mercosur con una fractura en el antebrazo izquierdo. Lo insólito del hecho es que Munúa se había lesionado varios días antes en un partido de la liga local contra Deportivo Maldonado, al chocar contra un rival. A la mañana siguiente de ese encuentro, el guardavallas notó una molestia, pero el médico “tricolor” sólo le recetó hielo para desinflamar la extremidad dañada. Tras la partida con Peñarol, el guardametas descubrió que la hinchazón se había agravado, por lo que recurrió a otro especialista. El traumatólogo advirtió de inmediato el problema, y operó ese mismo día al arquero del seleccionado “charrúa” subcampeón en el Mundial Juvenil de Malasia 1997.

Un mes después de la peripecia de Munúa, el defensor argentino del Racing de Santander español Claudio Arzeno marcó un gol con la cara frente al Espanyol de Barcelona. El impacto con la pelota no sólo derribó al ex zaguero de Independiente, sino que le fracturó la nariz. Tras ser asistido por el médico del plantel vasco, Arzeno se repuso y continuó dentro del terreno de juego los 65 minutos que restaban para el final del match. “Ni se me pasó por la cabeza dejar el campo. Pensé que no era nada, ya que podía respirar por la boca”, explicó el central al término del encuentro, empatado en dos goles.

En uno de los cotejos de la gran campaña de 1960, que le permitió a su equipo, Los Andes, lograr el ascenso a primera, el arquero León Goldbaum fue atropellado por un jugador del equipo contrario. El golpe le fracturó tres costillas y lo sentenció a utilizar un yeso. Pero a Goldbaum nada lo achicó: al sábado siguiente se calzó el buzo con el número “uno” arriba de la durísima caparazón y salió a la cancha con sus compañeros.

Al “polaco” Vladislao Cap se le salía el hombro cada dos por tres, hecho que le causaba agudos dolores y no le permitía desplegar toda su clase con libertad. A fines de 1965, River le ofreció renovar su contrato, pero Cap rechazó cortésmente el ofrecimiento, porque consideraba que, por su problema físico, ya no podía rendir como el pretendía en un club “grande”. Los dirigentes agradecieron la franqueza del “centro-medio”, y como retribución le entregaron el pase libre. A las pocas semanas, el “polaco” firmó con Vélez, pero como el problema seguía molestando, antes del inicio de la temporada ‘66 aceptó el consejo de un amigo, que llevaba largo tiempo insistiéndole para que visitara a un masajista japonés. Si bien no estaba muy convencido, accedió porque nada tenía para perder, y la idea del bisturí no le hacía ninguna gracia. Ya en el consultorio, el masajista lo hizo acostar en una camilla e inició una serie de fricciones. Al rato, el japonés, todo sudado, le indicó que había terminado el tratamiento y que el problema había sido erradicado para siempre. Cap se retiró incrédulo porque no había sentido nada. Sin embargo, nunca más volvió a tener un inconveniente en el hombro, y siguió con éxito su carrera en el club de Liniers y en Perú. Lo que nunca pudo sacarse de la cabeza es por qué no fue a ver al terapeuta nipón antes de desvincularse de River.

Un episodio anormal tuvo como escenario la cancha del Nancy a mediados de 1971, cuando dos defensores, Jean Pierre Borgoni y René Woltrager, chocaron entre sí y se quebraron la pierna derecha y la cadera, respectivamente. Para agigantar la particularidad del caso, en el segundo tiempo el arquero del Nancy, Jean Paul Krafft, se fracturó el cráneo al colisionar con otro compañero, Eddy Dublin. El caso se transformó en una tragedia francesa porque, el mismo día, un joven de 17 años, Bernard Berthaud, murió tras un violento choque con su propio arquero en la localidad de Besse sur Braye.

Pasar una vez, al menos, por el quirófano, parece ser el karma de los futbolistas profesionales. Aquellos que no se acostaron en una mesa de operaciones escaparon de la mano de la Diosa Fortuna, o se retiraron antes de enfrentar el cuchillo. Una lesión en la rodilla pudo dejar al adolescente Pelé fuera del Mundial de Suecia ‘58, mas el Rey se recuperó y no volvió a tener inconvenientes en esas articulaciones en 21 años de carrera... hasta que

cumplió 58 años. A principios de 1999, durante una práctica con juveniles del Santos, el ex diez de la selección brasileña sintió una molestia que dos meses después motivó una artroscopía para extraerle el menisco de la rodilla derecha.

Quien vive con constantes problemas en sus rodillas es otra figura de Brasil, Ronaldo. Después de innumerables dificultades, el delantero del Inter viajó al Vaticano para rezar cerca del Papa Juan Pablo II por sus articulaciones, mucho más confiado en la fe que en los médicos cargados de diplomas y reputación pagados por el club milanés. Pero las plegarias de nada sirvieron a Ronaldo, quien ya se había entrevistado con Su Santidad algunas semanas antes del Mundial de Francia, en el que sufrió un serio ataque con convulsiones antes de la final con los dueños de casa, que casi le cuesta la vida. En el mismo día de su retorno, en abril de 2000, sufrió un corte del tendón rotuliano que lo alejó de las canchas por varios meses.

Como corolario de la difícil situación económica que atravesaba el club Deportivo Municipal, de la primera división peruana, sus autoridades decidieron descontar de los sueldos de los jugadores los costos por las medicinas que consumen para atender sus dolencias. La primera víctima fue el volante Rivelino Carassa, quien, tras meses sin recibir salario, obtuvo apenas 5,5 dólares, pues necesitó varias drogas para tratar una lesión producida durante un partido de la liga local.

En enero de 1971, Boca Juniors organizó un campeonato de verano en la ciudad de Mar del Plata con la participación de Racing, Independiente y Estudiantes de La Plata. El club xeneize invitó también a la liga local para que presentara un seleccionado para la ocasión, y le ofreció 300 mil pesos por partido. Al negociar el “cachet”, los dirigentes marplatenses ofrecieron 200 mil pesos a repartir entre sus representantes. Los jugadores rechazaron la suma, y reclamaron el cien por ciento del dinero. Tras arduas deliberaciones, los directivos aceptaron, aunque impusieron tres condiciones que fueron toleradas por los futbolistas: cada deportista se debía hacer cargo de lavar su indumentaria; en caso de lesión, los gastos de curación, internación y operación correrían por cuenta del damnificado hasta los 300 mil pesos, y la Liga se responsabilizaría por el excedente; cada jugador debía reponer los

elementos tomados del botiquín.

Justamente en el hospital Penna trabaja Jorge Vilas, normalmente enviado a los partidos de las divisionales C y D que se juegan en la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires. Vilas, quien es discapacitado motriz, despliega su trabajo con gran entusiasmo y entrega a bordo de un ciclomotor, que le permite entrar y salir rápidamente del campo de juego.

Aunque resulte difícil de creer, una derrota del equipo inglés Manchester United permitió que una niña se curara de un desorden cerebral. En 1994, sin que ningún experto pudiera hallar una explicación, Vicky Wimore comenzó a leer y a escribir de atrás hacia adelante. Varios meses después, al ver por la televisión que su club favorito era derrotado, la pequeña se dejó caer hacia atrás desde su silla, golpeó su cabeza contra una mesa y se produjo el milagro: todo volvió a la normalidad. Enterados de la noticia, los jugadores del Manchester expresaron su alegría porque, a pesar del traspie, la jornada había tenido un final feliz.

En 1961, el futbolista argelino Khiat Ahmed, de 20 años, perdió la voz en una explosión durante un combate ocurrido en medio de la guerra impulsada por los africanos para independizarse de Francia. Tres años más tarde, durante un partido de la primera división de esa nación del norte del “continente negro”, Ahmed cabeceó la pelota y, milagrosamente, recuperó el habla. ¿Sus primeras palabras? Durísimos insultos para el árbitro por un presunto mal fallo.

→ Los futbolistas tienen terror a las lesiones. Algunas veces, como en el caso del mediocampista del Milan italiano Demetrio Albertini, una dolencia puede ser considerada una bendición. El volante recibió de buen grado una afección que en octubre de 1996 lo dejó varias semanas fuera de las canchas. Albertini aprovechó el “parate” para casarse y disfrutar a pleno de su Luna de Miel, lejos de los compromisos con el campeonato local, las copas europeas y la selección “azzurra”.

¿El médico también juega? En algunos casos, como el de Alejandro Lanari, Raúl Madero o Carlos Bilardo, sí: los tres son ejemplos de varios “doctores”

que estudiaron y se recibieron mientras, al mismo tiempo, le daban a la redonda. Otros galenos también tuvieron papeles protagónicos, sin cruzar la línea de cal. Pocas horas antes del inicio de la primera final de un campeonato del mundo -jugada entre Uruguay y la Argentina el 29 de julio de 1930 en el estadio Centenario de Montevideo-, el delantero albiceleste Francisco Varallo comunicó a los dirigentes que no se encontraba en condiciones ideales para el importante match. Como los improvisados directivos no habían incluido un médico en la delegación, recurrieron a los servicios de uno local, casualmente hijo de quien en ese momento era presidente de la nación “oriental”. El profesional revisó a Varallo, y recomendó que el futbolista no integrara el equipo por no estar físicamente apto para participar del encuentro. Sin embargo, los “astutos” dirigentes hicieron caso omiso de la opinión del especialista, por creer interesado su diagnóstico, e incluyeron al atacante entre los once titulares. Varallo se resintió y debió dejar el campo de juego y a su equipo con un hombre menos, porque entonces no estaban autorizadas las sustituciones. Uruguay ganó por cuatro a dos, y efectivamente el diagnóstico del profesional había sido correcto y honesto.

En 1928, en un partido muy cerrado entre Huracán, el puntero del campeonato, e Independiente, disputado en Parque de los Patricios, el arquero rojo Néstor Sangiovanni chocó contra un delantero del “globito” y quedó tendido varios minutos. Por ese entonces lo normal era que el club local “aportara” el médico para los 22 protagonistas, de modo que el “uno” de Independiente, gran responsable de que el marcador estuviera en blanco, fue revisado por un facultativo de Huracán. Pero el pícaro galeno, al ver una oportunidad servida en bandeja para darle una manito a su equipo, antepuso su pasión al juramento hipocrático y afirmó que Sangiovanni tenía tres costillas fracturadas y llamó una ambulancia para trasladar al guardametas al hospital Penna. La valla fue cubierta por el defensor Ernesto Chiarella y el conjunto de Avellaneda continuó con diez. A pesar del ardid, la ventaja numérica conseguida por el malicioso doctor no le impidió a Independiente derrotar a Huracán. Fracasada su gestión, el médico finalmente reconoció su “error” y admitió que Sangiovanni sólo tenía un fuerte machucón, de esos que duelen más al día siguiente. Al menos no pasó una factura por su consulta.

Tiros libres.

“Los terribles disparos de los delanteros eran atajados brillantemente por Leslie Smith, arquero de un equipo juvenil de fútbol de Devon, quien ayer estaba en sus mejores tardes. Exasperado, un espectador decidió a la vez ‘tirar’ contra la valla... y envió a Leslie a la clínica con un balazo en el hombro y otro en la pierna. Decididamente, ayer Leslie atajó todo. El equipo del arquero imbatible iba ganando por uno a cero hasta que una carabina de aire comprimido cambió el marcador, sin cuidarse demasiado del ‘fair play’ británico. Con Leslie Smith en el hospital y un francotirador en las tribunas, el equipo de Devon fue aplastado por ocho goles a uno”. Este cable de la agencia de noticias francesa AFP, del 29 de noviembre de 1960, refleja un mal que parece endémico del fútbol de los últimos años: en las canchas no hay solamente “tiros libres” directos o indirectos, sino también de fuego.

La violencia pegada a este deporte en todo el mundo -especialmente en el “tercer mundo”- parece cada más difícil de eliminar. Y lo que es peor: muchos han corrido peor suerte que Leslie Smith. Posiblemente el caso más patético de los últimos años sea el del colombiano Andrés Escobar, quien fue asesinado a balazos en julio de 1994 en la ciudad de Medellín, pocos días después del fracaso de la selección de ese país sudamericano en el Mundial Estados Unidos ‘94. El defensor fue atacado por un hombre luego de mantener una fuerte discusión a la salida de un restaurante, donde un grupo de hinchas le recriminó haber marcado un gol en contra frente al combinado local, que posteriormente significó una derrota y la eliminación del torneo.

Las balas son patrimonio tanto del deporte profesional como amateur. El 7 de julio de 1996, un hombre disparó contra su propio hijo porque el joven, al mejor estilo Martín Palermo en la Copa América ‘99, había fallado tres penales en un solo partido. El increíble suceso se produjo en la localidad de Grand Bourg, en el oeste del conurbano bonaerense, al término de un encuentro entre combinados barriales amateurs. Al retornar a su casa, Alfredo

Ibarra, de 25 años, fue duramente recriminado por su papá, Carlos Ibarra, quien había presenciado el partido. “El burro se comió tres penales. Imagínense cómo me miraban los otros padres”, comentó al resto de la familia, lo que inició una fuerte discusión que culminó cuando Carlos se dirigió a su cómoda, tomó un revólver calibre 22 y le disparó a su hijo en el cuello. El muchacho fue trasladado hasta un hospital cercano, donde salvaron su vida. Su padre fue detenido y condenado por “tentativa de homicidio calificado por el vínculo”.

También un hombre y su hijo recrearon una negra situación en Turquía: para celebrar el triunfo de su seleccionado sobre el de Gales, por seis a cuatro y válido por la clasificación europea para el Mundial Francia '98, Mustafá Portakal disparó varias veces al aire. Uno de los proyectiles rebotó en el techo de su casa de la ciudad de Adana, y mató a Ilker, su primogénito, de sólo 15 años. Esta clase de celebraciones se repitió en varios puntos del país euroasiático -otras personas resultaron heridas-aunque Turquía casi no tenía posibilidades de llegar a la Copa del Mundo.

En la ciudad de Mar del Plata, a fines de 1996, un espectador que presenciaba un clásico de barrio pagó con su vida llamar “patadura” y con otras injurias a uno de los protagonistas. El futbolista agraviado caminó hasta su bolso, extrajo un revólver y disparó sobre su provocador hasta liquidarlo.

En 1997, un futbolista de la localidad brasileña de Cambé, expulsado de un match interbarrial, asesinó a balazos al árbitro que le mostró la tarjeta roja. Echado del campo de juego, Alexandre Rocha, de 20 años, se dirigió a su casa, buscó una pistola y regresó a la cancha, donde disparó cuatro veces al árbitro Valmir dos Santos, de 34 años.

Un caso parecido se produjo un año después en las afueras de Montevideo, Uruguay, donde un referí de 41 años que dirigía otro duelo entre futbolistas amateurs, recibió tres disparos de uno de los protagonistas. En este caso, el agresor sólo debió caminar hasta su automóvil, que había estacionado a pocos metros del lugar, para tomar su arma y descargar tres tiros en el abdomen de Rolando Castillo, quien salvó su vida de milagro gracias a la atención que le prodigaron en un hospital montevideano.

En la localidad chilena de Cerrillos, también en 1998, un espectador que no pudo soportar una falta contra su jugador favorito tomó un arma y abrió fuego contra los futbolistas rivales. La desequilibrada reacción terminó con el autor de la falta en gravísimo estado y uno de sus compañeros, que casualmente se encontraba a su lado, muerto por una herida en el pecho.

Cuatro miembros de una familia fueron asesinados por una disputa tras un partido de fútbol en el municipio de Santa María de Ixhuatán, en Guatemala. Los homicidas aguardaron la complicidad de la noche para ingresar en la vivienda de un matrimonio y sus dos hijos, a quienes mataron a balazos.

En Jamaica, un partido “amistoso” entre dos pandillas de un suburbio de Kingston -la capital del estado caribeño-, Tower Hill y Penwood, finalizó a los tiros y con tres jugadores muertos. El tiroteo se originó por una feroz discusión por un fallo arbitral, que involucró a muchos de los numerosos hinchas que esperaban quedarse con el premio estipulado para el vencedor: varios cajones de cerveza.

En 1991, durante un encuentro de la liga del distrito peruano de San Juan de Miraflores, el delantero del Tupac Amaru José Díaz Calero no pudo festejar su conquista, que le daba el triunfo a su equipo, porque un desequilibrado hincha rival le pegó un tiro en una pierna mientras corría a celebrar con sus camaradas. No conforme con balear al atacante, el irascible espectador se metió en la cancha y golpeó con la culata de su arma al referí Fernando Carrasco Melgar.

También los árbitros concurren armados cuando deben conducir las acciones de un partido caliente. En la provincia sudafricana de Kwazulu Natal, el referí Lebogang Petrus Mokgethi, de 34 años, mató con un certero disparo en el pecho al jugador Isaac Mkhwetha, de 20, cuando el futbolista se le abalanzaba con un cuchillo para recriminarle la convalidación del segundo tanto de sus oponentes. Los Wallabies y los Try again, tradicionales rivales en la tercera división, se enfrentaban ante 600 personas, en medio de un mar de apuestas. El juez fue detenido de inmediato por la policía, que no entendía como víctima y victimario habían ingresado armados al campo de juego.

Un árbitro brasileño en 1975 blandió una pistola para evitar que futbolistas enardecidos impidieran a sus rivales patear un penal.

Y en Zambia, en medio de un choque de alto voltaje entre el Lusaka y el Kascol Rangers, un policía ingresó al campo y, con su revólver, apuntó a la cabeza del capitán del Kascol, John Zulu, quien reclamaba junto a sus compañeros un dudoso penal otorgado al Lusaka en tiempo de descuento, con el marcador arriba por un gol para los visitantes. Ya sellada la igualdad, el uniformado encerró en uno de los vestuarios a los revoltosos hombres del Kascol hasta que llegaron los patrulleros que los trasladaron a la comisaría de la zona.

En marzo del '93, por el campeonato infantil italiano, el Intercasertana de Nápoles derrotaba por dos a uno al Acerrana. Cuando restaban sólo algunos minutos para el final, el conjunto visitante llegó a la igualdad gracias a un pelotazo que no parecía difícil para el guardametas Alberto Vene, de 15 años. Terminado el match, Vene corrió a denunciar a su entrenador y al presidente de su club que detrás de su arco había un hombre con una pistola que había amenazado con dispararle si el Acerrana no equilibraba el marcador. Mas cuando los directivos se acercaron a la tribuna junto con personal de seguridad, el influyente hincha ya se había marchado a festejar "su" conquista.

Para este tipo de incidentes hay un antecedente en la primera división argentina, durante la etapa "amateur": En 1929 Chacarita derrotaba con facilidad, como visitante, a Independiente por tres a cero. En pocos minutos, al club "rojo" alcanzó la igualdad con tres disparos que se colaron entre los brazos del guardametas funebrero Eduardo Alterio, a pesar de que parecían fáciles de controlar. Indignado por el empate final, después de tan amplia diferencia en el tanteador, el gran Renato Cesarini se acercó a su compañero y le preguntó qué le había pasado. "Comprendeme: Ahí atrás del arco había un hincha de ellos apuntándome con un bufoso". Cesarini aceptó la excusa de Alterio, pero le advirtió -con su habitual ironía- que al próximo entrenamiento iba a concurrir con un revólver para dispararle él mismo algunos tiros a los pies "para que pierdas el miedo".

El que pasó un julepe de novela fue Ángel Marcos: en su debut en la selección argentina, el 27 de julio de 1969, el volante de Chacarita integró el combinado que perdió por tres a uno ante Bolivia, en La Paz, por la clasificación para el Mundial México '70. El choque finalizó con un escándalo y una intervención policial que no supo estar a la altura de las circunstancias: para disuadir las protestas de los albicelestes, uno de los agentes extrajo su pistola y apuntó al novel convocado. Por milagro, en medio de los forcejeos y el clima infernal del estadio Hernando Siles, el gatillo no se accionó.

En noviembre de 1998, un dirigente del club paraguayo Presidente Hayes, José Medina Sagalés, concurría a los entrenamientos con un enorme revólver a la cintura para evitar que sus jugadores fueran sobornados por intermediarios de otros equipos amenazados por el descenso. El tribunal deportivo de la Liga Paraguaya de Fútbol suspendió por noventa días a José Medina Sagalés, quien paradójicamente era el vicepresidente del Comité Organizador Local (COL) de la Copa América '99, la primera que se disputó en tierra guaraní.

También José Yudica portaba un revólver durante su última etapa como entrenador de Argentinos Juniors, por las constantes amenazas que recibía de parte de la “barra brava”. De hecho, una mañana Yudica debió sacar el arma y disparar al aire cuando un grupo de hinchas agredió a su hijo, quien lo acompañaba como preparador físico del conjunto de La Paternal.

En octubre de 1994, un jugador brasileño fue asesinado a tiros por el presidente de su propio club luego de una acalorada discusión. Cassio Barros da Silva, de 26 años, golpeó al titular del CSE de Palmeiras do Indio, Gilson Veiga da Silva, porque el directivo no había aceptado firmar su pase a otra institución. Veiga respondió con cuatro tiros, uno de los cuales destrozó el pecho de Barros.

Pero no sólo las balas han teñido de sangre las canchas. En abril de 1962, un jugador del departamento tucumano de Monteros murió tras recibir una puñalada en el vientre que le asestó uno de los rivales. Increíblemente, el asesino había jugado todo el partido (que era “amistoso”) con un facón

debajo de la camiseta.

En 1954, el futbolista Stevan Rakic, de la ciudad serbia de Sabac, fue condenado a muerte tras ser hallado culpable del asesinato del árbitro Milisav Kovacevic. Rakic acuchilló a Kovacevic porque el juez había anulado al Sabac una jugada iniciada en posición adelantada, que terminó con la pelota dentro del arco.

Durante el Mundial de España '82, en el estadio José Zorrilla de Valladolid, el jeque kuwaití, Al-Sheik Fahad Al-Sabah (presidente de la federación de fútbol y del Comité Olímpico de su país, además de hermano del jefe de Estado del pequeño pero riquísimo país petrolero) logró con su cimitarra que el referí ucraniano Miroslav Stupar anulara lo que había sido el cuarto gol de Francia. Mientras los once jugadores árabes reclamaban una supuesta posición adelantada, Al-Sabah se metió en la cancha con sus fornidos guardaespaldas y amenazó a Stupar con su daga. El amedrentado árbitro obedeció, aunque de todos modos el equipo comandado por el gran Michel Platini señaló su cuarto tanto antes del pitazo final.

En agosto de 1995, un referí que actuaba en un partido de aficionados en el barrio Cerro de Montevideo, Uruguay, acuchilló dos veces a un jugador que manifestó su disconformidad con los fallos. Cansado por los constantes reclamos de Andrés Chaves, el hombre de negro sacó de entre sus ropas un pequeño cortaplumas con el que hirió al futbolista.

En la ciudad bonaerense de Coronel Suárez, un enfrentamiento entre hinchas del club local Centro Blanco y Negro y los seguidores de Peñarol de la vecina ciudad de Pigüé culminó con la muerte del arquero local Claudio Heintz, de sólo 21 años, quien recibió un puntazo en el pecho.

Durante el encuentro “de ida” que el Wisla de Polonia y el Parma de Italia protagonizaron en octubre de 1998 por la Copa UEFA, un espectador arrojó un cuchillo que hizo impacto en la cabeza del mediocampista visitante Dino Baggio. Baggio continuó el partido porque sólo sintió un golpe. En el vestuario el médico parmesano Massimo Mannara constató la gravedad de la herida y aplicó cinco puntos de sutura al volante. Por este incidente, el Wisla

-conjunto de la ciudad de Cracovia-fue sancionado con un año de suspensión de todo certamen organizado por la UEFA.

Por suerte, un cuchillo arrojado por la hinchada de Independiente no alcanzó a ninguno de los protagonistas del clásico de Avellaneda disputado en marzo de 1997. El arma, de uso hogareño aunque con una filosa hoja dentada, fue descubierta por el árbitro Javier Castrilli entre los papeles, piedras y otros proyectiles lanzados por la belicosa parcialidad roja.

Este incidente también ocurrió en el estadio del Sevilla, Sánchez Pizjuán, el 12 de octubre de 1999, cuando el equipo local enfrentó a su clásico rival, el Betis.

En mayo de 1989, el goleador del club provinciano peruano “Fernández” fue atacado a cuchilladas por cinco futbolistas rivales porque les había marcado cinco tantos en apenas treinta minutos. Gregorio Chávez Rimac quedó al borde de la muerte cuando los integrantes del equipo “Garay” se metieron en su casa del pueblo de Chavin -a unos 400 kilómetros al norte de Lima-y lo cosieron a puñaladas.

Las reservas de San Lorenzo y Argentinos se enfrentaban el 25 de octubre de 1962 ante numerosos espectadores que habían concurrido al “Viejo Gasómetro” de la avenida La Plata. En medio de las acciones, los hinchas locales comenzaron a repudiar la actuación del “10” azulgrana, Carlos Cabrera, por considerar que el talentoso volante no ponía ganas para encabezar los ataques de su equipo. A segundos del pitazo final, con el marcador uno a uno, Cabrera marcó un golazo que desniveló la paridad y dio el triunfo al cuadro de Boedo, y para sacarse la “mufa” se arrimó a la tribuna santa y le dedicó la conquista con un gesto poco caballeresco. Enardecido, un grupo de simpatizantes azulgrana esperó la salida del goleador para golpearlo. El “10” salió y, al verse rodeado de una decena de muchachones que pretendía vengar con sus puños la grosería, extrajo de su bolso un cuchillo y, con una frialdad absoluta, esperó desafiante el embate: “Al que se me acerque le hago un ojal en la barriga”. No se le acercó nadie.

En los últimos tiempos, una de las formas de violencia más comunes en los

estadios son las bombas de estruendo, que los hinchas lanzan al campo de juego. Estos potentes artículos pirotécnicos tienen en su haber numerosas víctimas por quemaduras y lesiones auditivas, y no parece haber (o no querer montarse) un control policial eficiente para impedir su presencia en las tribunas.

Si de bombas se trata, muchas de las lanzadas durante la Segunda Guerra Mundial en Europa resurgieron para interponerse en el rodar del balón. Una de 450 kilogramos de peso apareció en 1998 debajo del césped del estadio del club alemán Borussia Dortmund. La pieza, lanzada por los aliados, estaba enterrada a un metro de profundidad a la altura del círculo central, y fue descubierta por el jardinero que trabajaba con los panes de césped. El explosivo, desactivado por expertos militares, pudo estallar durante un partido y matar a los futbolistas, a los árbitros y a los 55 mil espectadores que caben en las tribunas del estadio del Borussia.

En febrero de 1990, poco antes del inicio del choque que por la primera división inglesa disputaron en la ciudad de Liverpool el Everton local y el Charlton, la policía encontró dos descomunales bombas, también arrojadas durante la “Gran Guerra”, en una de las calles linderas al Goodison Park. Los enormes proyectiles, de casi mil kilogramos cada uno, fueron desarmados y el partido se disputó con normalidad, aunque con dos horas de atraso.

Otro caso tuvo también final feliz en Kiev en 1997: un par de días después de un amistoso disputado entre los seleccionados sub-21 de Ucrania y Alemania en la cancha del Dynamo, zapadores militares hallaron diez minas debajo del campo de juego. Irónicamente, los explosivos habían sido instalados por el ejército germano que había ocupado ese estado de Europa Oriental más de cincuenta años antes durante el conflicto bélico. Las minas antipersonales, que estaban enterradas a un metro y medio de profundidad, fueron descubiertas por los obreros que trabajaban para reacondicionar la hierba.

Durante el terrible conflicto bélico, Kiev fue también escenario de un dramático episodio futbolero: las tropas del Tercer Reich descubrieron entre los prisioneros locales a varios de los integrantes del famoso Dynamo. Con el

hallazgo surgió de inmediato la idea de organizar un partido de exhibición con los ucranianos, ya que un triunfo contribuía a demostrar que el poderío nazi se extendía también al deporte más popular del planeta. Para evitar cualquier “contratiempo” que se opusiera a los intereses de los invasores, a los detenidos se les ofreció un premio especial a cambio de dejarse ganar: la libertad. Sin embargo, con el correr de la pelota, los hombres del Dynamo se olvidaron de la recompensa y, a pesar de la profunda huella dejada por la guerra en sus desnutridos cuerpos, vapulearon al combinado de Adolfo Hitler. Pero la victoria dentro del campo de juego se convirtió en derrota fuera del estadio, ya que cuatro de los atrevidos futbolistas ucranianos fueron fusilados pocos minutos después del final del encuentro, acusados de “insubordinación”.

El color del dinero

Antes del inicio de la liga italiana 2000/2001, dos goleadores argentinos, Gabriel Batistuta y Hernán Crespo, revolucionaron el mercado internacional al colocarse a la vanguardia en la lista de pases costosos y convenios lucrativos. Transferencias por cincuenta o sesenta millones de dólares, contratos por cinco millones de sueldo anual, cifras increíbles repletas de ceros. En abril de 2000, la revista France Football publicó un informe con el ranking de los futbolistas mejor pagos en dólares, incluidos premios y compromisos publicitarios: el delantero de la Juventus de Italia Alessandro del Piero se colocó al tope con 11 millones anuales, seguido por el brasileño del Inter Ronaldo (9,2 millones), el también interista Christian Vieri (6,5 millones), el inglés David Beckham, del Manchester United (6 millones), Batistuta (5,9 millones) y el capitán de la selección de Inglaterra Alan Shearer, del Newcastle United (5,8 millones). La difusión de estas cifras escalofriantes provocó horror en numerosos esferas sociales.

El diario vaticano Osservatore Romano, por ejemplo, consideró como “una ofensa para los pobres” los 50 millones de dólares que Inter pagó a la Lazio por el pase Vieri. En Torino, ciudadanos desocupados y sin techo manifestaron a la sede de la Juventus para protestar por las ganancias de Del Piero, al que llamaron “un mensaje autodestructivo para millares de familias sin dinero y jóvenes sin trabajo”.

Pero ningún dirigente religioso ni social congregó a los manifestantes para repudiar lo que bien podría haberse entendido como “explotación” contra el italiano Giuliano Grazioli, quien rubricó un contrato con el equipo regional inglés Stevenage por tres bolsas de papas fritas y una barra de chocolate. Sobre todo porque, gracias a los goles de Grazioli, el Stevenage llegó a la cuarta ronda de la FA Cup, donde la humilde escuadra amateur igualó ante el rico Newcastle en un tanto. Grazioli y el opulento Shearer -por quien el conjunto del norte de Inglaterra acababa de pagar 25 millones de dólares-, los autores de las dos conquistas de esa tarde, compartieron la misma mesa en la

conferencia de prensa.

Seguramente tampoco se escucharon quejas por el acuerdo suscripto por el arquero Szvonko Cindrich con el club ecuatoriano Panamá. Cindrich, un agente de seguros y propietario de casas de artículos electrónicos en Guayaquil, acordó en 1998 pagar los sueldos y premios de sus compañeros a cambio de jugar cada domingo. Así le fue al Panamá: descendió esa misma temporada.

En marzo de 1970, los jugadores del cuadro chileno Magallanes solicitaron a los dirigentes que les redujeran el sueldo en un diez por ciento para evitar la transferencia del goleador Alfonso Lara. La comisión directiva planeaba vender al centrodelantero para, con el producto de la operación, solucionar los problemas financieros que aquejaban a la institución. La sugerencia fue aceptada y Lara, quien irónicamente era el mejor pago del plantel, continuó en Magallanes.

Otro caso notable: el técnico alemán Michael Skibbe renunció a la dirección del primer equipo del Borussia Dortmund a causa de la mala campaña que desarrollaba en la Bundesliga. Como tenía un compromiso firmado hasta el 2003, los dirigentes lo convencieron para que siguiera en el club con las categorías juveniles. Skibbe aceptó, pero como se trataba de una responsabilidad menor, exigió que primero le bajaran el sueldo.

Cualquiera diría que al gran Stanley Matthews se le fue la mano a la hora de exigir condiciones para vestir la camiseta del Zamalek de El Cairo en un encuentro amistoso ante el Botafogo de Brasil, que tuvo lugar en 1961. El inglés exigió un viaje de ida y vuelta en avión de lujo, ocho días de estadía en el suntuoso hotel Hilton, un seguro de vida por 500.000 libras esterlinas y un cheque en blanco por sus servicios, que, según dijo a los directivos del club egipcio, llenaría “sin abusar de confianza”. Tanto ansiaban ver a Matthews con la camiseta del Zamalek, que sus representantes aceptaron los caprichos sin chistar.

Más opulencia: para festejar en forma conjunta su cumpleaños y el cincuentenario del club Al Ahly, el jeque árabe Jaled Abdallah invitó a

participar de un encuentro al fenomenal Diego Maradona, a quien se le abonó un cachet de 250 mil dólares por sus servicios. El match -que se llevó a cabo el 11 de noviembre de 1987 en la ciudad de Jeddah, en el reino de Arabia Saudita-enfrentó al Al Ahly, reforzado con la presencia del entonces jugador del Napoli de Italia, y al Brøndby, de Dinamarca. Más de cuarenta mil espectadores disfrutaron de los malabares de Maradona, quien además de desplegar todo su talento señaló dos de los goles del conjunto local, que se impuso a su rival europeo por cinco a dos. Como si los 2.777,77 dólares que percibió por cada uno de los minutos que duró el partido hubiesen resultado poco, el “diez” argentino se llevó como “souvenirs” una cimitarra engarzada en diamantes y un escudo y una medalla de oro.

En setiembre de 1997, el diputado brasileño José Gomes da Rocha fue suspendido por 30 días de sus funciones porque había utilizado dinero destinado al pago de funcionarios para contratar cinco jugadores para el cuadro de sus amores: Deportivo Itumbiaré, del estado de Goiás. El presidente de la Cámara, Michel Temer, justificó su decisión al sostener que “no es posible que se contrate un funcionario para trabajar en un lugar y preste servicio en otra actividad”. Sin embargo, da Rocha contestó en su descargo que con la inversión de parte de sus 18 mil dólares mensuales en futbolistas se permitía “dar alegría al pueblo”, y contraatacó con que “es mejor contratar jugadores para el gabinete que parientes, como hacen muchos de mis colegas”. “Un club de fútbol es una institución, y no contraté a nadie para trabajar para mí”, agregó el legislador.

Unos lustros antes, en 1970, el gobernador del estado de Minas Gerais, Israel Pinheiro ofreció pagar la diferencia entre lo que ofrecía el club Cruzeiro de Belo Horizonte y lo que reclamaba como sueldo el consagrado Tostão. Pinheiro no se puso colorado cuando admitió que ese dinero figuraría oficialmente como un cargo, lo que convertía a Tostão en un futbolista “ñoqui”.

Al finalizar su extensa campaña en las instituciones más poderosas de Europa occidental, el alemán-yugoslavo-croata Robert Prosinecki retornó a Zagreb, la ciudad de su niñez, para incorporarse al pobre Hrvatski Dragovoljac. En un convenio simbólico, el talentoso armador aceptó recibir

un almuerzo por partido ganado, y pagar una comida para todos sus camaradas después de cada derrota. Prosinecki se cuidó no obstante de aclarar en una cláusula que podría marcharse en caso de recibir una mejor oferta.

En 1977, los dirigentes del Fuglaf Jordur, de la segunda división de las Islas Feroe -archipiélago emplazado a unos 350 kilómetros al norte de Escocia-, contrataron a un técnico sueco para que condujera al equipo a la primera división de ese estado de origen normando. El entrenador Ronny Gunnarson, quien ya había dirigido con éxito a un conjunto de segunda división de su país, aceptó el desafío, pero reclamó a cambio mil dólares estadounidenses de sueldo al mes, tres meses de vacaciones anuales pagadas, un pasaje aéreo en primera clase a Suecia al año, una casa de 125 metros cuadrados habitables con teléfono a cuenta del Fuglaf Jordur... y pescado fresco gratis todos los días. El trabajo de Gunnarson dio frutos rápidamente, ya que un año después de su llegada el Fuglaf Jordur consiguió su ansiado ascenso a la primera división.

En la Argentina, el puntero izquierdo rosarino Gabino Sosa -quien integró la delantera de la selección albiceleste durante gran parte de la década del '20-firmó su primer contrato profesional con el club Central Córdoba por una muñeca para su hija enferma.

Setenta años después, la alarmante situación económica que atravesaba esta institución rosarina de la B Nacional la obligó a abonar el sueldo de sus jugadores con las motocicletas que recibía a cambio de la publicidad estampada en la camiseta. En julio de 2000, el plantel del club Paysandú Bella Vista de Uruguay cobró dos meses de sueldo atrasados con vales para un supermercado.

Los acuerdos “en especies” también se han pactado entre clubes, por los servicios de un jugador. Huracán compró en 1928 el pase de Máximo Federice, del club Almafuerte, pero en lugar de abonar la transferencia con dinero en efectivo lo hizo con trescientas chapas de cinc que le habían sobrado a la institución de Parque de los Patricios cuando construyó su primera tribuna techada.

Diez años más tarde, Boca saldó la transferencia del defensor de Ferrocarril Oeste Arcadio López con los tableros de las tribunas de su viejo estadio. Muchos de esos maderos aún reciben a los hinchas que se ubican en las populares y en las plateas que dan espaldas a la avenida Avellaneda.

Allá por 1961, un dirigente de San Lorenzo de Almagro quedó muy impresionado por un arquero de la octava división de Sportivo Palermo, de la tercera categoría de ascenso. El directivo se acercó al presidente del modesto club palermitano, Héctor Defensa, y le preguntó cuánto costaba el pase del prometedor golero, llamado Luis Antonio Vidal. Defensa, raro caso de honestidad y desinterés por el propio beneficio, respondió: “Nada, lo cedemos gratuitamente para no cortarle la carrera deportiva”. El representante del club de Boedo, que tampoco pretendía perjudicar a su colega, insistió con pagar algo por la cesión del guardametas. Defensa meditó un momento y solicitó “zapatos de fútbol para las divisiones inferiores”. Vidal firmó para San Lorenzo y Sportivo Palermo recibió 22 pares de botines nuevos.

En julio de 1990, el PSV Eindhoven de Holanda, propiedad de la empresa Philips, obtuvo los servicios del volante rumano Gheorghe Popescu a cambio de la entrega de artículos electrónicos y nuevos sistemas de iluminación y comunicaciones para el estadio del Universitatea Craiova.

También en el empobrecido fútbol de Rumania, el Corvinul Hunedoara, de la segunda división, cedió a su estrella, Robert Nita, al Cimentul Fieni por dos toneladas de cemento, y otro delantero pasó de un club a otro por dos toneladas de carne de cerdo.

El colmo: como no podía pagar su cuenta del gas, que ascendía a 20 mil dólares, el Nitramonia Fagaras, de la tercera categoría, entregó a dos de sus mejores zagueros, Gabor Balazs y Ioan Fatu, al Gazmetan Medias. Como su nombre lo indica, el Gazmetan es propiedad del consorcio de gas del Estado rumano.

En diciembre de 1999, un tribunal de Río de Janeiro ordenó al Fluminense saldar una deuda que mantenía con su ex estrella Renato Gaúcho con los derechos de otro futbolista. El Flu cedió a Leandro Ávila, quien se

encontraba en ese momento a préstamo en Flamengo, para ser rematado con una base de 500 mil dólares.

¿Pagar para cobrar? Cuando firmó para el Porto de Portugal, a Eliseo Montañó se le informó que esa institución abonaba los sueldos con minuciosa puntualidad los primeros días del mes, y que al jugador que no se presentaba en término en la tesorería se lo multaba y se le entregaba el sobre, con el consecuente descuento, junto al salario siguiente.

La Federación Peruana de Fútbol suspendió por diez años a nueve jugadores y al técnico del Centro Chupaca, de la tercera división, que en abril de 1970 extorsionaron a los dirigentes de su equipo con no presentarse a disputar la final del ascenso a la segunda categoría ante Huracán si a cambio no recibían una fuerte suma de dinero. Para imponer la fuerte sanción, el tribunal tuvo en cuenta que el planteo se produjo diez minutos antes del comienzo del partido, y con los futbolistas ya cambiados y a punto de meterse en el túnel.

Un año y algunos meses después de haber asumido al frente de la selección chilena, el entrenador vasco Xabier Azkargorta recibió medio millón de dólares para dejar su cargo. El técnico fue despedido por la Asociación Nacional de Fútbol Profesional de Chile luego del empate en un gol conseguido el 2 de junio de 1996 frente al débil combinado venezolano, por la clasificación para el Mundial de Francia de 1998. El titular de la Asociación, Darío Calderón, aceptó cumplir al pie de la letra el trato firmado con tal de que el español dejara el puesto. Para ello, abonó en un solo pago todos los sueldos restantes de 1996 y los de 1997.→ Azkargorta había adquirido cierto prestigio como entrenador en Sudamérica luego de clasificar a Bolivia para el Mundial que en 1994 se disputó en los Estados Unidos. Bolivia dejó en el camino al laureado Uruguay, y le propinó a Brasil su primera derrota en series clasificatorias cuando el 25 de julio de 1993 lo venció en la ciudad de La Paz por dos a cero. Tras la partida del vasco, la dirección técnica recayó en el uruguayo Nelson Acosta, quien impulsó una feroz remontada que incluyó el pasaje a Francia, un notable triunfo 2-0 ante Inglaterra en Wembley -en un choque amistoso-y ya en el Mundial la clasificación para los octavos de final, donde la escuadra roja fue eliminada

por Brasil.

Menos resultadista se manifestó la Real Federación Española de Fútbol, que en enero de 1993 rescindió el contrato de Vicente Miera poco después de que el director técnico obtuviera para su país el mayor logro en la historia de este deporte: la medalla dorada en los Juegos Olímpicos de Barcelona '92. La decisión fue adoptada por el titular de la RFEF, Ángel Villar, quien nombró a Javier Clemente entrenador absoluto.

Esta notable circunstancia se manifestó en el Real Madrid en mayo de 1998, cuando destituyó al alemán Jupp Heynckes solamente una semana después de que el conjunto “merengue” ganara la Copa de Campeones de Europa. El presidente del Madrid, Lorenzo Sanz, indicó que, a pesar de la gran victoria, la decisión, irrevocable, se había tomado mucho tiempo antes. El alemán se convirtió así en el primer técnico despedido después de ganar el máximo galardón del Viejo Continente a nivel clubes.

Todo lo contrario ocurrió con la federación de Irlanda del Norte, que por permitir desarrollar un proyecto a largo plazo renovó el vínculo con el entrenador Lawrie McMenemy, a pesar de la apabullante derrota en Belfast ante Turquía, por tres a cero, por la clasificación para la Eurocopa 2000, y haber conseguido sólo dos triunfos en doce presentaciones.

En Francia, Guy Roux se mantuvo cuarenta años como técnico del Auxerre. Lo que al asumir en 1960 era un modesto conjunto de la quinta división, en 1996 se alzó con la liga y la copa nacional. Un año después del fenomenal doblete, el Auxerre recibió en su casa, el estadio “Abbe Deschamps”, al Borussia Dortmund por los cuartos de final de la Liga de Campeones. A pocos minutos del final, y con la serie definida ante el que sería finalmente ganador del torneo, la pelota cayó en la tribuna, y el público se negaba a devolverla. Roux corrió más de cincuenta metros para convencer a los aficionados que regresaran el esférico, y lo logró con una sola frase: “No quiero que nuestra aventura europea se termine con un robo”.

No siempre estas características del más puro amor por el deporte se imponen a la fuerza de los billetes. Por eso no sorprende que el club

sudafricano Orlando Pirates haya inscripto al jugador Meshack Zwane como refuerzo para afrontar la liga local, y haya acordado una póliza contra todo riesgo que pudiera sobrevenirle a la nueva figura. Lo que sí llama la atención es que Zwane había muerto dos días antes de su afiliación al Orlando Pirates. El presidente del club, Ivan Khoza -el mismo que presidió la malograda candidatura de Sudáfrica como sede del Mundial 2006 que finalmente ganó Alemania-, reclamó a la compañía de seguros 105 mil dólares por el deceso del deportista, en un accidente de tránsito.

A fines de los '90, el Atlético de Madrid compró el pase del angoleño Bernardo Matías Djana y otros tres africanos en unos veinte millones de dólares, que abonó a la empresa Promociones Futbolísticas. Pero la justicia descubrió que el bueno de Djana apenas si pateaba la pelota -nunca había actuado como profesional en su tierra-, y que se desempeñaba como albañil del estadio Vicente Calderón. Algo similar involucraba a las otras tres "figuras". La tramposa maniobra se le imputó al ex presidente del club albirrojo Jesús Gil y Gil, casualmente el propietario de Promociones Futbolísticas. El juez Manuel García Castellón embargó los bienes de Gil y Gil, a quien expulsó de su cargo, y nombró un interventor.

Por fortuna, cada tanto surge una bocanada de aire puro, como la que soplaron los miembros de la selección sub-23 de Brasil, quienes renunciaron a sus premios en dinero por clasificar para los Juegos Olímpicos de Sydney 2000. - El capitán del equipo, Denilson, señaló a la prensa que "el simple hecho de vestir el uniforme de Brasil otorga destaque y revaloriza el pase del atleta. Su compañero Ronaldinho Gaucho sugirió que el dinero debería recibirse, pero para hacer una donación.

Otro que posiblemente pensó que "no todo es dinero en la vida" fue el atacante inglés John Salako, quien a mediados de 1995 rechazó una jugosa oferta de dos millones de libras esterlinas (unos 3,5 millones de dólares) para pasar del londinense Crystal Palace al Newcastle United. El jugador, de 26 años, se negó a cambiar de escuadra porque, argumentó, no quería mudarse "tan al norte", donde los inviernos son tan crudos como largos. Además de los billetes, Salako desperdió la posibilidad de continuar su carrera en la Premier League, ya que el Crystal Palace había descendido a la primera

división (segunda categoría) ese año. Por el monto que le ofrecían, el delantero atacante podría haber hecho un esfuerzo, ya que le sobraba dinero para comprarse todos los calefactores de la ciudad.

En pos de priorizar la vida personal al vertiginoso mundo del fútbol, el ex director técnico Argentino Geronazzo se llevó todos los premios: tanto le gustaba dormir la siesta que una vez tomó un compás y trazó un círculo de treinta cuerdas de radio en un mapa, para trabajar con clubes que quedaran cerca de su domicilio y así no perderse nunca el reparador descanso vespertino.

En setiembre de 1969, después de haber actuado en sólo dos partidos, el delantero paraguayo Fabián Muñoz, contratado por el conjunto boliviano The Strongest, devolvió la prima, los premios y los sueldos cobrados y regresó a Asunción. Antes de tomar el micro de regreso a su patria, Muñoz explicó con muy buenas formas a los azorados dirigentes y al entrenador Eustaquio Ortuño que había tomado esa determinación luego de notar que sus compañeros deliberadamente no le pasaban la pelota. Según el guaraní, el “boicot” lo había hecho “fracasar ante el público” que había pagado la entrada para verlo actuar. Sin dudas, una excentricidad, como muchos de los casos aquí contados, pero un soplo de frescura que mantiene vivo un concepto: a pesar de los montos en dinero cada vez más voluminosos, para algunos el fútbol todavía sigue siendo un juego. Nada más, nada menos.

Hagan juego, señores.

“Lotería de los penales”, “ligar”, “mala leche”, “la suerte del campeón”, “cábala”, “yeta”, “mufa”... Son sólo algunas de las frases que tanto espectadores como protagonistas endilgan al azar cuando no se encuentra (o no se quiere encontrar) una explicación racional para un hecho deportivo. El juego en sí está rodeado de algunos factores fortuitos, aunque éstos en general son poco determinantes en el resultado o en el correr de las acciones. El referí revolea una moneda para dar prioridad a la elección de un campo o

del saque, se sortea qué protagonistas deberán pasar por el control antidopaje al término del encuentro, y en muchos casos se recurre al “azar” de un bolillero para designar árbitros y confeccionar fixtures.

No obstante, más de una vez debió recurrirse a un sorteo para determinar el ganador de un partido o un grupo. En la Copa de Oro 2000 de la CONCACAF, Canadá clasificó para los cuartos de final sin ganar (dos empates ante Costa Rica y Corea), y dejó al equipo asiático en el camino gracias al revoleo de la moneda, luego de un empate en puntos, goles a favor y en contra. Impulsado por el toque del destino, el conjunto de América del Norte derrotó por dos a uno a México, por uno a cero a Trinidad y Tobago y venció en la final a Colombia por dos a cero.

Durante la etapa clasificatoria para el Mundial Suiza '54 España -gran favorito-aplastó en Madrid a Turquía por cuatro a uno con una actuación brillante del húngaro -nacionalizado ibérico-Ladislao Kubala. En la revancha, jugada en Estambul, los locales se impusieron por uno a cero con Kubala destrozado a patadas y la indiferente actuación del árbitro. Pocos minutos antes del desempate, en el estadio Olímpico de Roma, la FIFA envió un telegrama con la inhabilitación del delantero magiar, por considerar que su naturalización no se había tramitado en forma regular. Los españoles, que jugaron bajo protesta, apenas arañaron un agónico empate a dos. Como el marcador permaneció inalterable tras treinta minutos de alargue, por reglamento se procedió a un sorteo para decidir cuál de los dos conjuntos clasificaba para el campeonato. Se colocaron dos papelitos con los nombres de las dos naciones en un sombrero y se pidió a un niño que tomara uno. Ganó Turquía, y España quedó afuera a pesar de haber sido superior a su rival.

Boca Juniors quedó afuera de la Copa Mercosur '99 porque la moneda benefició al Corinthians de Brasil. Ambos equipos habían clasificado segundos en sus zonas, con idéntica cantidad de puntos y goles a favor y en contra.

El 13 de enero de 1967, por el partido “de vuelta” de los cuartos de final del octogonal de ascenso a primera división, Almagro derrotó en cancha de

Atlanta a Tigre por dos a cero. Como el cuadro de José Ingenieros había caído en el primer chico por idéntico marcador, se jugó un alargue de treinta minutos. Allí, Almagro se puso rápidamente en ventaja por dos a cero (cuatro a dos en “score agregado”), pero el conjunto de Victoria, lejos de achicarse, logró una nueva igualdad mediante dos goles conseguidos a los 24 y 25 minutos. Como todo seguía equilibrado tras 120 minutos, tal como lo estipulaba el reglamento de la época se ejecutaron tres disparos por escuadra desde el punto del penal, todos a cargos del mismo pateador. Carlos Machao, por el “tricolor”, y Carlos Luis Santana, por Tigre, convirtieron dos de sus tres tiros. Puesto que no se quebraba la paridad, el árbitro llamó a los capitanes para resolver el pleito con su moneda, como correspondía antiguamente. El capitán de Almagro, Albino Valentini, eligió “cara” y, gracias a ese pálpito, su equipo fue el primer y único conjunto argentino que se impuso sobre el césped con la ayuda de un sorteo. La estrella dejó de brillar rápidamente, porque en la semifinal Nueva Chicago acabó con la ilusión del tricolor.

Para el Mundial ‘66 estaba previsto que si los cuartos de final y las semis terminaban igualadas tras los 90 minutos reglamentarios y los 30 de alargue, se decidiría con una moneda el conjunto que pasaría a la siguiente ronda. Si la final, tras 120 minutos, culminaba sin un ganador, el match debía repetirse dos días después, y si todo continuaba igual tras otros 120 minutos, el campeón saldría con un “cara o ceca”. Por suerte, no fue necesario recurrir a ese injusto método en ninguno de los partidos.

En octubre de 1970, San Martín y Manuel Seoane finalizaron en la punta de la tabla de posiciones de la segunda división del campeonato de la ciudad peruana de Ferreñafé, en el departamento de Lambayeque. El match de desempate terminó igualado, al igual que los tres tiempos suplementarios, de modo que los organizadores de la competencia decretaron que se lanzara una moneda al aire para que definiera la extensa resolución. Los capitanes de las dos escuadras aceptaron, pero reclamaron que sea la ecuánime mano del comisario del pueblo la encargada de catapultar la pieza de cobre que determinaría al vencedor. Los 22 protagonistas -todavía vestidos con sus camisetas, pantaloncitos y botines- y las dos hinchadas se trasladaron de la cancha a la seccional policial, mas como el comisario no se encontraba

presente, se solicitó al cabo de guardia que efectuara el revoleo. La moneda cortó el aire cargado expectativa, y al caer determinó el ascenso de San Martín.

La Diosa Fortuna a veces extiende sus manos más allá del plano deportivo, para prolongar una buena racha en los designios de la timba y las apuestas por dinero. Tal como le sucedió al francés Emanuel Petit, quien en 1998 disfrutó de una ráfaga de gloria y succulentas ganancias emparentadas con el número “7”. A los 27 años, y una semana después de levantar la Copa del Mundo en París -donde además marcó el tercer gol de su equipo frente a Brasil-viajó de vacaciones con su novia a Montecarlo, en la Costa Azul. Allí visitó el famoso Casino, y con sólo una moneda de diez francos (algo menos de dos dólares) se alzó con una recompensa de 170.000 francos (unos 28 mil dólares). Los diarios británicos destacaron que esa misma temporada Petit ganó la liga inglesa y la F.A. Cup con el Arsenal y el Mundial con el número “17” en la espalda. El desenlace ante Brasil se produjo un 17 de julio, y días después los 170.000 francos llegaron con una combinación mágica: 777.

El triunfo deportivo y la ruleta también se conjugaron el 2 de mayo de 1998 para el arquero de Colón de Santa Fe José Burtovoy. Esa noche, en el Defensores del Chaco de Asunción, el guardametas contuvo cuatro de los cinco disparos desde el punto del penal que definieron la serie ante Olimpia de Paraguay y clasificaron a los “sabaleros” para los cuartos de final de la Copa Libertadores. Tras el encuentro, el equipo se retiró al Hotel Casino Yacht y Golf Club, y Burtovoy se dio una vuelta por las mesas de ruleta, donde “atajó” las fichas que le lanzó el pagador por cada “pleno” acertado.

Uno que se incorporó a la lista de suertudos fue el defensor de Huracán Fernando Moner, quien en setiembre de 1999 ganó 200.000 pesos en un sorteo organizado por el Banco Río para sus clientes con cajas de ahorro. Meses después, el lateral izquierdo hizo un “doblete” con el ascenso a Primera División.

Después de una racha negra con el bolillero, que se empeñó en mantenerlo siete fechas seguidas sin dirigir, el referí Aníbal Hay debió esperar hasta la cena de Fin de Año que organizó la Asociación Argentina de

Árbitros para sacarse la “mufa”. Allí el sorteo no lo dejó de lado y se fue a casa con una canasta llena de regalos.

En diciembre de 1996, la lotería navideña española derramó su “cuerno de la abundancia” sobre el pequeño club Berja, de la región de Almería, que ganó suficiente dinero para saldar sus deudas e incorporar un buen delantero.

Con el advenimiento de las quinielas futboleras -como el PRODE o el Totocalcio-, el juego se volvió más picante para aquellos hinchas amantes de las apuestas. Como la noche del domingo 6 de mayo de 1984, cuando Racing Club de la provincia de Córdoba salió del túnel para enfrentar a Ferrocarril Oeste con la mente puesta en dos cosas: la punta del campeonato y los doce puntos que ya sumaba una tarjeta de PRODE confeccionada por el plantel, con más de dos millones de dólares para los trece aciertos. A seis minutos del final, y con el marcador uno a uno -Roberto Gasparini abrió la cuenta para los locales a los 14 minutos, mientras que Héctor Cúper igualó a los 30-, el mismo “Pato” logró el segundo tanto a través de un tiro libre que, tras picar en el área chica, pasó por encima del cuerpo del arquero visitante Ricardo Ferrero. El festejo del club de Nueva Italia pareció el de una final de la Copa del Mundo, pero a la mañana siguiente los diarios cambiaron la cara de los “afortunados” racinguistas: el concurso 561 tenía 93 ganadores, por lo que la recompensa se había reducido a solamente 29 mil dólares. Repartidos entre los veinticinco miembros de la sociedad, los millones se convirtieron en unos “miserables” 1.100 por cabeza.

En julio de 1986, después del rutilante triunfo por dos a uno de la Argentina sobre Inglaterra, las agencias de juego británicas decidieron devolver el dinero a quienes habían apostado por el empate entre ambos combinados, por juzgar que el primer tanto de Diego Maradona, marcado gracias a la “mano de Dios”, no había sido válido.

En el sudeste asiático y el lejano Oriente, el deporte representan grandes ganancias para las mafias de las apuestas ilegales. Por ejemplo, tres integrantes de la selección de Hong Kong fueron condenados a 22 meses de cárcel al ser hallados culpables de arreglar un partido frente a Tailandia, en 1997, durante la clasificación para Francia '98.

En enero de 1988, el técnico y un directivo del Swindon de Inglaterra arreglaron una derrota ante el Newcastle por la F.A. Cup, que les permitió ganar miles de libras. Pero el hecho trascendió y el entrenador, Lou Macari, y el dirigente, Brian Hillier, fueron multados por la Comisión Disciplinaria de la Football Association, y suspendidos por seis meses para ejercer cualquier cargo deportivo.

El 25 de agosto de 1999, cuatro personas fueron condenadas por un tribunal inglés a cumplir una pena de doce años de cárcel por intentar sabotear la iluminación del estadio de fútbol del Charlton, con el objetivo de favorecer a un grupo de apostadores del sudeste asiático. La justicia determinó que un chino de Hong Kong, Wai Yuen Liu, de 38 años, había contratado a dos electricistas para programar una avería a “control remoto” del sistema eléctrico del estadio “The Valley” el 13 de febrero de ese año, para que se produjera en determinado momento del encuentro, cuando el marcador resultase favorable para la organización. El responsable de la cancha, Roger Firth, también recibió una dura condena. En Gran Bretaña, cuando un partido se interrumpe debido a un corte de luz, todas las apuestas son anuladas y el dinero es devuelto. Pero en Hong Kong se conserva el resultado si ya se jugó más de un tiempo. La policía descubrió además circuitos preparados para sabotear otros encuentros de la Premier League inglesa.

“No me opongo a los juegos de azar, siempre que uno no juegue más de lo que sus medios le permiten”, afirmó el reverendo James Curtin en enero de 1971. Claro que las declaraciones de Curtin se produjeron en un contexto muy especial: el religioso acababa de ganar 261 mil libras esterlinas por acertar los resultados de ocho partidos de la liga inglesa. El futbolero párroco dijo además que pensaba destinar a la caridad la mayor parte del premio, y que sólo se quedaría con 400 “pounds”.

En octubre de 1989, durante un partido de la Copa UEFA entre el Sporting de Lisboa y el Napoli, el arquero yugoslavo del equipo portugués, Tomislav Ivkovic, se acercó a Maradona y le propuso apostar cien dólares antes de que pateara un penal. Diego aceptó, pero debió pagar al final del match, porque Ivkovic adivinó la dirección del remate del capitán napolitano. El 30 de junio

de 1990, por los cuartos de final del Mundial de Italia '90, Ivkovic y Maradona volvieron a estar frente a frente en la definición desde el punto del penal, luego de un opaco cero a cero de 120 minutos entre Yugoslavia y Argentina. Esta vez no hubo apuesta, pero el guardavallas volvió a ganarle al “diez” albiceleste, aunque el combinado conducido por Carlos Bilardo se impuso finalmente por tres a dos.

Uno de los desafíos más inusitados lo protagonizaron los uruguayos Fabián O'Neill y Darío Silva cuando ambos vestían los colores del Cagliari italiano. En octubre de 1997, los dos convinieron llamar por teléfono a un familiar de Silva y solicitarle que colocara la bocina del aparato junto a una radio para seguir “en vivo y en directo” las alternativas del superclásico Peñarol-Nacional, que deseaban escuchar con fervor desde veredas distintas: O'Neill vistió la camiseta tricolor varias temporadas, lo mismo que Silva la “carbonera”. La factura, lógicamente, correría por cuenta del hincha del cuadro perdedor. Seguramente lo que más le dolió a O'Neill no debe haber sido pagar los 450 dólares que costó la comunicación, sino que Peñarol dio vuelta el marcador y ganó por cuatro a tres después de encontrarse en desventaja por tres a uno.

El 24 de julio de 1949, Estudiantes y Tigre igualaron uno a uno en La Plata por el campeonato de primera división. En el vestuario, los jugadores locales cobraron con mala cara 150 pesos por el punto obtenido ante un modesto rival al que, “en los papeles”, debieron derrotar con facilidad. El único que mostraba cara de satisfacción era el puntero izquierdo Manuel Pellegrina: mientras se cambiaba un allegado le informó que un caballo suyo había ganado una importante carrera en el cercano hipódromo platense, que le deparaba una recompensa de 36 mil pesos, más del triple de lo recaudado en las ventanillas del estadio.

Lesley y John Brown, oriundos de la ciudad de Bristol, en el sur de Inglaterra, casi habían perdido la ilusión de tener un hijo, luego de que varios especialistas determinaran una anomalía en las trompas de falopio de la mujer. El matrimonio vio un último destello de esperanza en el médico obstetra Patrick Steptoe, quien había realizado varias investigaciones con el profesor Robert Edward, de la Universidad de Cambridge. Claro que los

Brown -que vivían con el magro sueldo de John, un empleado del ferrocarril- no contaban con los medios suficientes para pagar un costoso e inédito tratamiento. El primer milagro llegó gracias a una jugada afortunada en la lotería futbolera, que depositó 800 libras esterlinas -unos 1.300 dólares- en el bolsillo de John. Con esa plata, los Brown se arriesgaron a la costosa aventura, y rápidamente llegó el segundo milagro: en menos de seis horas, gracias al novedoso procedimiento, fueron fecundadas las células que dos días después fueron implantadas en la matriz de Lesley. El 25 de julio de 1978, nueve días antes de lo previsto por los investigadores, Lesley dio a luz a Louise Joy Brown. El éxito del proyecto, al que se bautizó “bebé de probeta”, permitió a miles de padres alcanzar su más apreciada meta. Todo gracias a una apuesta futbolera.

Cancha rayada.

Según el Diccionario Enciclopédico del Fútbol del diario deportivo Olé, se denomina “estadio” a un “edificio grandioso que enmarca el campo de juego, preparado para congregarse al público, que en algunos casos supera los cien mil espectadores. Obra de ingeniería civil dotada de ámbitos contiguos, como las tribunas, con comodidad y seguridad en sus distintos sectores, estacionamientos, vestuarios, y otras dependencias, con apropiados accesos y compatibilidad con su entorno arquitectónico”. Podría decirse que, además de recuadro para fabulosos sucesos deportivos, un “contenedor” de hazañas e incidentes, algunas veces los coliseos y sus pistas se convierten en protagonistas por derecho propio.

Cada estadio encierra historias propias: en otro capítulo se mencionó que las tribunas de madera de Ferrocarril Oeste alguna vez estuvieron en la cancha de Boca. El “Monumental” de River Plate, que primero lució una forma de “herradura”, pudo cerrarse gracias a la venta millonaria de Enrique Omar Sívori a la Juventus de Italia. La “Bombonera” se inauguró tres veces: la primera en julio de 1924, con la presencia del ex presidente radical

Marcelo Torcuato de Alvear; la segunda en mayo de 1940, cuando las tribunas de madera dejaron su lugar a las de cemento; la tercera en mayo de 1996, con la llegada de los palcos “VIP”, desde los que se pudo apreciar, ese mismo día, la peor derrota de Boca como local en su historia, al ser goleado por un implacable Gimnasia y Esgrima La Plata seis tantos a cero, por la octava fecha del campeonato Clausura. Una curiosidad de Boca: en varias oportunidades actuó como local en la cancha de River, su más odiado rival. Inclusive, llegó a “recibir” al conjunto millonario en su propia casa el 26 de junio de 1984, por el campeonato Metropolitano. Ferrocarril Oeste también fue visitante en su estadio ante Argentinos Juniors.

Un ejemplo de confraternidad, a pesar de su antagonismo, lo ofrecen los clubes romanos Lazio y Roma y los milaneses Inter y Milan, quienes comparten sendos coliseos comunales, el “Olímpico” y el “San Siro”, respectivamente. En Montevideo, el Centenario (que generalmente es utilizado como “hogar” por los dos grandes del Uruguay, Peñarol y Nacional) se terminó de construir pocos minutos antes del comienzo del primer partido del Mundial de 1930, demorado por el otoño más lluvioso del siglo. Mientras se edificaba, en Buenos Aires se estrenó una obra de teatro de revistas (“¿Qué hacemos con el estadio?”) que se burlaba de su gigantesco tamaño en proporción con la escasa población uruguaya. Los “orientales” respondieron “Haremos lo de siempre, ganarle a los argentinos”, y cumplieron días después, en la final del campeonato, cuando se impusieron por cuatro a dos.

Wembley y sus torres gemelas -sólo habilitados para finales de copas o encuentros internacionales- fue cerrado a fines del 2000 para su demolición para edificar allí otro estadio más moderno y con mayor capacidad. Pero antes se lo desarmó y muchas de sus piezas salieron a remate. Un fanático compró por 28 mil dólares un trozo de su alfombra de césped de veinte por sesenta centímetros, que revestía el lugar donde picó el pelotazo de Geoff Hurst que rebotó en el travesaño y fue concedido como gol en la final de Inglaterra '66 por el árbitro suizo Gottfried Dienst. Otra curiosidad: al cerrarse Wembley, la federación determinó que las finales de la copa inglesa se jugaran en el Millennium Stadium... de Gales.

Los estadios utilizados para la Copa del Mundo Estados Unidos 1994 eran

en su mayoría escenarios de fútbol americano adecuados para el “soccer”.

En la ciudad francesa de Lens, el estadio municipal Félix Bollaert (donde juega el Racing local, campeón de la liga gala en 1998) tiene capacidad para 41.275 espectadores. Sin embargo, la población total de esa urbe es de 35 mil personas. Todos los encuentros se disputan con las graderías completas, porque la mayor parte del público procede del conurbano de Lens, en el que viven unas 400 mil personas, de las cuales más del 40 por ciento son jóvenes menores de 25 años, fanáticos del conjunto de camiseta a bastones rojo y amarillo.

El 9 de octubre de 1996, Escocia se presentó en Tallin, capital de Estonia, para enfrentar a la selección local por el grupo IV de la clasificación europea para Francia '98. En un principio, el match estaba pautado para la noche, pero los delegados del combinado británico revisaron el estadio nacional y descubrieron que la iluminación era deficiente, de modo que solicitaron que el inicio se adelantase cuatro horas. La FIFA hizo lugar al reclamo escocés, pero esa tarde sólo se presentaron los visitantes, el árbitro yugoslavo Miroslav Radovan y unos 700 fanáticos llegados desde las islas del norte del continente: los locales no llegaron a la cita. Pero la FIFA, en lugar de determinar el triunfo de los visitantes por tres a cero, como indica la reglamentación, reprogramó el choque para el 11 de febrero de 1997, en Mónaco, donde ambas escuadras igualaron sin tantos.

En la ciudad fueguina de Ushuaia, la más austral del planeta, se encuentra la también más austral de las canchas de fútbol. El campo de juego, montado dentro del terreno que ocupa el polideportivo municipal Augusto Lasserre, es el único de la localidad que presenta medidas reglamentarias. Su piso es de tierra (el césped es muy difícil de mantener a raíz de las bajas temperaturas que reinan en la zona la mayor parte del año) y posee alambrado olímpico aunque carece de graderías. Allí se lleva a cabo el campeonato de Ushuaia, que se extiende entre los meses de setiembre y diciembre.

El estadio más alto del mundo está en el Cerro de Pasco, Perú, a 4.380 metros sobre el nivel del mar. Ese es el escenario del Unión Minas, una modesta institución que hace pesar más que ninguna su condición de local -

merced a la presión y la escasez de oxígeno-para obtener importantes puntos que la mantienen en primera división. En junio de 2000, el delantero argentino del Universitario de Lima, Alberto Carranza, marcó un golazo después de una corrida de cincuenta metros, que significó el triunfo y el campeonato para su equipo. Pero Carranza no pudo celebrar su conquista porque, después de semejante esfuerzo, sólo le quedó aire para desmayarse.

Por alguna razón desconocida (probablemente por ese irrefrenable frenesí argentino por buscar “récorde mundiales” locales) el clásico entre Independiente y Racing se promociona como el de los equipos que poseen los estadios “más pegaditos”, uno de otro, del planeta. Pero esto no es así, porque las canchas del Dundee Football Club y el Dundee United, ambos de la liga “premier” escocesa (la máxima categoría de ese país), están separadas apenas por una calle, Tannadice, mientras que entre los dos colosos del partido bonaerense de Avellaneda hay unos 150 metros. Aunque ocupan aceras paralelas, los dos estadios no fueron construidos exactamente a la misma altura: la esquina sur del Dens Park, la casa del DFC, linda con el sector norte del Tannadice Park, el hogar del United. Estos dos clubes de la ciudad de Dundee -situada en la costa oriental de Escocia-protagonizan un derby en el que el antagonismo trasciende lo meramente futbolístico y se mete en aspectos sociales y políticos. Los seguidores del Dundee Football Club (de camiseta azul con mangas blancas y vivos rojos) pertenecen a la colectividad protestante, mientras que los hinchas del United (prenda rayada en naranja y negro) son católicos con raíces celtas. Este es un aspecto característico del fútbol de esta nación integrante del Reino Unido. En Glasgow, el Rangers es el club de los protestantes, mientras que los católicos se identifican con el Celtic; en Edinburgo la historia se repite con el Heart y el Hibernian, respectivamente.

Más de Escocia y sus canchas: a pesar de haberse ganado el derecho de ascender a la ampliada Premier League, que en la temporada 2000/2001 sumó doce en lugar de diez plazas, el Falkirk debió quedarse en la segunda categoría porque la Scottish Football Association determinó que su pequeño estadio no estaba en condiciones para recibir a equipos “grandes”, como el Rangers, Celtic o Hearts. Esta determinación favoreció directamente al Aberdeen, que a pesar de quedar último en la tabla de la temporada anterior,

permaneció en la máxima categoría a costas del pobre Falkirk.

El primero de abril de 1998, segundos antes del inicio de la semifinal de la Copa de Campeones entre el Real Madrid español y el Borussia Dortmund de Alemania, uno de los arcos se rompió por la presión que ejercieron los hinchas sobre el alambrado olímpico, al que estaba enganchado la red. La inesperada situación sorprendió a los dueños de casa, que debieron salir corriendo a buscar uno de repuesto. El encuentro comenzó con 75 minutos de atraso, y una investigación realizada por la UEFA determinó que el club “merengue” había vendido 85 mil localidades, trece mil más de las permitidas para ese torneo. Como consecuencia de todas estas irregularidades, la UEFA sancionó al Real Madrid con la clausura del Santiago Bernabeu por dos partidos y una multa de 195.000 dólares por el caos organizativo. Además, retuvo los 635.000 dólares de los premios que le correspondían al club español por sus actuaciones en el certamen europeo. Dos días después, la presidencia del Madrid ordenó la compra de cuatro arcos de repuesto, casualmente a una firma alemana, que le cobró dos mil dólares por cada uno.

El que no llegó siquiera a jugarse fue el duelo que por la segunda división escocesa tenían programado el Clydebank y el Dumferline, porque el estadio del club local no tenía porterías. Los arcos habían sido destruidos la semana previa por vándalos, y la federación debió cancelar el partido, ya que los nuevos postes no llegaron a tiempo. A lo largo de la temporada 99/00, el Clydebank, de la ciudad de Glasgow, sufrió numerosos inconvenientes a raíz de un duro enfrentamiento entre sus hinchas y la comisión directiva, que derivó en un boicot a los encuentros disputados como local. El 31 de julio, cuando el Clydebank recibió al East Stirling -de la cuarta división- por la Copa nacional, sólo concurrieron al estadio 29 personas, la menor audiencia en la historia del fútbol profesional británico. Encima, el débil East Stirling ganó por dos a uno.

Tanta falta de vallas en coliseos europeos debe haber entusiasmado a un joven de 25 años del partido bonaerense de Berisso, quien fue arrestado por robar un arco del Club Infante Juvenil Independiente de esa localidad. Una patrulla de la policía de la provincia de Buenos Aires sorprendió al ladrón cuando trataba de escapar con su botín en un carro tirado por un caballo.

En Uruguay, un arquero que aguardaba la ejecución de un tiro de esquina debió ser hospitalizado luego de que el travesaño se desplomara sobre su cabeza. El desdichado Ramón Alfredo Pereyra Barrospe, quien participaba de un encuentro regional en la localidad de Florida, a unos 120 kilómetros de Montevideo, sufrió traumatismo de cráneo, contusiones en el rostro, fractura de molar y pérdida del conocimiento luego de que el poste se desprendiera y cayera sobre su humanidad.

Una de cal... El encuentro que por la primera fecha del campeonato metropolitano de 1979 protagonizaron Gimnasia y Esgrima La Plata y Platense comenzó veintiún minutos más tarde del horario fijado porque la cancha no presentaba las correspondientes líneas debidamente marcadas. Veinte años más tarde, el 25 de abril de 1999, Talleres y Rosario Central también sufrieron una demora, aunque en este caso de quince minutos, porque las rayas habían sido borradas por la fuerte lluvia caída esa madrugada.

El fútbol, un medio para la paz: al término de la guerra fronteriza que Perú y Ecuador protagonizaron entre enero y febrero de 1995, un grupo de habitantes de la región selvática donde se produjeron los enfrentamientos, San Juan de Marona, montaron una cancha para contribuir con la conciliación entre ambos países. El campo de juego fue diseñado con su línea central a la altura de la frontera, y un arco del lado peruano y el otro en tierra ecuatoriana.

En 1945, al término de la Segunda Guerra Mundial, las autoridades comunales de la ciudad de Londres dispusieron volcar en los pantanos de Hackney Marshes, al este de la capital británica, todos los escombros de edificios producidos por el bombardeo de la fuerza aérea alemana. El inmenso terreno, de 150 hectáreas, fue cubierto con tierra y pocos años después, asentado el suelo, se delineó un centenar de canchas de fútbol de tamaño “profesional”. En la actualidad quedan 88 terrenos de juego, que convirtieron a Hackney Marshes es el paraíso de los jugadores amateurs. Allí se disputan diferentes ligas, como la femenina y la de inmigrantes asiáticos, entre otras.

Dos equipos, dos estadios y ningún partido. El 17 de febrero de 1999, los equipos cariocas Vasco da Gama y Fluminense debían enfrentarse por el torneo Rio de Janeiro-Sao Paulo. Pero por un mal entendido con los organizadores, el primero se presentó en su estadio de Sao Januario, y el “Flu” salió a la cancha de un Maracaná absolutamente vacío. La desorganización alcanzó también a los cuatro árbitros (el referí principal, los dos líneas y el asistente): dos fueron al estadio del Vasco y dos al Maracaná. Si bien el resultado no tenía mayor trascendencia -el local ya había clasificado para la siguiente ronda y el Fluminense estaba eliminado-, ambos capitanes reclamaron el triunfo para su escuadra ante la recíproca ausencia de rivales. A la falta de planificación que caracteriza al fútbol brasileño para cumplir con los calendarios oficiales de los campeonatos locales, debe agregarse la falta de comunicación entre los organizadores del certamen y los distintos clubes participantes: El partido se había programado en principio en el estadio Maracaná, pero, a última hora, fue trasladado al Sao Januario con el argumento de que su menor capacidad reduciría los costos de funcionamiento del escenario.

Para enfrentar a Brasil en mayo de 2000, el entrenador del seleccionado galés Mark Hughes, ex estrella del Manchester United inglés, no sólo se concentró en elegir a sus jugadores y prepararlos física y tácticamente para el importante cotejo. Hombre de gran experiencia, puntilloso a la hora de analizar las circunstancias que rodeaban al “amistoso”, Hughes recordó que nueve años antes Gales había derrotado a los sudamericanos por uno a cero, y que la hazaña había llegado con la ayuda de un campo de juego más angosto y con el césped más alto del que normalmente se utiliza en las islas británicas. El técnico solicitó al “canchero” del Cardiff Arms Park que estrechara cinco metros el ancho del terreno, y que en los últimos días no cortara el pasto, para dificultar las maniobras de los brasileños. De nada sirvió tanto preparativo. Los tetracampeones, justamente “criados” sobre los crecidos pastizales de sus estadios, ganaron por tres a cero sin mucho esfuerzo.

Unisex.

En la década del '90 cayó, definitivamente, un mito: el fútbol ya no es cosa de hombres. Podría decirse que hasta entonces la gran mayoría de las mujeres se sumergía en un claro papel secundario (o más lejano aún) para acompañar encuentros televisados, prácticamente en silencio, a la sombra de sus parejas. Nada de preguntas (“¿Bicho, qué es el ‘orsai’?”) y mucho menos respuestas (“¡¡¡Shhh!!!”).

De vez en cuando se produce algún cortocircuito, como el que protagonizó una mujer de la ciudad israelí de Tel Aviv, que estuvo a punto de estrangular a su esposo mientras miraba el choque entre España y Bulgaria durante el Mundial de Francia '98. La señora, de 52 años, reaccionó violentamente harta de ver a su marido horas y horas frente al televisor comiendo semillas de girasol y escupiendo las cascarillas por todo el living, y comenzó a golpearlo y ahorcarlo hasta que llegó la policía, alertada por los vecinos. Después de lograr arrancar las agudas uñas de la mujer de la garganta de su víctima, la mujer fue llevada por los agentes hasta un juzgado, donde un magistrado ordenó que se le hiciera una pericia psiquiátrica. El juez no sugirió ningún estudio para el marido, que según la mujer “se pasa todo el día pegado al sofá, sin hacer nada, mirando los partidos”.

A pesar de esta “excepción”, durante los últimos lustros del Siglo XX la pasión por este deporte se volvió tanto masculina como femenina, más allá de la hora del “codificado” o de “Fútbol de Primera”, ir a la cancha o vestir los colores del club favorito. Una encuesta realizada en Inglaterra determinó que las mujeres de ese país comprenden con más facilidad que los hombres la regla de la posición adelantada. El informe señaló además que entre miles de fanáticos del fútbol, sólo el 53 por ciento de los hombres respondió correctamente, en tanto que el 68 por ciento de las mujeres sabía perfectamente de qué se trataba el “off side”.

Además, las damas no sólo encontraron su espacio en la práctica del juego, sino que también llegaron a apoderarse de puestos que antiguamente sólo se imaginaban disponibles para los varones. En mayo de 1995, María Clara Mantilaro, una chica de 14 años, fue fichada para jugar oficialmente en el

equipo de varones de la sexta división del club Pacífico de la provincia de Neuquén. La incorporación no encontró rechazo entre los dirigentes de otros equipos, porque en ningún punto del reglamento local se especifica que una dama tenga prohibido integrar equipos de fútbol.

En Holanda, un tribunal de la ciudad de Utrech permitió a la joven Nicole Delies, de 15 años, participar de la liga mayor juvenil junto a los chicos. Los jueces actuaron luego de que la Federación Real Holandesa de Fútbol (KNVB) se opusiera a aceptar la participación de equipos mixtos en sus campeonatos. La KNVB argumentó que no era posible dejar jugar a futuros profesionales del Ajax o Feyenoord contra señoritas, pero la justicia entendió que no se pudo explicar en forma satisfactoria la diferencia existente entre la liga regional, en la que participan equipos mixtos, y la liga nacional.↵

Gertrud Gebhard, una empleada administrativa de 32 años, fue la primera mujer que integró la terna de árbitros en un partido de primera división de Alemania. Gebhard se desempeñó como juez de línea en el match que el 13 de octubre de 1995 disputaron el Schalke 04 y el Kaiserslautern.

En la Argentina, la primera en dar estos pasos fue la tucumana Florencia Romano, quien no obstante no pudo concretar su sueño de intervenir en partidos de primera división. No en pocas oportunidades Romano acusó a las máximas autoridades de la Asociación del Fútbol Argentino de discriminarla e interrumpir su carrera.

Algo más lejos llegó la árbitra inglesa Janet Freweings, aunque no en el campo deportivo. La “mujer de negro” fue demandada por afectar la reputación del fútbol al ducharse junto a los jugadores después de los partidos.↵ La esposas y novias de los jugadores se quejaron de que Freweings, de 41 años, se desnudaba y tomaba su ducha tranquilamente junto a los muchachos. Pero los dirigentes de la federación salieron al rescate de la aparentemente no tan recatada señora: “Ocurre que en los estadios de los clubes pequeños no hay duchas para mujeres y hombres”. Empero, recomendaron que, hasta que no surjan otras soluciones, Freweings y las otras referís pasaran por la regadera cuando ya se hayan marchado los deportistas.

Una jueza de Costa Rica debió postergar su ilusión de participar del Mundial femenino disputado en los Estados Unidos, al quedar embarazada pocos días antes del comienzo de la competencia. Ave María Alpizar, de 32 años, se quejó de su exclusión y dijo que no tendría problemas, ya que durante su primera maternidad jugó al voleibol hasta ya avanzados los tres meses de gestación. Sin embargo, el delegado de la FIFA Edgardo Codezal - el mexicano que dirigió la final del Mundial '90 entre Argentina y Alemania- le informó que quedó excluida para evitar riesgos para su embarazo. ▸

En el campo dirigenal, asimismo, las mujeres también obtuvieron puestos de relevancia. En 1994, Luz María Peralta asumió como presidenta del Delfín Sporting Club de la ciudad de Manta. Lejos de achicarse, Peralta tomó la institución con rienda firme, y no le tembló el pulso cuando debió ingresar a los vestuarios, aún con los jugadores desnudos o en ropa interior, ni a la hora de denunciar a sus propios futbolistas, con nombre y apellido, cuando “eran comprados por unos cuantos sucres por ex directivos, para que no rindieran en los partidos”.

Otra institución conducida por una “pollera” es el Rayo Vallecano español: María Teresa Rivero Sánchez-Romate asumió el 12 de enero de 1994, como sucesora de su marido, José María Ruiz Mateos, el accionista mayoritario de la sociedad anónima deportiva propietaria de la institución madrileña. De la mano de doña María Teresa, el Rayo -de camiseta idéntica a la de River-se afianzó en la primera división en la temporada '98/'99 y llegó a colocarse en la punta varias fechas del campeonato siguiente. Madre de trece hijos, no podía decirse que a la mujer le faltaba experiencia en manejo de grupo.

En Italia, el club Viterbese, de la tercera división profesional, se convirtió en 1999 en el primero en contratar una entrenadora. La “DT” Carolina Morace -una veneciana de 35 años, ex goleadora de la selección “azzurra”- estuvo secundada además por una técnica alterna, Betty Bagnoli, y una preparadora física, Marisa Masullo, una ex atleta dueña de la plusmarca nacional de los 100 y 200 metros llanos. ▸ Sin embargo, por fuertes discrepancias con el presidente de la institución, Luciano Gaucci, Morace dejó el puesto a pocos días de asumir. Casi un año después llegó su revancha, cuando asumió como la primera entrenadora del equipo nacional italiano.

La compra y venta de jugadores tampoco podía quedar al margen de la mano femenina. A mediados de 1999, la esposa del delantero brasileño Tulio, Alessandra Dominchelli, adquirió los derechos sobre el pase de su marido al Banco Bilbao Vizcaya, para traspasarlo del Cruzeiro de Belo Horizonte al Botafogo.

La casualidad quiso que el defensor del Botafogo Luis Paulo sea también pagado por su novia, Marina Vaz de Carvalho. La chica, que utilizó 75 mil dólares de la herencia que le había dejado su padre, no pretendía negociar el contrato del zaguero con otro equipo, sino que quiso demostrar cuánto lo amaba. La historia tuvo final feliz: la pareja se casó tras dos años de noviazgo.

En Uruguay, una chica juntó dos mil firmas, incluidas las de dos diputados nacionales, para que su novio, un delantero aficionado del interior del país, fuera convocado a la selección celeste. La extraña empresa de Jennie, acontecida en abril de 1997, consiguió un profuso apoyo para su amado, Mauricio Alejandro Martínez, la gran figura del seleccionado de Soriano, departamento situado a 280 kilómetros al noroeste de Montevideo.

La pasión por el fútbol también dio por tierra hasta con las costumbres más ancestrales, como en Irán, donde miles de mujeres ignoraron la prohibición oficial de concurrir a los estadios, e incluso forcejearon con policías, para participar de los festejos de la clasificación para el Mundial de Francia en el coliseo nacional Azadi de Teherán. Algunos meses después, a pesar de las protestas de los islámicos conservadores, las iraníes fueron autorizadas a competir y jugar en pantalón corto, sin velos ni las vestimentas tradicionales, pero también sin público masculino.

Otro cambio de hábitos, aunque occidental, tuvo lugar en Escocia: el club Third Lanark, fundado en 1872 y que en las ligas de principios de siglo disputó la hegemonía de los colosos de Glasgow, el Rangers y el Celtic, desapareció en 1967 por culpa de los irresponsables manejos de sus dirigentes. Casi treinta años después, el Third Lanark resurgió de sus cenizas, pero como un equipo de la liga femenina. Su nombre fue reflatado por un grupo de empresarios, que contó con el apoyo del club de fans oficial, que

seguía en pie después de tres décadas de oscuridad.

¿Sexo débil? En setiembre de 1969, la escuadra femenina de la Roma de Italia visitó al Piacenza. Las romanas, líderes del certamen, se imponían cómodamente por uno a cero, pero a un par de minutos del final, el conjunto local alcanzó la definitiva paridad. Muy enojadas por el triunfo que se les había escapado, en el vestuario las chicas se enteraron por la radio de que el Genoa, con el que compartían la punta de la tabla, había ganado, lo que las relegaba a la segunda posición. Las muchachas, desbordadas por una furia incontenible, destruyeron bancos, vidrios, casilleros y duchas. El camarín quedó peor que si hubieran pasado por allí Atila y sus hunos.

Como en el caso de Morace, las relaciones entre hombres y mujeres suelen producir ciertos roces. La Asociación de Futbolistas Profesionales (PFA) de Inglaterra, para el caso, fue condenada a pagar a la abogada-representante de jugadores Rachel Anderson una indemnización de 12.000 dólares al ser encontrada culpable de discriminación sexual. Anderson inició acciones legales contra la PFA cuando, por su sola condición de mujer, no se le permitió participar de una cena de fin de año, a la que había sido invitada por el ex capitán del West Ham United Julian Dicks.

La coordinadora del Departamento de Fútbol Femenino de la Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF), Matilde Reisch, se quejó en 1997 ante el Colegio de Árbitros porque las jugadoras denunciaron que algunos referís amonestan a las chicas que se niegan a dar sus números de teléfono, cobran penales “inexistentes” a favor de las delanteras más bonitas o no sancionan a las defensoras que cometen faltas “por sus hermosas piernas”.

Las mezclas de sexos deparan asimismo tórridos romances, como el de Nicole Edelenbos y Maarten Oldenhof. Ambos sobrellevaron una ardiente relación a pesar de que uno era dirigente del Feyenoord de Rotterdam (ella) y el otro del Ajax de Amsterdam (él), eternos rivales de la liga holandesa. Los enamorados se casaron y tuvieron un hijo, pero el final de la historia fue más bien agrisulce: Nicole, quien trabajaba como abogada, fue despedida del Feyenoord porque su enlace con el directivo del Ajax “daña el buen nombre” de la institución de Rotterdam. La mujer inició acciones legales contra su

club, a pesar de que se le ofreció una indemnización de cien mil dólares.

En el plano deportivo, la polémica por las relaciones sexuales mantenidas pocas horas antes de los partidos sigue desvelando a entrenadores, preparadores físicos y médicos. Un estudio desarrollado por científicos de la Universidad italiana de L'Aquila reveló que el rendimiento de los futbolistas que practican sexo la noche previa a un partido no sólo no decae, sino que podría mejorar. Según los investigadores, la actividad sexual produce un aumento de la hormona masculina testosterona y hace que al día siguiente el jugador sea más agresivo. Eso sí: recomendaron “protección” frente a un virus artrítico de transmisión sexual, conocido como “Sara”, que sería una de las causas de las lesiones en las rodillas.

Por el contrario, la mayoría de los directores técnicos prefieren que sus hombres se abstengan de mantener relaciones al menos la noche anterior a los encuentros. Brasil llegó a Francia '98 con un invicto de casi un año. La serie se había iniciado luego de una derrota en Oslo ante la selección noruega. El entrenador Mario Zagallo responsabilizó por la caída, por cuatro a dos, al cansancio producido por diecisiete horas de avión y “al exceso de sexo... por televisión”. Zagallo -ex delantero del Brasil campeón en Suecia '58 y Chile '62, y conductor táctico del glorioso conjunto que se impuso en México '70- confesó que antes del encuentro sus muchachos pasaron la noche “con los ojos abiertos, viendo filmes de sexo explícito en los televisores de los cuartos del hotel. Por alguna razón, la disposición física de los jugadores fue menor de lo esperado”. Para la concentración de Lesigny, los precavidos dirigentes brasileños solicitaron a la gerencia del hotel un paquete de películas “inocentes”, como “Rey León”, “Máxima velocidad” o “Terminator I y II”. El conjunto “verdeamarillo” llegó a la final, en la que cayó ante la selección dueña de casa. Tal vez su suerte podría haber cambiado si hubieran incluido el clásico “Los tres mosqueteros”.

En noviembre de 1999, el equipo nacional israelí contó con la oportunidad de clasificar para la Eurocopa que el año siguiente se disputó en Holanda y Bélgica. La noche anterior al match culminante contra Dinamarca, cuatro de los titulares se “concentraron” con prostitutas hasta la salida del sol. Los normandos aplastaron a los israelíes por cinco a cero, y la federación,

enterada de los irregulares sucesos, decidió destituir a los cuatro “fiesteros” y al entrenador Schlomo Scherf. Sin embargo, a las pocas semanas se decidió dejar sin efecto las sanciones porque los protagonistas publicaron una carta de disculpas en un diario local, prometieron no repetir el incidente y donaron unos 19 mil dólares a una organización de beneficencia infantil.

Una singular anécdota interpretaron en octubre de 1970 el jugador mexicano Enrique Borja y la actriz Sagrario Baena: durante la celebración de la boda de la pareja, en una iglesia de la capital azteca, Borja sufrió un desmayo que lo obligó a culminar la ceremonia sentado en una silla. A la mañana siguiente, decenas de periodistas se acercaron al lujoso hotel donde los recién casados pasaron su primera noche, para interesarse por la salud del deportista. Tanta gente se había congregado en las inmediaciones del edificio, que la misma Baena bajó de su suite y ofició de vocera: “No teman ustedes - se dirigió a los representantes de la prensa-. Yo les aseguro que Enrique está más fuerte que nunca”.

Para el Mundial de Clubes desarrollado en Río de Janeiro en enero de 2000, el defensor español Michel Salgado, del Real Madrid, tuvo el privilegio de ser el único jugador de su equipo en viajar acompañado de su novia. Salgado no tenía coronita, sino que su enamorada, Malula, era la hija mayor de Lorenzo Sanz, el presidente del equipo merengue.

Poco antes del comienzo del Mundial de Francia, el lateral derecho de Bélgica Eric Deflandre dijo a un periodista que en su valija llevaba sus botines y “una muñeca inflable porque un mes sin una mujer será difícil”. La noticia ganó rápidamente espacio en los periódicos belgas, por lo que el defensor del Brujas debió aclarar que había hablado en broma. Los “diablos rojos” fueron eliminados en la primera rueda, y Deflandre volvió a casa mucho antes de lo previsto. No se sabe si finalmente se valió de los servicios de la chica de hule, ni las explicaciones que dio a su novia, que lo esperó “inflada” de bronca por el escándalo que produjeron sus confesiones.

El control de un grupo de futbolistas concentrados durante varios días se torna bastante complicado. Pero mucho más si para desarrollar la pretemporada se lleva a los “hambrientos” muchachos a una playa donde las

mujeres practican el “topless”, como sucedió con el equipo rumano Farul. Los dirigentes del club de la ciudad de Constanza advirtieron rápidamente que frente a tan sensual panorama resultaba imposible trabajar, por lo que al otro día se mudaron a las arenas de Focsani, donde sólo se veían rudos marineros de renegridos bigotes.

En Brasil, el club de la segunda división Vila Nova mejoró notablemente su performance desde que una radio local comenzó a premiar a la figura de cada partido con una noche sin cargo en el hotel alojamiento más lujoso de la ciudad de Goiana.

Sexo y fútbol... ¿Y si se tratara de sexo o fútbol? Mejor no apostar. Una encuesta determinó que los ingleses prefieren el Mundial antes de hacer el amor. Más fuerte aún: el 95 por ciento de los hombres de entre 20 y 34 años respondió que prefiere pasar noventa minutos frente al televisor antes que acostarse con la mujer de sus sueños. El relevamiento no se efectuó aún en otros países, pero los fanáticos de la redonda creen que los guarismos no variarían en otras naciones como la Argentina, Brasil o Italia. Dicen que no en vano al fútbol se lo llama “pasión de multitudes”.

Cortina de humo.

Desde 1986, la FIFA prohíbe la publicidad de cigarrillos en estadios en los que se desarrollen las competencias que proyecta, y auspicia campañas antitabaco, como las de la Organización Mundial de la Salud, por un “fútbol sin humo”. “El fútbol es el deporte más seguido del planeta. Gracias a ello la imagen de un estilo de vida más sano girar por el mundo”, señaló Rudy Gittens, miembro de la comisión médica de la FIFA, al participar de una conferencia mundial sobre tabaco y salud realizada en la ciudad estadounidense de Chicago. Es cierto: las compañías tabacaleras prefieren invertir en otros deportes para promocionar sus marcas.

Lo curioso es que el cigarrillo siempre está presente en los estadios, en

boca de los espectadores, técnicos y hasta jugadores que siguen las acciones desde el bando de los suplentes. En cambio, sí se prohíbe el consumo de otros productos que se publicitan, muchísimo, junto a la pelota. La cerveza, por ejemplo: varias marcas decoran las camisetas de los jugadores, los carteles colocados junto a la línea de cal, las torres de iluminación, y especialmente las tandas comerciales antes, durante y después de los partidos o programas futboleros. Pero dentro del coliseo, ni una gota. Sólo se autoriza beberla a los jugadores sorteados para el control antidopaje, que para cumplir con el trámite pueden valerse de los efectos diuréticos de la bebida de cebada fermentada.

No obstante su participación en campañas contra el humo, poco antes del inicio del Mundial Francia '98, la FIFA sostuvo que no tenía potestad para impedir que los miembros del cuerpo técnico de un equipo fumen durante el transcurso de un partido. “No se puede atentar contra libertad del individuo”, indicó el vocero de la entidad, Keith Cooper, frente al reclamo de una organización no gubernamental que había solicitado que se prohiba el consumo de tabaco a los entrenadores y sus colaboradores durante los encuentros. “Lo único que podemos hacer, y que ya hemos hecho, ha sido rogarles que no lo hagan, o al menos que escondan el cigarrillo cuando advierten la presencia de una cámara de televisión. Pero un estadio de fútbol no es una zona para no fumadores y cada persona tiene derecho a hacer lo que considera oportuno con sus hábitos”, dijo Cooper, quien agregó que “es difícil que un fumador deje un vicio, pero lo es aun más para un entrenador en un momento de tanta tensión como es un partido de fútbol”.

Paradójicamente, una semana antes del puntapié inicial del campeonato, el técnico noruego Egil Olsen fue distinguido en Oslo como el “no fumador” del año, en reconocimiento por su especial empeño en la lucha contra todo tipo de consumo de nicotina. Empero, entrenadores como César Luis Menotti o Daniel Passarella bien puede darle la razón al portavoz de la FIFA.

En cambio, el fantástico Johan Cruyff debió rever su hábito: tal era su adicción al tabaco que durante su época como jugador no podía esperar a llegar al vestuario para despuntar el vicio, y pedía a un asistente que lo esperara al término de cada período del partido -o en una pausa durante el

entrenamiento-con un cigarrillo encendido. El hecho de fumar en forma desmedida -alrededor de tres atados diarios-no incidió en su rendimiento deportivo: protagonizó una brillante carrera que se extendió por los prestigiosos clubes Ajax, Barcelona y Feyenoord, entre otros, y la selección holandesa. Dentro del terreno de juego corría sin parar los noventa minutos. Pero ya ex futbolista Cruyff fue sometido a una serie de intervenciones quirúrgicas a raíz del daño causado por la implacable y venenosa nicotina en sus arterias. A los 43 años, tras sufrir un infarto que casi acaba con su vida, los médicos que lo asistieron fueron terminantes: “O deja de fumar o muere, usted elige”. Desde entonces cambió los rubios con filtro por chupetines de fruta.

Otro fanático del cigarrillo, el presidente y entrenador del Spartak de Moscú, Oleg Romantsev, consumió dos atados durante el choque que su escuadra protagonizó con el Real Madrid en octubre de 1998 por la Champions League. Tal vez Romantsev pueda utilizar como excusas a las apasionantes alternativas del match disputado en Rusia, en el cual el equipo local remontó un 0-1, con tantos de Ilia Tsimbalar y Egor Titov, para imponerse ante los futuros campeones del torneo.

Los jugadores también fuman, no es ninguna novedad. Y lo que es cada vez menos raro: muchos lo hacen mientras siguen las alternativas del encuentro desde el banco de suplentes. Así fue descubierto por un “paparazzo” el internacional italiano Andrea Carnevale durante el Mundial ‘90.

O, también, el impredecible René Houseman. El 22 de mayo de 1974, el seleccionado argentino jugó con Inglaterra en el tradicional estadio de Wembley un partido preparatorio para el Mundial que ese año se desarrollaría en Alemania. Ésta era la primera presentación del combinado albiceleste en el célebre coliseo londinense después del Mundial de 1966, cuando la Argentina fue eliminada por los dueños de casa en un polémico match.→ Cerca de los diez minutos de la segunda etapa, con el marcador favorable por dos a cero para los locales, el técnico Vladislao Cap, quien seguía con atención las alternativas del encuentro, llamó a Houseman, uno de los suplentes, para que iniciara los ejercicios de calentamiento precompetitivos. Al no observar

ningún movimiento en la banca argentina, Cap, desesperado, comenzó a buscar al delantero por todas partes sin lograr localizarlo. A los pocos minutos, el inefable René apareció: se había escapado hasta el vestuario para fumar un cigarrillo.→ A pesar de la travesura, Cap incluyó a Houseman en lugar de Miguel Brindisi a 25 minutos del final. Gracias al aporte del veloz puntero derecho, la Argentina consiguió igualar el duelo mediante dos tantos conseguidos por Mario Kempes.

A principios del siglo XX, el entrenador del Millwall inglés, Robert Hunter, admitió no tener “una regla fija en cuanto al fumar, pero nunca se le ocurra a ningún jugador hacerlo cuando falta una hora para que empiece el partido. Naturalmente, sería mucho más prudente abstenerse en todo tiempo del uso del tabaco”. Estas consideraciones fueron publicadas por la revista PBT británica el 22 de mayo de 1909.→

El 18 de diciembre de 1938, Independiente, ya consagrado campeón del torneo de primera división de esa temporada, cerró ese gran año en su estadio frente a Lanús. A pesar de que todo estaba “cocinado”, las tribunas habían sido desbordadas por una multitud reunida con un solo propósito: ver al gran Arsenio Erico, máximo goleador del fútbol argentino -marcó 293 conquistas en doce años-y figura excluyente de los “diablos rojos”. Ya en el primer tiempo, el equipo dueño de casa había conseguido una diferencia favorable en el marcador gracias a las dos anotaciones conseguidas por el notable delantero guaraní. Pero a lo largo del complemento, Erico evitó meter la pelota en el arco granate, y servía goles “hechos” a sus compañeros, a pesar de encontrarse reiteradas veces en posiciones inmejorables para marcar. A pesar de la “desventaja”, Independiente destrozó a su ocasional rival por ocho a cero. ¿A qué se debió tan extraña conducta del paraguayo? A que la firma tabacalera “43” había instituido un premio de dos mil pesos en efectivo -suma muy importante por esos tiempos-para el futbolista que lograra 43 tantos, ni uno más ni uno menos, a lo largo de la competencia. Erico, el goleador del torneo, había llegado al último match con 41 conquistas, de modo que, una vez alcanzado el objetivo, sólo se dedicó a ceder el balón sin mirar el arco de enfrente.

Muy molesta se mostró la UEFA con el árbitro Graziano Cesari, encargado

de conducir el choque Bayern Munich-Valencia por la Champions League. A pesar de que Cesari había cometido gruesos errores durante el transcurso del juego, la asociación europea manifestó su enfado por los injustificables retrasos con los que comenzaron tanto el primero como el segundo tiempo. Cuando los veedores de la UEFA le reclamaron una explicación por tal impuntualidad, el referí italiano la embarró aún más: “Estaba terminando mi cigarrillo”. El vicio le costó a Cesari una dura sanción, aunque bien se puede celebrar su sinceridad, porque no se valió de ninguna cortina de humo para justificar su conducta.

Cuestión de números

Durante mucho tiempo, uno de los “clásicos del domingo” era ver a los equipos alineados con numeración corrida, del “1” al “11” para los titulares, y del “12” al “16” para los suplentes. Esta tradición, que provenía de fines de la década del ‘40, sólo se rompía con los campeonatos internacionales: cada cuatro años con los Mundiales, o para la Copa Libertadores. A fines de los ‘90, la FIFA determinó que comenzaran a utilizarse las “listas de buena fe” para todo torneo, y los números, ahora fijos para todo el año, se presentaron como un nuevo tema de controversia.

Una de las más fuertes la protagonizaron Gabriel Batistuta y Vincenzo Montella en la Roma de Italia, antes del inicio de la liga 2000/2001: el goleador argentino llegaba como la gran vedette desde Fiorentina, y creía que los casi sesenta millones de dólares invertidos en la operación eran motivo más que suficiente para reclamar el “9”, “su” número mágico. Pero Montella, quien llevaba más tiempo en el club romano, no quería resignar ese dígito. La llegada del “Bati” lo mandaba derecho al banco, y el italiano no estaba dispuesto a hacer más concesiones. En definitiva, la Roma hizo lugar al reclamo de Montella. Detrás de esa decisión se escondió un detalle, nada menor para los dirigentes: evaluaron la eventual cantidad de camisetas que venderían con el número de Batistuta, y descubrieron que el “18” dejaría

mayores ganancias que el “9”, porque esa prenda, por contar con dos paneles -el “1” y el “8”- en lugar de uno, costaría más cara a los fanáticos.

Para esa misma época, el talentoso Fernando Redondo arribó al Milan procedente del Real Madrid. Uno de los deseos que traía en su valija el mediocampista argentino era vestir la camiseta con el “6”, que había lucido por casi diez años en el conjunto merengue y el Tenerife. Empero, el volante debió conformarse con el “16”: los dirigentes milaneses le explicaron de muy buena manera que esa prenda no estaba disponible porque había sido sacada de circulación con el retiro de su propietario, Franco Baresi. La gran leyenda del equipo “rossonero” vistió esa prenda veinte años, en los que jugó 716 partidos, ganó seis “scudetti”, tres Copas de Campeones de Liga y dos Intercontinentales.

La discusión de “Bati” y Montella tiene como antecedente un gesto del delantero del Inter de Milán Iván Zamorano con la llegada del brasileño Rolando, desde el Barcelona: el chileno cedió el “9” que había utilizado la temporada anterior, consciente de que era el amuleto de su nuevo compañero, y solicitó la “18”. Pero, pícaro, solicitó a la empresa proveedora de la indumentaria, Nike, que colocara un pequeño signo “+” entre ambas cifras. Así, con la ayuda de las matemáticas, siguió con el “9” en la espalda.

¿Tanto vale un número? Cuando llegó al Coventry City inglés, el marroquí Mustafá Hadji aceptó utilizar la “11” porque la “10” estaba en poder de Gary Mc Allister, uno de los más antiguos del plantel. Cuando Mc Allister partió al Liverpool, poco antes del comienzo de la temporada 2000/2001, Hadji gritó “al fin” y se inscribió en la lista de buena fe con su amada cifra. Nada lo detuvo, ni siquiera enterarse de que unos 400 de sus fanáticos seguidores habían adquirido el nuevo modelo de camiseta con “su” viejo número. Quería el “diez” a toda costa, con tanto fervor, que anunció que compraría nuevas casacas a todos aquellos que se habían “clavado” con el abandonado “once”. Una caballeresca atención que redondeaba los 30 mil dólares.

Uno de los números menos solicitados a la hora de confeccionar las plantillas es el “13”, al que el ingenio popular suele relacionar con la “yeta” o mala suerte. Sin embargo, es el preferido del arquero Carlos “Chiquito”

Bossio o del uruguayo Sebastián Abreu. También el del alemán Gerd Müller. El llamado “bombardero de la nación” lo eligió para el Mundial ‘70 como cábala, para igualar la marca que en Suecia ‘58 había alcanzado el francés Just Fontaine: trece goles en una Copa. En México le faltó poco: le marcó tres a Perú, tres a Bulgaria, dos a Italia, uno a Marruecos y otro a Inglaterra. Cuatro años más tarde, en su propia tierra, consiguió otros cuatro conquistas, que no sólo le sirvieron para superar a Fontaine, sino para transformarlo en el máximo artillero de la historia de esta competencia.

En un capítulo anterior se hizo mención al homicidio del defensor colombiano Andrés Escobar. Como homenaje al zaguero, la camiseta número “dos” que vistió en los Estados Unidos no volvió a ser utilizada hasta tres años después del crimen. Recién en junio de 1997, en ocasión de la Copa América jugada en Bolivia, el entrenador del seleccionado caribeño Hernán “Bolillo” Gómez determinó que la prenda con esa unidad fuera vestida por Iván Ramiro Córdoba. Casualmente, en ese momento Córdoba -quien luego pasó por San Lorenzo de Almagro-ocupaba el mismo puesto que Escobar tanto en el combinado nacional como en el club Nacional de Medellín.

El 23 de mayo de 1999, nueve días después de cumplirse el primer siglo de vida del Club Nacional de Fútbol de Montevideo, el delantero Rubén Sosa salió a la cancha con una camiseta que lucía el número “100” en la espalda. Esa tarde, nacional derrotó nada menos que a su clásico rival, Peñarol, por uno a cero, con un tanto del hondureño Milton “Tyson” Núñez.

Otro caso “oriental”: el primero de julio de 1999, Uruguay salió a disputar el segundo tiempo del encuentro que perdía con Colombia por la Copa América desarrollada en Paraguay. Pero la escuadra “celeste” debió reanudar las acciones con diez hombres, porque el delantero Marcelo Zalayeta llevaba una camiseta con el “6”, idéntica a la de su compañero Gianni Guigou. Probablemente, el error se produjo porque el utilero uruguayo dobló la prenda al revés. Zalayeta debió esperar algo más de cinco minutos antes de reintegrarse al juego, lo que demoró al asistente en correr hasta el vestuario y retornar con una “9”.

Si hay pobreza... El 3 de abril de 1999 se enfrentaron por el campeonato

de “Primera C” Atlético Lugano e Ituzaingó. El suplente del club local Nery Edgardo Ledesma ingresó en el segundo tiempo con una camiseta que llevaba el número “15” dibujado con barro...

A no reírse tanto, que al gran Boca Juniors le sucedió algo similar, el 8 de julio de 1984. Ese día los xeneizes enfrentaron en su casa a Atlanta, cuyos utileros llevaron a la “Bombonera” sólo dos juegos de camisetas, ambos totalmente azules con finos vivos amarillos. La insólita elección sorprendió a los encargados de preparar la ropa de juego del equipo local, que habían dispuesto dos mudas con el tradicional diseño auriazul porque esperaban que el conjunto “bohemio” se presentara con la clásica casaca azul a amarilla a bastones verticales. Ante la emergencia, los “xeneizes” salieron al campo de juego con camisetas blancas de entrenamiento, pero como éstas carecían de los correspondientes números identificatorios, la solución fue garabatearlos a mano con pintura “al óleo” color azul que se encontró “por ahí”. Con el correr de los minutos y de la transpiración, los que en un principio parecían números pronto se transformaron en borrosas manchas ilegibles que embadurnaron las prendas y las espaldas de los futbolistas boquenses. No fue necesario, por ende, que los jugadores visitantes apelaran a la marca “hombre a hombre” para que la cosa se tornara pegajosa. Molestos por la situación, en el entretiempo los locales se deshicieron de las casacas improvisadas y se vistieron con las tradicionales, sin importarles demasiado la colorida confusión.

Varios años antes, en marzo de 1969, la AFA había determinado que los números debían tener 25 centímetros de altura, de color negro para las casacas claras y blancos para las oscuras.

Un caso mundial: durante la primera fase de la Copa Argentina ‘78, Francia y Hungría salieron al campo de juego del estadio Ciudad de Mar del Plata con uniformes totalmente blancos, curiosamente los colores “suplentes” de ambos combinados. La equivocación se sustentó en un error en la comunicación oficial de la FIFA, que entendía que los colores azul de la selección gala y rojo de la escuadra magiar podían confundirse en los televisores “blanco y negro”. Gracias a la gentileza de un dirigente del club local Kimberley, Francia actuó con un equipo prestado de camisetas a

bastones verdiblanco. Como su numeración era “de corrido” del “2” al “16”, Dominique Rocheteau y Olivier Rouyer actuaron con el “7” y el “11” en la espalda, y el “18” y el “20” en el pantaloncito, respectivamente.

El 14 de marzo de 1969, el jugador de Banfield Hugo Jara firmó en la planilla oficial en el casillero “2”, y su compañero David Acevedo lo hizo en el “6”. Cuando salieron por el túnel para enfrentar a Los Andes, por el campeonato de primera división, lo hicieron con las camisetas cambiadas. En el entretiempo, el comisario deportivo les señaló el error, de modo que se las canjearon para la segunda mitad.

El 26 de marzo de 1994, Chacarita y Almagro se enfrentaron en San Martín por el campeonato de Primera B. Como ambas instituciones eran vestidas por la misma marca de indumentaria deportiva, Penalty, se puso en juego una copa, que quedaría en las vitrinas del conjunto vencedor. La iniciativa contó con el visto bueno de los dos clubes. Sin embargo, a la hora de salir a la cancha... ¡Sorpresa!: las dos escuadras salieron al campo con atuendos totalmente blancos. Para colmo, ninguno de los dos utileros había previsto un percance semejante. Con el correr de los minutos, un simpatizante local propuso una solución para superar el tremendo papelón: pedir prestado a la hinchada remeras “tradicionales” a bastones rojo, negro y blanco, con el número estampado. En un abrir y cerrar de ojos, desde atrás del alambrado cayeron prendas para formar decenas de equipos, producto de la reconocida fidelidad de los seguidores de Chacarita por llevar a los estadios los colores de sus amores. Rápidamente se armó una selección del “2” al “16” y se la distribuyó entre los futbolistas, que iniciaron las acciones con 22 minutos de retraso. Finalmente, Chacarita se impuso por tres a dos, lo que lo hacía acreedor al trofeo. Cuando el capitán Sergio Lara se acercó al directivo de Penalty para recibir el premio... ¡Media sorpresa más!: El defensor vestía una camiseta marca Taiyo, el anterior “sponsor” del cuadro “funerero”.

Tarjeta roja

De acuerdo con el estatuto aprobado por la International Board de la FIFA, existen siete circunstancias por las que un futbolista puede ser expulsado del partido: ser culpable de juego brusco grave, de conducta violenta, escupir a un rival o a cualquier otra persona, impedir con la mano un gol o una oportunidad manifiesta de concretarlo (a excepción del arquero dentro de su área), malograr con una falta sancionable con tiro libre o penal la eventual conquista de un oponente que se dirige hacia la meta, emplear lenguaje o gesticular de manera ofensiva u obscena, o recibir una segunda amonestación en el mismo encuentro por una falta más leve. No obstante estas circunstancias, que se repiten muy frecuentemente cada jornada, la tarjeta roja también es exhibida cuando ocurren otras situaciones extrañas.

En octubre de 1996, el árbitro boliviano Ignacio Salvatierra expulsó al delantero Abel Vaca Saucedo, del equipo Germán Pommier de la ciudad amazónica de Trinidad, porque éste hizo un lujoso gol que incluyó varias gambetas y una definición de rabona. Según el referí, el goleador “humilló” a sus rivales con semejante conquista, de modo que le mostró la tarjeta roja “por habilidoso”. Cuando Vaca Saucedo pidió explicaciones por tan inaudita reacción, el hombre de negro no se quedó atrás: no sólo le recriminó duramente el trato hacia los integrantes del equipo de Jaille, sino que le reclamó que tomara “con más seriedad la práctica deportiva”.

Con las modificaciones al reglamento y la inclusión de penas más duras para las contravenciones, no resulta notable que un jugador de selección sea expulsado, sobre todo por la gran cantidad de encuentros internacionales que se realizan desde mediados de siglo, y por la trascendencia que a nivel mundial tienen estos choques. Lo que sí llama la atención es que en el legendario estadio de Wembley, sitio donde juega de local todos sus partidos la selección inglesa, solamente un futbolista local vio la tarjeta roja desde 1923, año de la inauguración del coliseo, hasta el 2000, cuando fue remodelado. La excepcional situación se produjo el 6 de junio de 1999, al

enfrentarse Inglaterra y Suecia por la clasificación para la Eurocopa 2000 disputada en Holanda y Bélgica. Ese día, el mediocampista del Manchester United Paul Scholes se convirtió en el primer y único inglés expulsado en Wembley, luego de una fuerte falta cometida a los 51 minutos sobre Stefan Schwarz, que le valió su segunda amonestación.

La presión por la necesidad de triunfos es un factor que en forma constante condiciona a los deportistas, que enviciados por una atmósfera cargada de apremios por campeonatos, descensos y millonarias transferencias les impide mantener fría la cabeza en pos de lo único que deben hacer: jugar por el juego mismo y por quienes disfrutan del espectáculo. El 24 de noviembre de 1999, Walter Boyd, defensor del club galés del Swansea, batió el récord de expulsiones rápidas al ver la roja directa sin haber actuado un solo segundo del partido. Boyd ingresó como suplente siete minutos antes del final del match ante el Darlington, por la cuarta división inglesa. Cuando un compañero suyo se preparaba para ejecutar una falta, el zaguero le dio un codazo en la cara a Martin Gray, del equipo rival.→ El árbitro Clive Wilkes, quien no había reanudado las acciones, mandó de inmediato al belicoso suplente a las duchas.

Se cree que el triste récord anterior estaba en poder del italiano Giuseppe Lorenzo, quien en un Bolonia-Parma de 1990 fue expulsado diez segundos después de su entrada en el terreno de juego.

Algo más demoró el brasileño Marcio Santos, del Ajax de Amsterdam, quien el 22 de diciembre de 1996 fue expulsado tras estar sólo 17 segundos en la cancha.→ Sin tocar el balón, Santos vio la tarjeta roja cuando, tras reemplazar al lesionado Mario Melchiot, golpeó por detrás al delantero belga del PSV Eindhoven Luc Nilis.→ En Holanda, la marca precedente era de 28 segundos, impuesta por Ton Rietbroek, del Dordrecht 90, ante el NEC, en octubre de 1990.

Respecto de las Copas del Mundo, el récord está en poder del uruguayo José Batista, quien recibió una roja directa a los 53 segundos del partido que su equipo jugó con Escocia en la primera fase de México '86. El referí francés Joel Quiniou posiblemente se apresuró al despachar a Batista, un

defensor que en la Argentina desplegó una trayectoria tan extensa como correcta.

En la Argentina, la expulsión más veloz sucedió el 27 de enero de 1968, por la Copa Libertadores, en un duro choque en el que Estudiantes derrotó a Independiente por 4 a 2. En medio de un duelo que se caracterizó por la extrema violencia a la que recurrieron los futbolistas -cuatro fueron expulsados-, el episodio más grave lo protagonizó el suplente de Independiente José Urruzmendi, quien vio la roja por aplicarle un golpe al defensor rival Alberto Aguirre Suárez sólo segundos después de haber pisado el terreno de juego.

Para campeonatos locales, posiblemente la expulsión más veloz estuvo a cargo del referí Teodoro Nitti, quien el 4 de noviembre de 1979 echó al delantero de Huracán Juan César Silva a los 71 minutos, uno después de que ingresara por Jorge Sanabria. Esa tarde, el club de Parque de los Patricios cayó como local por tres a uno ante su clásico rival, San Lorenzo.

El 13 de agosto de 2000, el arquero del Sheffield Wednesday de la segunda división inglesa Kevin Presmann fue expulsado a los 13 segundos del comienzo del match ante el Wolverhampton Wanderers, por tocar la pelota con la mano fuera de su área. A pesar de la desventaja, el equipo azul y blanco consiguió igualar uno a uno. En Inglaterra, el récord anterior se había registrado en 1994, cuando el jugador del Crewe Mark Smith se retiró a las duchas a los 19 segundos del pitazo inicial.

Podría decirse que el caso de Carlos Leeb fue aún más veloz: mientras entraba en calor al costado de la cancha para ingresar como suplente en Banfield, en mayo de 1999, frente a Chacarita, el “gatito” tropezó con el juez de línea Gabriel Rivolta, a quien no había visto mientras ensayaba ejercicios precompetitivos. Mas Rivolta, que creyó que el golpe obedecía a una agresión intencional de Leeb, llamó al árbitro Rubén Favale para reclamarle que sancionara al delantero del “Taladro”. Desconsolado por lo que creía una injusticia, el atacante se fue al vestuario en un mar de lágrimas, sin haber podido cruzar la línea de cal un solo segundo.

Varios meses después, pero en España, el arquero suplente del Betis, Joaquín Valerio, padeció una sanción semejante a manos del referí Fidel Valle Gil, a costa de su propia lengua: poco antes de salir al campo de juego, el guardavallas vio a un dirigente del Albacete, su ex club y rival de ese día, charlando de manera amistosa con Valle Gil. Enfurecido, se acercó al directivo rival y le preguntó, frente al hombre de negro: “¿Cómo saludas a este gilipollas, con la que nos lió en Eibar?”, en referencia a un partido en el que el Albacete había perdido su ascenso a primera cuatro años antes, con el propio Valerio bajo los tres palos. Ofendido, Valle Gil mostró la roja directa al instante al portero, y el Betis actuó sin arquero suplente, aunque para su fortuna el titular no sufrió ningún percance.

También sin que se jugase un instante del partido León-Atlante, el arquero argentino Ángel Comizzo fue amonestado, porque antes del pitazo inicial marcó con los taponés de su botín derecho las líneas que normalmente dibujan los guardametas para ubicarse entre los palos. El ex jugador de Talleres, River y Banfield primero se sorprendió, pero luego se asesoró y admitió que la acción del referí era legal.

¿Otra amonestación extraña? Cuando se retiró después de 500 partidos con el Manchester y 106 con la selección de su país, Robert “Bobby” Charlton sólo había visto la cartulina amarilla una sola vez a lo largo de su extensa carrera, a causa de un malentendido con un árbitro sobre el momento del disparo de un tiro libre en un partido de la liga. Sin embargo, casi treinta años después de su retiro, Charlton fue amonestado por la FIFA, durante una conferencia sobre “juego limpio”, por su participación en uno de los tantos revuelos que sobrevinieron en el choque con Argentina por los cuartos de final del Mundial ‘66. El conductor del seleccionado campeón de ese torneo nunca se había enterado del apercibimiento, porque en esa época todavía no habían entrado en vigencia las tarjetas, y tanto las amonestaciones como expulsiones eran comunicadas oralmente por los referís. “Bobby” solicitó que se revisaran los registros, y cuando se constató que efectivamente se lo había reprendido, un dirigente de la FIFA le mostró una tarjeta amarilla para comunicarle “oficialmente” esa incidencia.

Según la entidad rectora del fútbol mundial, ese peculiar encuentro -

cargado de malos entendidos por la desigualdad idiomática de los protagonistas y el árbitro alemán Rudolf Kreitlein dio origen al sistema de advertencias cromático: cuando regresaba a su casa, uno de los veedores de la FIFA, Ken Aston, tomó la idea cuando su automóvil se detuvo frente a un semáforo, cuyo código de colores es conocido universalmente.

Antes de la aparición de Javier Castrilli, y en épocas en las que el reglamento no era tan estricto, ya las expulsiones masivas eran moneda corriente. En diciembre de 1961, por ejemplo, Lanús y Estudiantes de La Plata igualaron en un gol en un match que tuvo varios pasajes de extrema violencia, al punto tal que el árbitro Luis Spinetto debió expulsar a ocho jugadores, cuatro de cada equipo.

En mayo de 1993, durante un encuentro de la segunda división de ascenso paraguaya entre Sport Ameliano y General Caballero, el referí William Weiler mostró la roja a todos los jugadores locales y a nueve visitantes, que se habían trezado en una gresca descomunal a sólo 32 minutos del primer tiempo. Claro que Weiler debió refugiarse por varias horas en el vestuario, del que pudo escapar con vida gracias a la intervención policial.

El 17 de marzo de 1971, por la Copa Libertadores, el encuentro que en la Bombonera empataban dos a dos Boca y Sporting Cristal de Perú -resultado que dejaba afuera de la competencia a los locales-culminó con una pavorosa batalla campal a los 86 minutos. El árbitro uruguayo Alejandro Otero echó a nueve futbolistas xeneizes -se salvaron el arquero Rubén Sánchez y el zaguero Julio Meléndez-y a los diez jugadores de campo peruanos. Por estos incidentes, la Confederación Sudamericana de Fútbol (CSF) dio por perdido a Boca el cotejo que le restaba ante Rosario Central.

El club ribereño sí perdió a todos sus hombres en febrero de 1958, cuando disputó un amistoso con Nacional de Montevideo para inaugurar el estadio Ciudad de Maldonado, en Uruguay. Con diez hombres -ya había visto la roja Osvaldo Biaggio-la escuadra auriazul ganaba uno a cero hasta que, a cinco minutos del final, los “orientales” anotaron dos goles en tres minutos. Los xeneizes protestaron la segunda conquista con tanta vehemencia, que el árbitro, al borde de un ataque de nervios, expulsó a todos los visitantes y dio

por concluido el match.

En medio de un mar rojo, nada mejor que lo que le aconteció al alemán Dieter Frey, del Friburgo. En octubre de 1996, durante un partido ante el FC Saint Pauli, Frey abandonó el campo tras ver la roja que el juez le mostró por una presunta infracción. Minutos después, cuando ya estaba en los camarines, el jugador fue llamado para reintegrarse a su equipo porque el referí, que había consultado la acción con uno de los jueces de línea, había advertido su error y reconsiderado su decisión. No obstante, de poco sirvió la amnistía, ya que el Friburgo cayó de todos modos por dos a cero.

Una acción similar adoptó el árbitro Juan Carlos Moreno en diciembre de 1998, en ocasión del choque entre Ituzaingó y Defensores de Cambaceres. Moreno sancionó una infracción al delantero visitante Luis Alberto Monteporzi, quien reprochó airadamente el fallo. El juez, acosado por los exabruptos del jugador, metió la mano en el bolsillo para extraer de él su tarjeta roja, pero al mismo tiempo se le escurrieron algunos billetes que había guardado en el mismo lugar. El dinero comenzó a desparramarse por el césped con la ayuda de algunas ráfagas de viento, pero los mismos jugadores de Cambaceres (entre ellos Monteporzi), con gran habilidad, reunieron rápidamente los papeles-moneda dispersos y se los regresaron a Moreno. Ante semejante gesto, el referí cambió la roja por amarilla. Con sus once hombres en la cancha, el cuadro visitante se impuso por tres a uno.

En mayo de 1961, el arquero Rodolfo Piazza, de la tercera de Vélez, se marchó temprano a los vestuarios después de cometer una falta a un rival de Lanús, que le valió la roja. Para sorpresa de fortineros y granates, Piazza apareció minutos después en el banco de suplentes de la primera del conjunto de Liniers. El capitán de Lanús, Héctor Guidi, protestó, pero el árbitro del encuentro, Miguel Comesaña, habilitó a Piazza: “Puede actuar porque yo no lo he expulsado”. Vélez ganó por tres a uno, sin necesidad de que Piazza reemplazara al guardavallas titular, Abel Sarmiento.

En 1914 un delantero de Boca, Francisco Fuentes, que debutaba en el primer equipo, fue expulsado del terreno de juego, aunque de esa decisión no participó el hombre de negro. Fuentes intentó ante el club Comercio ganarse

un puesto a fuerza de estratagemas muy alejadas del “fair play”, como arremeter con violencia contra sus adversarios, con golpes de puño y codazos, cuando el referí le daba la espalda. Esta metodología causó horror entre los simpatizantes xeneizes, a tal punto que el futbolista llegó a abandonar el partido para pelearse con los espectadores que reprobaban su actitud. Quien detuvo tal bochorno fue Donato Abbatángelo, el capitán de Boca, quien le ordenó a Fuentes que se retirara a las duchas a refrescar sus ideas.

No es para reírse lo que le sucedió a Ángel Cappa cuando era ayudante de campo de Jorge Valdano en el Tenerife de España. El 31 de octubre de 1993, domingo en el que el club isleño derrotó como local por dos a uno a la Real Sociedad vasca, por la primera división, el árbitro Raúl García de Loza mandó a los vestuarios al asistente del entrenador por sonreír. En su informe, el “colegiado” redactó: “En el minuto 87, cuando pité una falta en contra del Tenerife, éste (por Cappa) se levantó con los brazos abiertos protestando mi decisión, por lo que lo amonesté con tarjeta amarilla. En ese momento, y mirando para mí, echó una sonrisa despectiva, por lo que le mostré la roja de expulsión”. No sólo el ex técnico de Racing no salía de su asombro; el desconcierto también ganó a Valdano: “Cappa no abrió la boca. No sé si el colegiado habrá interpretado alguna mirada”.

En mayo de 2000, un árbitro de la primera división checa echó a un jugador porque se le había caído el número adherido a la espalda. El delantero David Zoubek, de 26 años, entró al campo en sustitución de un compañero del Hradec Kralove, que ese día enfrentaba al Bohemians de Praga. El referí advirtió la anormalidad y se la comunicó al atacante, quien regresó al banco para tratar de sortear el problema. El entrenador del Hradec trató de reparar la contrariedad con un trozo de cinta adhesiva. A los pocos minutos, al advertir que el número estaba de nuevo por el piso, el juez Karel Krula, sin dudas un hombre de poca paciencia, sacó la cartulina roja y echó al sorprendido Zoubek, quien seguramente se acordó de todos los familiares del hombre de negro, y también de los del utilero de su club.

El club Salto, el más fuerte de la liga de la ciudad uruguaya homónima - situada a 520 kilómetros al norte de Montevideo-, tenía en un arco al débil

Nacional. Salvo el guardametas, todos los jugadores salteños empujaban hacia la meta nacionalista, cuyos hombres se habían “colgado del travesaño” en pos del empate que precisaban para no descender esa misma tarde de junio de 1991. A escasos segundos del final del encuentro, un pelotazo encontró milagrosamente solo al delantero de Salto León, quien encaró hacia el desguarnecido arquero rival en la más propicia situación de gol de todo el partido. Sin embargo, el atacante desperdició el “mano a mano” con un remate que salió totalmente desviado. En medio del alivio de los jugadores de Nacional, uno de sus defensores, Edgard Olivera, se acercó a León y le besó la frente, en una extravagante forma de “agradecimiento” por semejante “gentileza”. La conducta de Olivera fue advertida por el árbitro José Sequeira, quien echó directamente al baboso zaguero.

A lo largo de los cien años de historia del fútbol argentino, los “negros” encargados de hacer cumplir el reglamento siempre se caracterizaron por ser los “malos de la película”, y, como tales, los implacables responsables de castigar tanto a jugadores, técnicos y asistentes, como a dirigentes, chicos “alcanza-pelotas” y toda clase de intrusos. El inflexible Luis Pestarino sabe bastante de esto: durante el encuentro en el que Banfield derrotaba a Estudiantes por tres a uno, el 23 de octubre de 1966, se produjeron algunos incidentes en las tribunas. Mientras el juego continuaba, un policía cruzó el campo, se apostó frente a la gradería donde estaban los hinchas más exaltados y disparó con su escopeta una bomba de gas lacrimógeno. Mas el humo, en lugar de calmar las cosas, sólo complicó la situación: durante la huida en masa de los espectadores sufrieron heridas varias de las personas que no tenían que ver con el pequeño grupo que causaba problemas. Frente a tal trastorno, Pestarino se acercó al agente y lo expulsó de la cancha. “Yo soy el responsable del espectáculo”, le gritó el árbitro al uniformado, que había complicado las cosas en lugar de apaciguarlas. La AFA aprobó la conducta del colegiado y días después difundió un comunicado en el que resaltaba que “la policía es un elemento ajeno al juego, y por lo tanto el árbitro es la única autoridad en el field”.

Desde mediados de la década del ‘90, el romance del fútbol con la TV provocó anormales situaciones. Muchas veces los partidos se inician con el visto bueno del productor de un programa, que avisa al referí el final de la

“tanda”. Cuando el árbitro quiere hacer cumplir el horario establecido, los hombres de la tele tienen siempre un as guardado en la manga. Esa carta fue utilizada el 12 de marzo de 2000 por la empresa Torneos y Competencias, encargada de emitir en directo el clásico entre San Lorenzo y Racing. El segmento comercial se extendía y el juez Horacio Elizondo se llevaba el silbato a la boca para dar el pitazo inicial. Casi junto con el silbido, uno de los empleados de TyC, Santiago Salinas, se introdujo en el campo, lo que obligó a Elizondo a detener las acciones. Hasta que el productor salió “expulsado” acompañado por algunos policías y el cuarto árbitro Ángel Sánchez, el canal codificado tuvo tiempo suficiente para reacondicionar la transmisión y dar paso al juego.

Embrolio inglés: El 8 de febrero de 2000, en Prenton Park, el equipo local, Tranmere Rovers, de la primera división -la segunda categoría inglesa-, derrotaba por uno a cero (gol de Wayne Allison a los 25 minutos) al Sunderland, de la Premier League, por la cuarta ronda de la FA Cup inglesa. A pocos minutos del final, cuando Sunderland peloteaba al equipo local en pos de la igualdad, el defensor Clint Hill cometió una fortísima infracción a centímetros del área del Tranmere. El árbitro Rob Harris cobró la falta y echó a Hill por la violenta acción. Casualmente, unos segundos antes, el entrenador John Aldridge había ordenado la sustitución de Hill por Stephen Frail. Cuando el defensor se acercó a la línea media, el cuarto árbitro David Unsworth, quien no había advertido la expulsión, mostró la pizarra electrónica y permitió que Frail ingresara por su compañero. Tanta confusión terminó por desbordar al propio Harris, quien no advirtió que el suplente, mal incluido, se había sumado a los zagueros. Para colmo, fue el mismo Frail el que rechazó, de cabeza, el centro lanzado desde el lugar de la falta que había cometido su compañero excluido. Tranmere continuó con sus once jugadores por algunos segundos, hasta que el técnico visitante Peter Reid avivó al referí, que, una vez que reparó en su error y el de su asistente, mandó a Frail de regreso a su lugar entre los suplentes. Tranmere ganó finalmente por la mínima diferencia. Dos días después, el comité supervisor de la competencia ratificó el resultado y absolvió al conjunto vencedor de cualquier culpa. A Rob Harris, en tanto, se lo suspendió por una fecha, a pesar de que ya se le había asignado el choque copero entre Gillingham y Bradford. El comité justificó la equivocación al señalar que “el referí y sus asistentes estaban bajo

un considerable nivel de presión”, y comunicó al Sunderland que “sus decisiones son finales, y por el bien del juego deben ser aceptadas”. El club albirrojo no sólo las aceptó, sino que, en un gesto difícil de encontrar en canchas de otras latitudes, Peter Reid dijo a la prensa que “según nuestro punto de vista no es la mejor decisión, pero la acatamos. Le deseo buena suerte a John (Aldridge) y a su gente, y todo lo mejor ante Fulham”. Tranmere siguió de racha y en la siguiente ronda derrotó “con regularidad” al Fulham, también de la primera división, por dos a uno, hasta que en el match siguiente cayó ajustadamente ante el poderoso Newcastle por tres a dos.

El 2 de diciembre de 1981 ocurrió un episodio parecido en cancha de Boca, durante uno de los partidos “de ida” de los cuartos de final del campeonato Nacional. En medio de las seis expulsiones que tuvo el choque entre los locales y Vélez Sarsfield -entre ellas la de Diego Maradona, en lo que sería su última presentación con la camiseta auriazul antes de marcharse a Barcelona), el técnico Silvio Marzolini mandó a Hugo Alves al campo de juego, en reemplazo de Carlos Córdoba, quien había salido lesionado. Ocurrió que ni Alves, ni Marzolini ni el asistente deportivo Enrique Fargas habían notado que, antes de abandonar el terreno en camilla, el árbitro Carlos Espósito había mostrado la tarjeta roja a Córdoba por una violenta falta, en la que casualmente el defensor se había lastimado. Alves actuó así tres minutos (del 64 al 66) hasta que el referí advirtió la irregularidad y ordenó al suplente regresar a su banco. Allí se produjo un segundo error del asistente Fargas, quien acompañó a Alves hasta el túnel, porque creyó que Espósito lo había expulsado. Al quedar los dos equipos con ocho hombres, Boca se impuso por dos a uno, pero fue eliminado de la competencia en el partido “revancha”, en el que Vélez ganó por tres a uno en su “fortín” de Liniers.

Expulsión a la brasileña: en enero de 1965, la federación paulista suspendió al referí Albino Zanferrari por quince días, por su desempeño en el caliente clásico Santos-Botafogo, ganado por los visitantes. “Dirigió con personales reglas de juego”, remarcó en su dictamen el tribunal de la federación que estudió el caso. ¿Qué grave error había cometido Zanferrari? Sólo haber mostrado la roja al “intocable” Rey Pelé.

Expulsión a la holandesa: en octubre de 1999, durante el clásico español

Barcelona-Real Madrid, el colegiado Manuel Díaz Vega escuchó un claro insulto dirigido hacia su persona proveniente del delantero holandés del cuadro catalán, Patrick Kluivert, quien reclamaba el cobro de una fuerte falta del defensor visitante Iván Campo. Díaz Vega, sin vacilar, le mostró la roja. El atacante fue severamente reprendido por el capitán del Barça, Josep Guardiola, porque su salida se produjo en un momento clave del “derby”: los locales ganaban dos a uno y con un hombre más en la cancha los “merengues” lograron la igualdad. Al abandonar el vestuario, Kluivert apeló a una curiosa excusa para justificar su expulsión: negó haber injuriado a Díaz Vega -a pesar de que las imágenes de la televisión mostraron lo contrario-y se escudó en que no domina bien el idioma, “y a veces lo que digo no es lo que quiero decir”. Extraño, porque justamente Kluivert era reconocido por su facilidad para aprender idiomas. Así lo acreditaron sus compañeros, entre ellos el argentino Mauricio Pellegrino, quien en una entrevista otorgada a la revista “El Gráfico” recalcó: “Es un fenómeno. A la semana de llegar a España dio una conferencia de prensa en castellano”.

El 8 de noviembre de 1972, por la sexta fecha del Nacional, Huracán superaba en Parque de los Patricios a Estudiantes de La Plata por dos a cero. Los “pinchas” pugnaban por el empate, y poco antes del final del primer tiempo el árbitro Washington Mateo cobró un penal para los visitantes, producto de una clara falta. Sin embargo, a instancias de uno de los jueces de línea, Mateo se retractó y marcó un tiro libre directo, a centímetros del área “quemera”. La decisión disgustó a los jugadores albirrojos, que desaprobaron el cambio con enérgicos gestos y términos soeces dirigidos hacia el hombre de negro. En medio de la “montonera”, el referí sacó su tarjeta roja y se la mostró al volante central Carlos Alberto De Marta, de quien creyó haber escuchado un claro y grosero insulto. El match prosiguió y Huracán, con la diferencia numérica a su favor, estiró su ventaja a un cinco a uno final. Mateo elevó su informe y una semana después De Marta fue citado a declarar por el Tribunal de Disciplina de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA). El jugador pasó por la sede de la calle Viamonte 1366, se presentó ante el cuerpo, y un día después, lo que pudo haber sido una dura sanción, sólo se convirtió en una fecha de suspensión por “protesta de fallo”, según el expediente 6506 asentado en los registros de la AFA. ¿Por qué? El tribunal consideró que De Marta difícilmente pudo articular una injuria claramente

audible por Mateo, no sólo por el bochinche que imperaba en ese momento, sino porque el volante era sordomudo de nacimiento.

Ni los jueces de línea se salvan de las tarjetas rojas. El referí internacional peruano Fernando Chapell expulsó a uno de sus jueces de línea, por interpretar que realizaba una deficiente actuación en un partido de la primera división del Perú. Según Chapell, el desempeño del línea Víctor Suyn fue tan desastroso que le mostró la tarjeta roja a sólo 14 minutos del inicio del encuentro que el 6 de agosto de 1995 protagonizaban los equipos Torino y Melgar en la ciudad de Sullana.

Cuatro años después, un juez de la liga inter-regional italiana echó a su asistente Lorenzo Renda, banderín amarillo, por atender un llamado en su teléfono celular durante el choque entre Calenzano y Doccia.

Si las normas no eximen a los líneas, mucho menos podían dejar fuera a los árbitros. El 2 de junio de 1939, por el campeonato de primera, Boca Juniors y Racing Club de Avellaneda desarrollaron en la cancha de Ferrocarril Oeste un clásico cargado de golpes y mala intención ante la pasiva mirada del árbitro Juan Alvarez. El ambiente, cada vez más caliente, explotó en las tribunas con las expulsiones del delantero ribereño Alfredo González y al volante académico Mario Avals, quienes se agredieron mutuamente a puntapiés. Con Boca arriba por uno a cero, y en medio de un diluvio de botellas y piedras que caía al campo de juego desde las tribunas, especialmente de la racinguista, un proyectil hizo blanco en la cabeza de uno de los jueces de línea, lo que dio paso a la intervención de la policía. Debido a la imposibilidad de los efectivos de seguridad para calmar los ánimos de los hinchas exaltados, el subcomisario de la seccional 13, Alberto Patetta, le solicitó al referí que suspendiera las acciones. Como Alvarez se negaba inexplicablemente a parar el encuentro, el subcomisario envió a dos agentes que, de manera nada cordial, obligaron al hombre vestido de negro a abandonar el terreno y convertirse en el primer referí argentino en ver la tarjeta colorada.

Empero, posiblemente el caso más extraordinario se produjo en el suburbio londinense de Charlton, durante un partido de aficionados ocurrido en marzo

de 1998. Con el correr de las acciones, la situación se había tornado compleja para el árbitro Melvin Sylvester, cuyos fallos eran duramente cuestionados, uno a uno, por los jugadores. Ya en el segundo tiempo, cuando la paciencia de Sylvester llegó a su fin, el referí derribó de un puñetazo en el ojo a uno de los futbolistas que insistía en quejarse de su actuación. Al darse cuenta de lo que había hecho, Sylvester, sumamente compungido, sacó la tarjeta roja... ¡y se autoexpulsó! Entregó su silbato a uno de los jueces de línea y se marchó a los vestuarios, no sin antes prometer que nunca más volvería a dirigir.

Dos en uno.

Cada vez con más frecuencia, el fútbol ofrece dos deportes en uno: el que se juega con la pelota y los pies, y el que practican tanto protagonistas como hinchas con los puños. Muchos de los partidos -ya sean profesionales o amateurs-dan lugar a pleitos que se resuelven a las trompadas. Cómo olvidar los fenomenales bochornos producidos en la Copa Libertadores -que en las décadas del '60 y 70, especialmente, alcanzaron a todos los equipos, sin distinción de país-.

O en la Supercopa sudamericana, como en la edición del '95, cuando el "chino" Flavio Zandoná le acertó un duro castañazo al delantero del Flamengo Edmundo, luego de que el brasileño se burlara del defensor de Vélez, todo frente a las cámaras de televisión, por la eliminación del conjunto de Liniers. Si bien Zandoná no se comportó como un futbolista profesional, el defensor reaccionó cual ser humano común y corriente ante la canchereada del "animal".

Claro que la "víctima" no era dueña, precisamente, de un currículum impoluto: en octubre de 1994, mientras vestía la camiseta del Palmeiras, el "inocente" delantero atacó con puntapiés y golpes de puño a dos rivales del San Pablo durante un juego correspondiente al campeonato brasileño. Tras una dura suspensión, en febrero de 1995 Edmundo destruyó a patadas una cámara de televisión y agredió a golpes a su operador cuando el Palmeiras

visitó al Emelec por la Copa Libertadores. A raíz de este hecho, el agresivo jugador permaneció varios días detenido en la habitación de su hotel en Guayaquil, y recuperó la libertad gracias a las arduas gestiones llevadas a cabo por los diplomáticos brasileños en la capital ecuatoriana. Pocas semanas más tarde, en la madrugada del 23 de marzo, el “Animal” volvió a involucrarse en un incidente de violencia, pero esta vez la víctima fue uno de sus propios compañeros del Palmeiras, su compañero de cuarto, que se había negado a que el delantero ingresara en su habitación acompañado por tres mujeres, con quienes pretendía realizar una orgía.

Aunque dentro de la cancha se respete el “fair play” a rajatabla, en las tribunas o en los alrededores del estadio casi siempre habrá lugar para los golpes, aparentemente el medio favorito de los hinchas para dirimir puntos de vista discordantes. Sin embargo, no obstante son moneda corriente, algunos manotazos brotan con singulares contextos.

En noviembre de 1990, durante el encuentro que en la ciudad tucumana de Río Seco disputaban por la liga provincial los clubes Providencia y San Pablo, por el campeonato de primera B de la liga provincial, el árbitro José Sixto Valero expulsó al jugador Juan Carlos Santillán por una falta cometida contra un rival. Como pasa habitualmente en este tipo de situaciones, Santillán se acercó al hombre de negro para reclamarle la medida, pero en este caso no tuvo tiempo: antes de que pudiera abrir la boca, Valero le aplicó un feroz derechazo en el ojo, que le abrió una herida a la altura de la ceja. Con la cara tan roja como la tarjeta que le había enseñado, Santillán se retiró del campo, y se dirigió de inmediato a la comisaría local, para denunciar la inusitada actitud del referí. De inmediato, la policía envió al lugar a dos agentes, que detuvieron al violento árbitro. Eso sí: primero aguardaron a que sonara el pitazo final.

En medio de un amistoso que protagonizaban Macao y Hong Kong, el árbitro embocó un trompazo al delantero visitante Len Kin Wo, quien previamente le había arrojado la pelota a la cara, disconforme con su expulsión.

En enero de 1964, durante un choque entre los conjuntos regionales

italiano Camerino y Troia, el referí Francesco Druatto sancionó un penal para los visitantes, que terminó en gol. Con el marcador 1-2, el arquero del Camerino, Massimo Galassi, lanzó la pelota rápidamente al medio para reanudar las acciones, pero el balón golpeó a Druatto, que estaba de espaldas. El árbitro creyó que el guardametas lo había agredido, y le mostró la tarjeta roja. El capitán local, Cesare Vitali, insultó al hombre de negro, y también se ganó la expulsión. Enfurecido, un tercer jugador, Ennio Rabroni, derribó de un trompazo al juez. Sin inmutarse, Druatto se incorporó y, a puño limpio, enfrentó solito a su agresor y a los dos expulsados, que se habían sumado a la pelea. Sin dudas el árbitro contaba con excelentes condiciones para el pugilato, porque Galassi, Vitali y Rabroni terminaron en el hospital.

En el torneo regional del estado de Ceará, el juez Luis Vieira Vilanova, de 56 años, el más “viejo” del Brasil, impuso el terror entre los futbolistas, no por la severidad de sus fallos, sino por el poder de sus puños para responder a las ofensas verbales. El 27 de junio de 2000, en pleno desarrollo del clásico Fortaleza-Ceará, Vilanova otorgó un penal al equipo visitante. Los jugadores del Fortaleza se fueron encima del árbitro para protestar su decisión, y uno de ellos, el delantero Juari, tuvo la audacia de empujarlo. El veterano referí contestó con dos sopapos y una tarjeta roja. Tres años antes, en ocasión de un match entre Uruburetama y Tiradentes, Vilanova se peleó a puñetazos en el medio de la cancha con un futbolista que había osado emplear un insulto para recriminar un fallo. “o me llevo las ofensas para mi casa”, repetía este personaje del arbitraje brasileño, tan temido como respetado. Sin dudas, con un carácter diametralmente opuesto al de su colega inglés Melvin Sylvester, quien se autoexpulsó tras golpear a un jugador.

En la Argentina hay un antecedente: El 28 de agosto de 1949, durante un Boca-Independiente desarrollado en la Bombonera, el defensor local Francisco Perroncino corrió a reclamarle al árbitro Carlos Nai Foino que el empate “rojo” había llegado tras una falta cometida contra el arquero xeneize Claudio Vacca. Pero Nai Foino, hombre de pocas pulgas, no encontró mejor manera para callar el reclamo que aplicar un directo al mentón del recio zaguero, que cayó desvanecido. Esta acción provocó un verdadero descontrol en las tribunas, que culminó con una violenta represión policial, tres heridos de bala y decenas de contusos. El partido prosiguió el 14 de setiembre, y

aunque no fue expulsado, Perroncino fue sancionado con seis fechas de suspensión. También el irascible referí fue castigado: para la reanudación del match fue designado el juez inglés David Gregory.

Mas Nai Foino no dejó quietos sus puños: pocos meses después del polémico superclásico en el que Antonio Roma -claramente adelantado-le contuvo un penal a Delem en la Bombonera, que le permitió a Boca consagrarse campeón en 1962 una semana después, el referí fue designado para dirigir a River en el Monumental. Allí, en medio del juego, un conocido “barrabrava” local ingresó al terreno para recriminar a Nai Foino, con duros términos, no haber repetido la “pena máxima”. El árbitro esperó, inmutable, que su agresor se acercara y, cuando lo tuvo a distancia, lo durmió con una piña justa a la mandíbula.

Y la historia no termina allí: en 1965, al término de un empate a uno entre Atlanta y Huracán, Nai Foino se tomó a golpes con el técnico del “globo”, Ernesto Cucchiaroni. El referí, a su vez presidente de la Asociación de Árbitros, pasó esa noche detenido en una comisaría. Por este nuevo escándalo, la AFA volvió a suspender a Nai Foino, en este caso por nueve meses.

El 30 de marzo de 1969, Rosario Central y Newell’s Old Boys disputaron un clásico cargado de polémicas situaciones, agigantadas por una cuestionada labor del árbitro Luis Spinetto. Los “canallas” se pusieron en ventaja con un gol de penal, pero los “leprosos” -conducidos tácticamente por Ángel Tulio Zof, quien luego se convertiría en un símbolo centralista-dieron vuelta el marcador. Cuando el match se iba con lo que parecía un inobjetable triunfo rojinegro, el referí otorgó otro penal al conjunto de Arroyito. Los visitantes se lanzaron sobre el soplapios para protestar, y uno de ellos, el delantero Juan Carlos Montes, se retiró tomándose la cara. Al término del match, igualado en dos, el hombre de negro fue detenido por la policía. Sucedió que Montes había denunciado al árbitro por agresión: “Me adelanté para pedir una explicación por la sanción del penal y el señor Spinetto me aplicó un golpe de puño”. La versión del atacante de Newell’s difería notablemente de la aportada por el acusado, quien dijo que había extendido los dos brazos hacia adelante para atajarse del embate de los futbolistas, y afirmó no haber notado

que había cascado a uno de ellos. La explicación del referí no resultó creíble para la justicia, que lo condenó a cinco días de arresto por transgredir el artículo 86 del código de faltas, destinado a regular los incidentes en espectáculos deportivos. La AFA no se quedó de brazos cruzados, e inició una investigación que culminó el 8 de mayo, después de la recopilación de pruebas y los testimonios de los actores, linesmen y veedores, que culminó con la siguiente conclusión: “No existen en el expediente elementos claros y concordantes según los cuales pueda resultar probado que el árbitro Spinetto agredió al jugador Juan Carlos Montes”.

Estas ocurrencias pueden tomarse, de alguna manera, como represalia de los ataques de los que son víctimas, casi permanentemente, árbitros y jueces de línea. El 12 de febrero de 1972, un juez de línea fue asesinado a golpes por no haber levantado la bandera ante una supuesta “posición adelantada”. El sangriento suceso se produjo en la ciudad cordobesa de La Carlota, durante un picante choque entre Sportivo Rural de Santa Eufemia y Belgrano Juniors, de Arias, por un torneo regional.

En la ciudad mendocina de Uspallata, otra riña terminó con la muerte del árbitro que conducía las acciones de un partido entre un equipo de efectivos del ejército y el club Los Andes de esa localidad. El referí -el suboficial del Ejército Ernesto Aráoz, de 44 años- recibió un golpe en la tráquea del jugador Gustavo Ramón Astudillo, de 19 años, quien junto a sus compañeros reclamaba airadamente algunos fallos.

Estos son sólo dos negros ejemplos de una práctica que sólo es un poco menos común que el simple rodar de la pelota. Los árbitros son golpeados inclusive en los campeonatos organizados para los periodistas deportivos, y sus agresores son los mismos que luego, desde la computadora o con el micrófono en la mano, repudian acciones igualmente violentas. En 1999, el defensor de Peñarol Joe Bizera debió ser arrestado por la policía por golpear al referí Christian Lemus durante un juego “amistoso” entre las selecciones sub-23 de Chile y Uruguay, que tuvo lugar en Santiago. Bizera fue suspendido por un año por la Confederación Sudamericana de Fútbol y expulsado de la escuadra nacional. Antes de abandonar el estado andino, el defensor sufrió varias horas “a la sombra” y abonó una fianza equivalente a

200 dólares.

A fines de 1998, el volante italiano del Sheffield Wednesday Paulo Di Canio dio un violento empujón al juez Paul Alcock, quien cayó y se lesionó una pierna. Di Canio recibió una suspensión de once partidos en el torneo inglés y debió pagar una multa de 78.000 libras esterlinas (unos 131.000 dólares).

El 21 de marzo de 1995, durante una de las semifinales del torneo de fútbol de los Juegos Panamericanos de Mar del Plata, el delantero colombiano Arley Betancourt -quien luego actuó en el club Lanús- golpeó en la cara al árbitro costarricense Ronald Gutiérrez, por considerar que sus fallos favorecían a México, vencedor por dos a uno. La violenta reacción le costó a Betancourt un año de suspensión.

Una grave sanción recibieron los futbolistas amateurs José Queral, Pedro Navarro y Arcadio Remón, quienes en 1971 fueron condenados a “un año y un día” de prisión por la Corte Suprema de Madrid, por castigar al referí José María Nuez y mandarlo al hospital con conmoción cerebral, fracturas y contusiones.

Aunque no produjo con las manos, una de las “venganzas” más originales se registró en 1965 durante un partido de la liga yugoslava: el juez Platon Rejinac sancionó un penal en contra del Estrella Roja de Belgrado a sólo un minuto del final, y con el marcador igualado. Mientras diez de los jugadores rodeaban Rejinac para acordarse de toda su familia, el onceavo integrante del Estrella Roja abandonó la cancha, tranquilamente, por una puerta lateral. Sin embargo, lo que pareció un tibio descontento pronto se transformó en locura: al volante de su automóvil, el futbolista irrumpió en el estadio, destruyó el alambrado y comenzó a perseguir al árbitro por el terreno para atropellarlo. El desequilibrado jugador pudo ser controlado por la policía y condenado días después a dos años de cárcel por “intento de homicidio”. La nota cómica la dio la asociación de fútbol de Yugoslavia, que suspendió al enajenado deportista por solamente dos años.

También hay compañeros que se llevan a las piñas. El 3 de abril de 1967,

Estudiantes de La Plata superaba con comodidad a Racing, en Avellaneda, por dos a cero. A los 43 minutos del primer tiempo, los defensores visitantes Carlos Pachamé y Eduardo Luján Manera comenzaron a insultarse por una jugada que no había traído consecuencias para la valla “pincharrata”. Como las ofensas continuaban, se metió en el medio Carlos Bilardo. Mas el remedio del médico fue peor que la enfermedad: ciego de ira, Pachamé lanzó un puñetazo que hizo blanco en el “narigón”. La acción fue advertida por el árbitro, que de inmediato echó a Pachamé. Curiosamente, agredido y agresor prosiguieron luego una larga amistad, y juntos trabajaron al frente de la selección nacional, como entrenador y ayudante de campo, respectivamente.

El 22 de mayo de 1993, el jugador de Laferrere Eduardo Salces perdió una pelota que permitió un contra-ataque de Colón, que no obstante no llevó peligro al arco de Fabián Binzugna. Sin embargo, Cristian Medrano se acercó a su compañero Salces y, tras reprocharle el error, le asestó un cabezazo en el rostro. El árbitro Mario Gallina percibió la repudiable acción y, sin hesitar, mostró la cartulina roja al belicoso Medrano.

El 29 de marzo de 1964, Boca y San Lorenzo se enfrentaron por el torneo amistoso Jorge Newbery. Al término del primer tiempo, José Sanfilippo, suplente del conjunto xeneize, se levantó del banco e, indignado por no figurar entre los titulares, aplicó un derechazo en la boca a su entrenador, Aristóbulo Deambrosi. A pesar de ser una de las estrellas del equipo y haber llegado a Boca en una suma récord para el mercado local, el presidente Alberto J. Armando respaldó al entrenador y vendió a Sanfilippo a Nacional de Montevideo. Allí causó sensación durante una gira que el club de Montevideo realizó por Europa. Pero, genio y figura, en un partido ante el Standard Lieja de Bélgica el “nene” volvió a los manotazos. En este caso, eligió a un enorme congoleño de oscurísima piel, llamado Mulongo, para intercambiar manotazos.

En 1997, el delantero portugués Ricardo Sa Pinto noqueó con un derechazo a la mandíbula al técnico de la selección lusitana, Artur Jorge, porque éste había dispuesto no incluirlo en el equipo titular que enfrentaría a Irlanda del Norte por la clasificación para Francia ‘98. Sa Pinto fue suspendido y condenado a pagar una multa por 40 mil dólares. Trece meses más tarde, el

atacante de la Real Sociedad de España retornó al seleccionado portugués convocado por Humberto Coelho para enfrentar a Hungría con vistas a la Eurocopa 2000.

En octubre de 1962, mientras se desarrollaba un partido de la “B” uruguaya entre Arsenal y Chana, el árbitro y uno de los líneas se tomaron a golpes de puño para dirimir dos puntos de vista opuestos. Los dos hombres de negro debieron ser separados por los propios jugadores.

Pocos días después de haber nombrado como jefe de la policía de Corrientes al comisario general Julio Ángel Fernández, el interventor de la provincia mesopotámica Ramón Mestre -designado para ese cargo por el presidente Fernando De la Rúa-se encontró en medio de un escándalo: el flamante conductor de la fuerza de seguridad había sido condenado pocos días antes a realizar tareas comunitarias por haber agredido a golpes a un juez de línea durante un partido de la liga local. A mediados de 1999, Fernández atacó al asistente porque supuestamente había marcado una posición adelantada inexistente. Pocos meses después, una jueza de la localidad de Curuzú Cuatiá ordenó al policía desarrollar un año de trabajo “ad honorem” en el Hospital José Ramón Vidal de la capital correntina.

Corrían apenas once minutos del primer tiempo, e Independiente y Rosario Central igualaban sin goles en el estadio de la “doble visera”. El arquero local Sergio Vargas seguía atentamente las acciones del cotejo, hasta que un hecho inédito lo sacó de su concentración: con el rabillo del ojo alcanzó a ver un puño que se acercaba a su cara, y con un rápido movimiento logró esquivarlo. El guardametas retrocedió dos pasos y recién entonces se percató de lo que sucedía: un hincha rosarino había saltado el alambrado y, dentro del campo de juego, intentaba agredirlo. Vargas esperó un nuevo embate, volvió a eludirlo y con un certero derechazo puso “knock out” al atacante. Todo mientras el juego continuaba “normalmente” en al área visitante. “Supongo que este hombre estaba borracho o drogado. No creo que nadie en estado normal pueda intentar una locura semejante”, declaró Vargas al final del encuentro, mientras el hincha era llevado detenido a la comisaría primera de Avellaneda.

También la pasó mal con un hincha el delantero del Cruzeiro Oseas Reis dos Santos, quien recibió un pedrazo por negarse a firmar un autógrafo. El ataque ocurrió a la salida de un restaurante de la ciudad de Salvador, estado de Bahía, adonde el jugador había viajado para pasar las fiestas de fin de año junto a su familia. El agresor había reclamado un autógrafo para su hijo de nueve años, pero Oseas ignoró a su admirador y siguió de largo rumbo a su automóvil, sin pronunciar palabra. Irritado por el desplante, el aficionado insultó al futbolista, tomó una piedra y la arrojó a la cabeza del delantero, que sufrió un ligero corte.

A lo largo de este libro se presentaron numerosos hechos acontecidos en Rumania, que no dejan bien parado al fútbol de los Cárpatos. Aquí va uno más, quizá el más patético de ellos: en noviembre de 1999, angustiados por la derrota que sufrían en casa por dos a uno ante el Unirea Tricolor de Dabuleni al término del primer tiempo, los hombres del Agrifar de Intorsura rodearon al referí Dan Domenco y le propinaron una violenta paliza. Durante el entretiempo los ánimos se calmaron, y tanto los veintidós protagonistas como los dirigentes de ambos clubes acordaron continuar las acciones, pero dirigidos por uno de los jueces de línea. Quizá lo más grave del patético caso es que Domenco aceptó continuar en el lugar de su asistente, sentado en una silla por el mareo provocado por los golpes.

Los ejemplos se multiplican por miles, y el intercambio de puñetazos parece imposible de erradicar de las canchas y sus alrededores. ¿Habría que resignarse a “disfrutar” de dos deportes en uno? Sólo si las autoridades deportivas no castigan con extrema dureza estas expresiones con fuertes multas y severas suspensiones, y si la policía y los jueces no hacen más que cumplir con su trabajo: el de hacer respetar la ley y sancionar sin piedad a quienes la violan.

¡Qué boquita!

En un capítulo anterior se relató la expulsión de un defensor por besar a un

delantero rival que había perdido un gol increíble. Podría, entonces, ya que se citó el caso de un “besuqueiro”, señalarse un raro acontecimiento protagonizado por Alessandro Veronese, delantero del equipo amateur italiano Battaglia, sucedido en octubre de 1996: Veronese anotó con un potente remate de treinta metros el segundo tanto de su equipo -también “su” segundo esa tarde-, que le daba la ventaja ante el Della Rocca, y para festejar semejante hazaña se quitó la camiseta. Como ya estaba amonestado, la referí Anna de Toni le mostró la segunda amarilla y, enseguida, la roja. El goleador quedó atónito, y antes de abandonar el campo se acercó a la jueza, le estrechó la mano y le dio dos besos, uno en cada mejilla. Esta acción fue asentada por De Toni en su informe, que se elevó al Tribunal de Disciplina. Tras analizar el caso, el consejo inhabilitó a Veronese por dos partidos, uno más de lo que le correspondía por la “doble-amarilla”. En su resolución, el Tribunal determinó que “el insólito acto de confianza hacia el árbitro debe considerarse contrario al reglamento y castigado con una jornada de suspensión”.

No obstante las penalidades que acarrear, el beso es la acción menos violenta que un deportista (o cualquier persona, en realidad) puede realizar con su boca. Quizá la modalidad más común en los campos de juego sea el escupitajo, una de las actitudes

más bajas e inmundas. Los salivazos son harto conocidos, por ejemplo, por los futbolistas rivales de Boca que se acercan al selecto y educado Palco VIP de La Bombonera, cuyos valientes asistentes seguramente no reaccionarían de la misma forma “cara a cara” con el futbolista.

Tal vez un buen ejemplo para ellos sea el de un aficionado del club inglés Sheffield United, a quien se multó en el equivalente a 81 dólares y se le prohibió asistir por un año al estadio de su equipo favorito luego de admitir haber escupido al entrenador del Wolverhampton Wonderers, Graham Taylor. Robert Hollister, de 34 años y padre de tres niños, se presentó en forma voluntaria ante un tribunal de Sheffield y se declaró culpable de salivar sobre la humanidad de Taylor en un match disputado en abril de 1995.

Entre jugadores, algunas de las escupidas más recordadas son la del

holandés Frank Rijkaard al alemán Rudolf Voeller en los octavos de final de Italia '90, ante las cámaras de televisión, o la del paraguayo José Luis Chilavert a un periodista del programa televisivo “Palo y palo”.

En marzo de 1998, el juez en lo civil porteño Carlos Frontera condenó a Diego Maradona a pagarle al árbitro Ángel Sánchez 30 mil pesos, más intereses, por hallarlo culpable por los ataques verbales y un escupitajo denunciados por el referí. El incidente tuvo lugar el 15 de noviembre de 1994, cuando se enfrentaron el desaparecido Deportivo Mandiyú e Independiente, en la ciudad de Corrientes. El conjunto de Avellaneda -ya fuera de competencia, lejos de la punta y del descenso-se impuso por dos a uno, resultado que prácticamente condenaba a su rival correntino a retornar a la B Nacional tras ocho temporadas en primera.

El ex mediocampista de Racing Néstor De Vicente fue expulsado en un encuentro ante Gimnasia y Tiro de Salta, que la “Academia” disputó como visitante, por escupir a un espectador que lo había salivado previamente desde atrás del alambrado.

Igual que el línea cordobés Alcides Moyano, denunciado por los espectadores por “devolver” el escupitajo a la hinchada de un club de la liga mediterránea en mayo de 1970.

Durante su paso por el Aston Villa inglés, el delantero yugoslavo Savo Milosevic fue declarado “transferible” por lanzar un escupitajo contra un simpatizante que lo insultaba por perder una clara ocasión de gol. El incidente tuvo lugar el 18 de enero de 1998, cuando el Blackburn se impuso como visitante por cinco a cero en el Villa Park de Birmingham. Asqueada de tanta expectoración, la ministra de Deportes del Reino Unido, Kate Hoey, promovió una legislación para erradicar de las flemáticas canchas inglesas todo salivazo, incluso los que se dirigen al piso para despejar las vías respiratorias.

La aberración causada por las escupidas podría verse como un “juego de niños” frente a otra agresión aún más terrible: el mordiscón. Menos frecuente que la salivada, esta clase de ataque que popularizó el boxeador

estadounidense Mike Tyson frente a Evander Holyfield tuvo terribles imitaciones en las canchas. Una de las últimas y más promocionadas provino de la quijada del “profesor” Daniel Córdoba, entrenador de Chacarita, en medio de un partido entre Gimnasia y Esgrima La Plata y el club de San Martín, ocurrido en agosto de 2000. Desbordado por un gol anulado a su escuadra, el técnico quiso agredir al árbitro Juan Pompei y a uno de sus asistentes, Claudio Rouco. Expulsado, Córdoba fue retirado del campo de juego por varios policías. Su día de furia no culminó allí: antes de ser llevado a la seccional novena de La Plata, el DT mordió la mano del comisario Carlos Aroldo, a cargo del operativo de seguridad del match. Córdoba permaneció esa noche detenido, acusado de atentado y resistencia a la autoridad, lesiones y daño.

En enero de 1993, durante la final de la copa “La Amistad” entre los equipos amateurs españoles Electrofrío y Calderete, de la región de Navarra, el árbitro Ramón Ibarra respondió con un tarascón en el rostro a una queja del delantero local Eloy Medina. Aunque no fue formalmente expulsado, Medina abandonó el campo de juego para internarse en un hospital, donde se le practicó un injerto.

En la ciudad santafesina de Chabás los duelos entre los equipos de Atlético y Huracán son la gran atracción local. Una noche, durante la inauguración de un bar, uno de los jugadores de Huracán, Federico Osso, fue atacado por varios hinchas rivales. Uno de los agresores, Ismael Silveira, ex arquero de Atlético, arrancó de un mordisco la oreja derecha de Osso. El jugador fue internado pero los médicos no pudieron reimplantar el apéndice auditivo porque el perverso Silveira -luego detenido y procesado por “lesiones gravísimas”- lo masticó hasta dejarlo inservible.

Un hincha de un cuadro de la liga napolitana también perdió su oreja en octubre de 1969: un dirigente, Ugo Coppola, reaccionó con sus afilados dientes contra Catello di Palma, porque éste protestaba por la mala actuación del conjunto.

En enero de 1998, Sergio Cáceres, jugador del Cardedeu de la sexta categoría española, se enfrentó a palabrotas con el entrenador del Martinec

rival, Vicenc Junqué. La disputa verbal finalizó cuando Cáceres se fue de boca y clavó sus dientes en el rostro del técnico. El futbolista fue expulsado y Junqué llevado a un centro asistencial.

En octubre de 1998, una pelea entre los jugadores de dos equipos de aficionados de La Paz, Bolivia, terminó abruptamente cuando uno de los contendientes arrancó de un mordisco el dedo meñique de la mano derecha de su rival. La reyerta comenzó cuando los veintidós integrantes de los clubes Aps y Sincrat se trezaron en una batalla campal por diferencias propias del partido. El herido fue hospitalizado, y sus compañeros y la policía intentaron sin éxito recuperar la falange seccionada, por lo que no pudo ser reimplantada.

A las corridas

No hay caso. Para determinadas circunstancias no hay tiempo ni lugar, ni forma de ser evitadas. Cuando algo debe presentarse en forma inesperada, de nada valen las medidas que se extremen: siempre hay margen para una sorpresa. Todos pueden tener un accidente. Esto lo saben bien todos los futbolistas, por eso siempre hacen una “escapadita” hasta los sanitarios antes de encarar hacia el túnel. Mas toda prevención no siempre es suficiente.

Así podría definirlo Fabián Binzugna, guardametas de Deportivo Morón, quien el 21 de abril de 1999 tuvo que solicitarle al árbitro Rubén Favale que suspenda provisoriamente el partido ante Defensa y Justicia, por la B Nacional, porque los dolores de intestino lo tenían a mal traer. A los 25 minutos del segundo tiempo el “gallito” ya había realizado los tres cambios, y el inodoro más cercano estaba en el vestuario, a unos cien metros de la portería local. “Si tiene que ir al baño lo esperamos, es el arquero”, explicó Favale, piadoso frente a los cólicos que atormentaban a Binzugna. El juego se detuvo, pero no los pies del golero, que huyó hacia los sanitarios. Camino a los camarines, Binzugna fue asistido por el preparador físico del equipo, que lo ayudó a quitarse los guantes y el buzo, y cuando nada parecía interponerse con el alivio, media sorpresa más: los tres artefactos estaban ocupados por quienes habían sido reemplazados minutos antes: los zagueros Gonzalo Martínez y Luciano Kirokián, y el delantero Fernando Rodríguez. Al enterarse del apremio de su compañero, Rodríguez, el menos urgido, le dejó su lugar a Binzugna, quien se quitó rápidamente de encima el problema y retornó a la cancha. Más aliviado, el guardavallas opinó al término del encuentro que su necesidad habría sido producto de una intoxicación, porque la indisposición había alcanzado a sus tres camaradas de retrete. Uno que la ligó de rebote fue el pobre utilero, que debió soportar en carne propia el malestar de Martínez, porque el defensor no tuvo la suerte de llegar a tiempo al excusado.

Dos años antes, casualmente en la misma cancha, el arquero de Belgrano

de Córdoba Darío Sala padeció inaguantables retorcijones mientras se disputaba el primer tiempo ante Morón, también por la segunda división. Cada minuto que pasaba parecía interminable, y los latigazos castigaban con más fuerza ese abdomen maltrecho. Llegó el final de la primera etapa y el desahogo, tras una rápida carrera hasta el vestuario. Pero al promediar la segunda mitad los rebeldes raviolos del mediodía que no habían querido dejar los intestinos del pobre Darío explotaron, y ya no hubo forma de aguantar hasta el pitazo final. El espeso sufrimiento se liberó, y se escapó por una de las mangas del pantaloncito, justo arriba del punto del penal, que de blanco se volvió marrón. Sala se tiró al piso y actuó una lesión que ganó el Oscar gracias a la participación “de reparto” del médico cordobés, los camilleros y el suplente Bernardo Ragg, que entró en escena por el desdichado guardametas. Con el encuentro cuatro a dos para los visitantes, pasó lo que tenía que pasar: penal para Morón, en el último minuto. Un valiente “gallito” se animó a colocar la pelota sobre la “montañita” y pateó decidido (“total, a los botines los lava el utilero”, habrá pensado). El que no quiso saber nada fue Ragg, un portero de “guantes blancos”: se tiró para el otro palo. El triunfo ya estaba asegurado y, a esa altura, otro gol significaba “una mancha más al tigre”.

Un episodio similar involucró a los integrantes del plantel del Ciclón de Tarija, de la “B” de Bolivia, quienes no pudieron presentarse en la semifinal del campeonato ante Atlético Pompeya afectados por una epidemia de diarrea. Los dirigentes sospecharon que la evacuación colectiva estaba relacionada con “gente vinculada” a la institución rival.

Minutos antes del inicio del enfrentamiento entre el Turbine Potsdam y el FFC Francfort, por la liga femenina alemana, Conny Pohlers saludó por medio de los altoparlantes a su padre, sentado en las tribunas, por su cumpleaños número cincuenta. Para rematar su ofrenda, la joven de 22 años marcó el único tanto del match, lo que redondeó un regalo perfecto. Bueno, no tan perfecto, porque don Pohlers no pudo presenciar la conquista: en ese mismo momento estaba sentado en uno de los inodoros del baño de caballeros del estadio.

Un caso original protagonizaba cada jornada el brillante Enrique Omar

Sívori, un notable delantero de River y la Juventus de Italia: no podía enfilarse hacia el túnel si antes no efectuaba un “depósito” en el excusado del vestuario, aún sin sentir la más ligera necesidad. Una tarde, contó el mismo Sívori, se replanteó la anormal situación: “No puede ser que me deje dominar por una cábala”. Como no había ganas, salió a enfrentar su destino. No hubo nada que hacer. “No agarré una pelota en todo el primer tiempo. Cuando el referí pitó el final, salí corriendo y me metí en el baño. En el segundo tiempo la rompí”.

Justamente por cábala, Sergio Goycochea orinó dentro del campo de juego, ocultado por sus compañeros, antes de cada una de las dos series de penales - frente a Yugoslavia e Italia- que lo convirtieron en héroe del Mundial ‘90. En ambos casos, el portero contuvo dos disparos para darle el triunfo al seleccionado que conducía Carlos Bilardo.

Ese mismo procedimiento siguieron en 1993, por recomendación de un brujo, cuatro jugadores del club Tongorara en un estadio de Harare, la capital de Zimbabwe. Pero aquí la suerte no acompañó: el Tongorara perdió dos a cero y los cuatro muchachos fueron suspendidos “de por vida” por la Asociación de Fútbol local, porque hicieron sus necesidades, despreocupados, de “cara” a una tribuna repleta de hinchas rivales.

Está bien que Victoriano Arenas sea un humilde club de la categoría más baja del fútbol argentino, pero por más chica que sea una institución y su secretaría de prensa, no se puede justificar que la formación de los equipos sea presentada en papel higiénico, como sucedió en setiembre de 1985. Eso sí: el pliego estaba sin usar...

A no fiarse del papel higiénico: a mediados de 1970, el árbitro francés Gastón Delmas pasó un mes en el hospital por una herida en la cabeza provocada por varios rollos que le arrojaron en un estadio de la ciudad de Toulouse. Lamentablemente para Delmas, su desalmado agresor no había sacado los carretes de la caja de gruesa madera en la que habían sido guardados.

Durante el mundial juvenil que se realizó en Nigeria, los periódicos de

Lagos aconsejaban a los visitantes extranjeros concurrir a los estadios con paraguas, aunque el partido se jugase bajo un sol ardiente. Según el matutino Sport Vanguard, los adolescentes de ese país se divierten llenando bolsas con orina, que luego arrojan, desde lo más alto de las tribunas, sobre las testas de los desprevenidos concurrentes.

Asimismo, cuando se pelean instancias importantes, donde todo se define en un duelo “a todo o nada”, los partidos suelen extenderse más de la cuenta. Y entre tanto cambio de lado no hay tiempo para nada. En abril de 2000, el Surnadal y el Sunndal de Noruega no se sacaban diferencias en su choque por la Copa nacional, que seguía con el marcador en blanco a pesar que ya habían pasado los noventa minutos del tiempo “regular” y los primeros quince del alargue. Con tanto nervio, el arquero del Surnadal, Olav Fiske, impedido de correr hasta el vestuario, decidió eliminar algo de la “tensión” detrás de su portería. Pero el juez no se dio cuenta de esta circunstancia y silbó para permitir que el Sunndal sacase desde el centro. El avezado centrocampista Oddvar Torve notó que Fiske continuaba en su asunto y lo aprovechó: lanzó directamente desde el círculo central y la pelota se introdujo mansamente en el arco. Más que un gol “de oro” fue “dorado”. El Sunndal avanzó hacia la siguiente ronda, y los dirigentes del Surnadal reclamaron la anulación del encuentro y su reprogramación, no por la “macana” de su guardametas, sino porque consideraron que el referí autorizó la reanudación sin advertir que Fiske no estaba preparado.

Al término del encuentro entre Instituto y Unión, jugado en el estadio mundialista de Córdoba el 5 de julio de 1981, el volante local Raúl de la Cruz Chaparro concurre a uno de los vestuarios para someterse al control antidóping. Como el pequeño jugador se demoraba, el médico Christian Quijano, responsable del procedimiento, se acercó al baño para verificar lo que ocurría. Allí, el facultativo descubrió que Raúl había pasado el frasco a su hermano Rolando, también integrante del equipo local, para que cumpliera con el trámite. Según un comunicado de la AFA difundido el miércoles siguiente, Quijano impidió la maniobra y reclamó a Raúl que actuara de acuerdo con el reglamento. Esta acción fue negada por Raúl, quien reconoció que tanto Rolando como otro compañero, Juan José Meza, habían ingresado a ese cuarto “porque era el único baño que había”.

Un antidoping general: El 12 de junio de 1994, al final del empate en un gol entre Platense y Gimnasia y Esgrima La Plata, los 32 jugadores, entre titulares y suplentes, hicieron pipí por orden del juez federal de San Isidro Roberto Marquevich. A pesar de las sospechas del magistrado, que había actuado a raíz de una denuncia, todos los análisis, realizados en el laboratorio del CENARD, dieron resultado negativo.

La intención del árbitro Thomas Essbach, de la desaparecida República Democrática Alemana, no era mala. La situación del jugador Carsten Saenger -18 veces integrante de la selección del ex Estado socialista-le daba pena: llevaba casi una hora y no podía cumplir con el control antidoping porque el pipí no venía. Saenger tomaba agua a mares, pero la deshidratación sufrida durante el encuentro no aflojaba. “A ver, pibe, yo te ayudo”, le dijo cómplice Essbach, y llenó el tarrito por el “seco” futbolista cuando los responsables del prueba miraban para otro lado. La travesura saltó dos días después, cuando la muestra de orina dio “positivo”: el referí olvidó que se había tratado contra un resfrío con un medicamento que contenía sustancias que figuraban en la lista de productos prohibidos por la FIFA. Saenger y Essbach admitieron finalmente la travesura, y ambos fueron sancionados. Como reza el saber popular, fue peor el remedio que la enfermedad.

Arqueros de emergencia

A veces, las impensadas circunstancias del fútbol determinan que un arquero deba abandonar la cancha por lesión o por expulsión, y que, ya agotados los cambios que marca el reglamento, sea un jugador de campo el que ocupe su puesto. Una vez calzado el buzo y los guantes, el improvisado portero tratará de hacer las cosas lo mejor posible, consciente de que, si eventualmente debe ir a buscar la pelota al fondo de su arco, nadie podrá efectuar reproche alguno, dadas sus condiciones para ubicarse en otro sector del terreno de juego. Sin embargo, los mágicos rebotes de la número cinco, los caprichos del azar, o por qué no una arcana aptitud para pararse bajo los tres palos, pueden convertir a un cabizbajo delantero devenido en guardameta en el héroe de la jornada.↵

↵↵ La fría estadística indica que el magnífico goleador hispano-argentino Alfredo di Stéfano anotó 377 tantos en 521 apariciones con los colores de River Plate, Huracán, Millonarios de Colombia, Real Madrid y Real Club Deportivo Español de Barcelona. Además, consiguió otros seis en igual cantidad de partidos con la selección argentina, y otros 23 en 31 presentaciones con la camiseta roja furiosa de España. Lo que los números no dicen es que cuando su talento fue requerido para una función completamente diferente la “Saeta Rubia” no se echó atrás. El 30 de julio de 1949, durante un superclásico caliente, con River y Boca en los dos últimos lugares de la tabla de posiciones, di Stéfano debió reemplazar durante seis minutos a Amadeo Carrizo, desvanecido por un golpe en el hígado. Con las manos desnudas y apenas vestido con una camiseta de mangas cortas, “el Alemán” mantuvo el cero en su valla, hasta que el arquero se recuperó y ambos volvieron a sus puestos. Finalmente, el conjunto millonario se impuso por la mínima diferencia.↵ La designación de di Stéfano no fue casual. De hecho, él mismo se encargó de aclarar en numerosas oportunidades que su puesto favorito “siempre fue el arco”, y que despuntaba el vicio durante los entrenamientos cuando, en lugar de ensayar jugadas de ataque, se calzaba los guantes.

Otro gran verdugo de redes, el fabuloso Edson Arantes do Nascimento, Pelé, tuvo su tarde de gloria como número “1”. Tal vez haber marcado 541 goles en 560 presentaciones con el Atlético Club Bangú, Santos Fútbol Club y Cosmos de New York, o 77 en 92 compromisos de la selección brasileña le proporcionaron dotes para evitar la caída de su propio arco. El 19 de enero de 1964, por la semifinal de la Taça Brasil, Gremio derrotaba como local a Santos por 3 a 1 en el Pacaembú de San Pablo, hasta que “el Rey” anotó los tres tantos que dieron vuelta el resultado. Poco conforme con su hazaña, Pelé se instaló en el arco del equipo santista cuando el árbitro argentino Teodoro Nitti expulsó al guardameta Gilmar. Con la misma destreza que derrochaba al patear el balón, el “diez” ensayó varias espectaculares atajadas que impidieron el empate gaúcho y sellaron el triunfo del Santos.→ Sus notables condiciones para custodiar los tres palos parecen haber sido heredadas por su hijo “Edinho”, quien durante varias temporadas lució el buzo de ese club, aunque como titular.

En la Argentina esta contingencia se repitió muchas veces. En 1937, en un River-Huracán, el arquero millonario Sebastián Sirni se lastimó una mano y en su lugar se colocó Renato Cesarini. Sirni continuó el encuentro como delantero, y casi hace un gol.

El 16 de octubre de 1949, el portero Antonio Cammarata de Gimnasia y Esgrima La Plata abandonó el terreno al minuto de juego, tras chocar contra un oponente. La valla fue cubierta por Oscar Chiarini, y a pesar de la desventaja numérica y el improvisado guardametas, el “lobo” se impuso por dos a uno, con goles de Ruperto Camacho y Fernando Walter, quienes dieron vuelta el 0-1 anotado por Emilio Fizel.

Desde que comenzó la denominada Era Profesional en 1931, cinco jugadores de campo atajaron penales en la primera división de la Argentina, tras sustituir al arquero por lesiones o expulsiones. El primero de ellos fue Julio Nuin, defensor de River Plate, quien el 27 de setiembre de 1959 detuvo el disparo de Norberto Desanzo, de Atlanta. Nuin, quien reemplazó al expulsado Carrizo, no pudo evitar que sobre el final los bohemios ganaran con un gol de Mario Griguol.

Diez años después, el 4 de mayo de 1969, Iselín Santos Ovejero, marcador central de Vélez Sarsfield, atrapó un tiro del goleador de Gimnasia y Esgrima La Plata Delio Onnis. El conjunto de Liniers ganó por 3 a 0, a pesar de que su guardavalla, Miguel Marín, vio la tarjeta roja a los 8 minutos del segundo tiempo.

En Arroyito, el 22 de agosto de 1971, Racing de Avellaneda superaba a Rosario Central por 2 a 1 cuando Teodoro Nitti (otra vez) expulsó al golero visitante Rubén Guibaudó porque, según el referí, éste se había adelantado dos veces para atajar dos penales consecutivos. La tercera no fue la vencida: el centrodelantero Juan Carlos Cárdenas se paró sobre la línea de cal, rechazó con su mano derecha el remate de Roberto Gramajo y mantuvo su valla invicta hasta el pitazo final.↵

El defensor paraguayo Oscar López Turitich, de Platense, se sumó a la lista el 22 de abril de 1984 al sacar al córner el pelotazo de Fernando Morena, de Boca Juniors. Lo curioso fue que esa misma tarde Morena había vencido a Gabriel Puentedura, el arquero calamar. El partido, que se extendió 15 minutos más tras la osadía del marcador de punta guaraní, terminó 1 a 1.

La última proeza correspondió al volante David Carlos Bisconti, de Rosario Central, quien el 19 de abril de 1992 contuvo el penal pateado por Darío Scotto, de Platense. Otra paradoja: Ese mismo día el centrodelantero “marrón” había marcado tres de los goles con los que el equipo de Vicente López se impuso por 5 a 0.↵

↵ La centésima edición de la Copa de Escocia tuvo un ganador previsible, el Rangers de Glasgow, pero un final deslucido por un accidente sufrido por el guardametas del equipo perdedor, Jim Leighton, titular de la selección de ese estado británico en Francia '98, a su vez agravado por leyes anticuadas. A los dos minutos de juego, Leighton fue atropellado por el veloz delantero inglés Rod Wallace, quien sin intención golpeó con su rodilla la mandíbula del portero. El guardametas fue internado rápidamente al constatarse una fractura del maxilar inferior y la pérdida de varios dientes. El arco, entonces, fue ocupado por el delantero Robbie Winters, porque las anticuadas reglas de la Copa sólo permiten tres suplentes, y el Aberdeen, como casi todos los

equipos, no había apostado a ningún guardavallas en el banco de suplentes. Winters aguantó hasta los 35 minutos con la valla invicta, y detrás de la apertura del marcador llegaron tres anotaciones más.

En abril de 1993, Argentino de Rosario utilizó dos jugadores de campo para reemplazar a su arquero Arrabal, expulsado tras cometer un penal como “último recurso” ante Estudiantes de Caseros, por la B Metropolitana. Puesto que al entrenador Sánchez no le quedaban cambios, primero se calzó el buzo el mediocampista Vignolo, quien había ingresado pocos minutos antes por Comparetto. Pero a los 44 minutos del segundo tiempo Vignolo salió del área y tocó la pelota con la mano. Como ya estaba amonestado, la segunda amarilla significó su expulsión, y un nuevo reemplazo para el guardavallas: el número once Torrente. Con tantas facilidades, Estudiantes, que jugaba como local, se impuso por tres a uno.

Este tipo de situaciones inesperadas no sólo se producen dentro del área chica. Ha acaecido todo lo contrario: que sea un arquero el que supla a un compañero lesionado. Claro que, para que esto se cumpliera, se presentaron peripecias muy particulares. Con su clasificación para las semifinales, el seleccionado de Honduras se constituyó como la gran revelación de los XII Juegos Panamericanos disputados en 1995 en la ciudad de Mar del Plata. Pero la gran epopeya deportiva tuvo un alto costo en expulsiones y dobles amonestaciones, que se sufrió a la hora de enfrentar a Colombia por la medalla de bronce. Con el plantel diezmado por las tarjetas, el entrenador Cruz Carranza se vio obligado a reforzar el ataque con el arquero suplente Héctor Medina, ya que sus jugadores de campo apenas sumaban nueve. Si bien Medina no desentonó en su nueva función, poco pudo hacer ante el experimentado conjunto sudamericano, que se impuso fácilmente por tres a cero.

Algo similar le sucedió al guardameta del Atlético de Madrid José Molina, quien tuvo un insólito debut en la selección española. El 24 de abril de 1996, el combinado hispano igualó sin goles con su similar noruego en Oslo. Quince minutos antes del final, el técnico Javier Clemente debió recurrir a la extraña variante debido a que se había lesionado el volante Juan López y ya no quedaban más relevos que el propio Molina. “Cuando me lo

dijo, creí que era una broma, pero fue verdad. Hasta pude haber convertido un gol, que hubiese sido espectacular”, declaró el polifuncional arquero al término del encuentro.

En la Argentina, el que atravesó por esta situación fue el guardavallas de Vélez Bernardo Leyenda, quien actuó contra Independiente en un choque por la Copa Mercosur de 1999, que finalizó igualado uno a uno. La tarde del martes 21 de setiembre se completaron, a “puertas cerradas”, los últimos 45 minutos del encuentro suspendido por un petardo arrojado al portero velezano José Luis Chilavert. El equipo de Liniers presentó sólo tres suplentes, debido a que una buena cantidad de los miembros del plantel se encontraba afectado por lesiones o suspensiones. En realidad, sólo se iban a jugar los 45 minutos pendientes del match interrumpido unos días antes cuando una bomba de estruendo lanzada por alguien desde la tribuna roja afectó al paraguayo José Luis Chilavert. Nada hacía suponer una eventualidad, mas como Claudio Husaín y Cristian Bardaro ya habían ingresado, cuando Carlos Compagnucci se esguinzó el codo izquierdo al entrenador Julio Falcioni ya no le quedaban variantes, excepto dejar a su equipo con un hombre menos. Leyenda hizo su debut en primera, pero no llegó a tocar la pelota en los breves instantes que correteó por la cancha.

La fría mañana del 26 de agosto de 1906 no fue grata para el desaparecido club Barracas Athletic: solamente ocho de sus futbolistas se presentaron en la estación de trenes de Retiro para viajar a la ciudad de Campana, donde debían enfrentar a Reformer, el abuelo de Villa Dálmine y Atlético. No obstante la inferioridad numérica, los intrépidos muchachos decidieron trasladarse hasta la ciudad del norte bonaerense y caer con honor antes de resignar los puntos por no salir al campo de juego. Durante el trayecto, se decidió que el zaguero Winston Coe ocupara el arco, ya que uno de los que se había hecho la rabona era, ciertamente, el guardameta.→ El gran empeño desplegado por el pobre de Coe no alcanzó para impedir que Reformer, con todos sus titulares, aplastara al disminuido equipo porteño por 11 a 0. Y no era para menos. Al improvisado arquero, a quien apodaban “el manco”, le faltaba el brazo izquierdo.→

¡Qué animales!

“¿Por qué ellos sí y nosotros no, acaso no viajamos todos en la misma Arca?”. La queja, bien podría salir de la boca (fauces, picos...) del resto de los representantes del Reino Animal. No sólo porque aquí sobren los apodosos que identifiquen a los jugadores (la selección argentina que jugó el Mundial Francia '98 los tuvo de sobra con el “mono” Germán Burgos, el “burrito” Ariel Ortega, el “ratón” Roberto Ayala o el “piojo” Claudio López) o a los equipos (“gallinas” millonarias, “cuervos” azulgranas, “lobos” jujeños o platenses, “león” estudiantil, “calamares” platenses, “bichitos colorados” de Argentinos, “sábalos” de Colón y “gallos” de Morón), sino porque, aún las especies más salvajes y reacias a convivir con el hombre, estuvieron muchas veces alrededor de la pelota.

Una noche de agosto de 1999, una pára de jabalíes arrasó el campo de entrenamiento del Hertha Berlín, de la primera división alemana. Los animales, que seguramente no simpatizaban con el club capitalino, dejaron un panorama volcánico, plagado de cráteres, y con todo el césped comido. Aterrorizado por el ataque, el manager del club, Dieter Hoeness, exigió medidas de protección a la administración del equipo y la Inspección forestal, temeroso de que los jabalíes pasasen por la mañana para tomársela con los futbolistas.

Un año antes, una arremetida similar tuvo lugar contra el césped del estadio Francisco de la Hera, la casa del Extremadura. Pero en este caso fue una plaga de orugas la que devastó el terreno de juego. Para colmo, el desastre sorprendió al “canchero” horas antes del choque con el Athletic de Bilbao, que debió disputarse de todas formas.

El que sí se las vio feas fue un cordero “uruguayo” que fue pescado “in fraganti” mientras devoraba la hierba que tanto había costado acondicionar para la práctica deportiva al jardinero del club Liverpool. El borrego fue denunciado a la policía, que se llevó al pobre animalito, en patrullero, hasta la comisaría más cercana. Allí estuvo detenido dos días, hasta que fue liberado,

acaso por no contar con antecedentes judiciales.

Peor la pasó el burro búlgaro que transportaba a Mehmed Aliev en junio de 1998. Al cuadrúpedo no se le ocurrió nada mejor que empacarse a pocos kilómetros de la casa del irascible campesino, en la localidad de Asentevi, cuando restaban pocos minutos para el inicio de Inglaterra-Túnez, por el Mundial de Francia. Aliev lo azuzó un par de veces, y nada. Intentó picarlo con su cuchillo, mas el orejudo, que no quería saber nada, le tiró un mordiscón. El granjero volvió a su hogar a pie, aunque primero se tomó revancha con el tozudo animalito, al que degolló.

A partir de 1995, el club uruguayo Peñarol desarrolló una fenomenal campaña que le permitió alzarse con cinco torneos de liga en forma consecutiva. Increíblemente, muchos no atribuyeron el logro al brillante equipo forjado por el entrenador Gregorio Pérez, sino a la “suerte” que irradiaba el amuleto de la institución aurinegra: un loro que había sido regalado al presidente de la institución, José Pedro Damiani, por sus nietos. Damiani -el mismo que admitió a un perro como socio-no tuvo empacho en atribuir al plumífero talismán poderes sobrenaturales, que fue bautizado “Quinquenio”, y le confeccionó una camisetita especial con el número “5” en la espalda. Además, la imagen del bicho fue impresa en las entradas del clásico con Nacional que el 25 de febrero de 1998 abrió el Grupo IV de la Copa Libertadores de América de ese año. Como no podía ser de otra manera, Peñarol se impuso por dos a uno.

Para esa misma época, el Charlton Athletic contrató los servicios de un águila amaestrada, no para integrar la formación del primer equipo, sino para alejar de los techos del estadio The Valley a las molestas palomas que cada sábado manchaban con sus “necesidades” a los seguidores del club del sur de Inglaterra. El ave rapaz “debutó” contra el West Ham en la “Premier League”, y aunque al equipo no le fue nada bien esa temporada -bajó a la “premier division”, la segunda categoría-los hinchas (y sus esposas) quedaron muy conformes con el rendimiento de la nueva estrella.

Otro club inglés familiarizado con las plumas es el Norwich City: en sus primeros tiempos, sus colores identificatorios eran el azul y el blanco, pero

como esa ciudad de la costa este británica era muy famosa por la cría de canarios, cinco años después de su fundación se dejaron de lado las tonalidades originales, reemplazadas por el amarillo y el verde.

Algo comparable sucedió con el conjunto argentino Defensa y Justicia, que luego de algunas décadas de su nacimiento adoptó una tonalidad similar y, desde entonces, se lo conoce como “el Halcón”. Sin embargo, todo este recambio vino aparejado por un contrato publicitario con una empresa de colectivos, “El halcón”, que pintaba sus ómnibus con esa combinación cromática. Con el tiempo se cumplió el contrato, pero el conjunto del partido bonaerense de Florencio Varela conservó la mezcla verde-amarilla.

En la década del '50 Boca tenía como mascota un pato pintado de azul y amarillo, que normalmente deambulaba cerca del campo de juego de la Bombonera. Una tarde, en un choque contra Vélez, varios de los protagonistas se trenzaron en un escándalo de corridas y forcejeos, a pocos metros de uno de los laterales. En ese momento hizo su inoportuna aparición el pobre pato, que sin comerla ni beberla se comió el patadón de uno de los jugadores fortineros, que lo devolvió al otro lado de la línea de cal. Pasaron los minutos, retornó la calma, siguió el partido y todavía quedaban plumas del pobre palmípedo dando vueltas por el aire.

El timbú es un roedor originario del Brasil que identifica al Náutico de Recife. En un partido ante el Sport, su clásico rival, la parcialidad local lanzó a uno de estos animalitos al campo de juego. La presencia del bicho molestó a uno de los defensores del Sport, Saulo, quien pateó al bichito para sacarlo de la cancha. La actitud del zaguero fue denunciada a la Justicia por una sociedad protectora de animales. La causa prosperó y Saulo fue condenado a entregar 20 kilogramos de carne al mes al zoológico de la ciudad.

Otro zoológico, en este caso italiano, sirvió para levantar el ánimo de los jugadores de Camerún, que se preparaban para el Mundial Italia '90. Los responsables de la delegación africana cambiaron el lugar de la concentración escogido antes del inicio de la gira por otro cercano al parque de animales, para que los futbolistas visitaran a los leones, tigres y todos los especímenes originarios de su continente, y así sentirse un poco más cerca de casa. La

medida dio sus frutos, ya que los impetuosos cameruneses rugieron fuerte ese torneo: derrotaron en su debut a la Argentina, selección defensora del título y posteriormente subcampeona, clasificaron para la segunda ronda, vencieron a Colombia en octavos de final y cayeron ante Inglaterra en cuartos, por un estrecho 3-2 y con dos penales otorgados a los británicos por el polémico referí mexicano Edgardo Codezal.

En 1993, el equipo chipriota Apollon Limassol viajó a Milán para enfrentar al poderoso Inter por la segunda ronda de la Copa UEFA. Para hacer frente a tan importante rival, los dirigentes del Apollon alquilaron las instalaciones del club Vercellese, linderas al hotel elegido para la concentración. Pero cuando los muchachos mediterráneos pretendieron realizar sus ensayos, fueron corridos por una caterva de mosquitos (indudablemente hinchas del conjunto local) que les dejaron las piernas como coladores.

También tuvieron problemas para entrenarse los muchachos de Argentinos Juniors, quienes fueron perseguidos por un toro en el complejo deportivo del sindicato de los telefónicos. El vacuno se introdujo en la cancha en la que se desarrollaba un picado, pero luego de unos minutos, al ver que nadie le pasaba la pelota, se aburrió y retornó por el mismo agujero en el alambrado por el que había llegado.

Sí pudieron disfrutar de este deporte unos cerdos de la ciudad portuguesa de Trofa, quienes fueron utilizados como objeto de burla por los enfadados hinchas del Trofense hacia los dirigentes de la Federación de Fútbol de ese país europeo. Trofense se había salvado del descenso a la tercera categoría merced a un encuentro de desempate ante el Varzim, que se desarrolló en cancha neutral. Pero tras cinco meses de deliberaciones, la federación anuló el cotejo y ordenó que se ejecutara nuevamente, en dos choques de ida y vuelta. Fastidiados por la decisión, los seguidores del Trofense disfrazaron a los cerdos con camisetas de los dos conjuntos y los reunieron en una canchita improvisada en la plaza céntrica de la ciudad, para repudiar lo que consideraban una farsa.

En 1925, en la ciudad de Córdoba, llegaron a la final del campeonato de segunda categoría los clubes locales Vélez Sarsfield y Peñarol. El choque

definitivo se pactó en una canchita del barrio El Abrojal, y se designó a Carlos Libertario Linossi para controlar las acciones del trascendental desafío. A los treinta minutos de la segunda etapa, con el marcador uno a uno, Peñarol consiguió el gol que lo catapultaba a la división de honor del fútbol cordobés. Pero la conquista no fue bien recibida por los seguidores de Vélez, quienes, gracias a la falta de reja olímpica, decidieron ingresar al campo de juego para golpear a los futbolistas rivales, quienes a su vez fueron apoyados por sus partidarios. En medio de la riña generalizada, Linossi montó el caballo con el que había arribado al lugar, y comenzó a despejar a los exaltados espectadores. Recuperada la calma, el hombre de negro continuó su labor sentado en el lomo de su corcel, desde donde dirigió los últimos minutos. Fue el primer árbitro con cuatro patas.

Una leyenda parecida acompaña a Wembley desde el día mismo de su inauguración, el 28 de abril de 1923. Ese día se programó la final de la Copa entre el Bolton Wanderers y el West Ham. Unos 200 mil fanáticos se dieron cita en el glamoroso coliseo, que sólo tenía capacidad para 120 mil. Muchos de los espectadores invadieron el terreno por no conseguir un lugar en las repletas tribunas. Cuando todo hacía parecer que el match se suspendería un policía llamado George Scorey, montado en un caballo blanco, consiguió que la multitud retrocediera pacíficamente hasta detrás de la línea de cal, y cediera la hierba a los 22 protagonistas. Bolton se impuso por dos a cero, y ese encuentro pasó a la historia como “La final del Caballo Blanco”.

Grito de gol.

“Los actos extravagantes de júbilo no deben ser sentenciados como corrupción de nuestro deporte. ¿No es justamente la alegría ante el gol obtenido, el júbilo incontenible por la victoria, la emoción exuberante (la cual, gran parte de los seres de nuestra época sólo es capaz de expresar en los estadios) que aportan la mayor parte del éxito mundial del fútbol? La alegría del goleador es uno de los aspectos más naturales del deporte, una

culminación repetitiva para cada futbolista, un clímax emocional que puede gozar sólo si lo puede compartir con los espectadores. Las emociones positivas como júbilo espontáneo no deben ser deslustradas con un acto de punición. Sancionar el entusiasmo con tarjetas amarillas no corresponde al espíritu de nuestro juego. Los goles deben ser festejados como vienen. Continuemos regocijándonos libremente por la alegría en los goles y por el placer en el fútbol”.

Seguramente si se le pregunta al lector quién ha sido el autor de estas declaraciones, cientos de nombres, apellidos y pseudónimos correrían como catarata sin llegar a la respuesta correcta. Estos conceptos corresponden al presidente de la FIFA, Joseph Blatter, y fueron publicadas en la revista FifaMagazine de diciembre de 1984, cuando el suizo ocupaba la secretaría general de la entidad rectora de este deporte. Dieciséis años después, estas declaraciones se convirtieron en una curiosidad en sí mismas, porque es exactamente la FIFA la que pone límites a esos mismos “actos extravagantes” ponderados por Blatter.

El reglamento permite al goleador compartir su alegría con sus compañeros, pero nada de saltar carteles de publicidad, abrazarse con espectadores-fotógrafos-policías, desvestirse ni desplegar originales coreografías, so riesgo de ser amonestados o expulsados.

En 1998, los jugadores de Talleres de Remedios de Escalada recurrían cada sábado a graciosas e innovadoras galas para celebrar los tantos. El delantero Sergio Bonassiolle era uno de los promotores del show: de sus medias salió todo tipo de cotillón, como anteojos de goma, y hasta cartas españolas para jugar al “truco” con sus compañeros. La máxima producción la cristalizaron con los cartelitos de los cambios: en sus reversos escribieron letras para formar la frase “qué golazo” después de una conquista. El ingenio fue avanzando proporcionalmente con la cantidad de tarjetas amarillas que se cargaban a la cuenta de los artilleros del equipo del sur del conurbano bonaerense, hasta que una tarde, poco antes de salir por el túnel, un árbitro les advirtió que si se les iba la mano con la alegría amonestaría tanto al goleador como a quienes se sumasen a la fiesta. ¡Justo ese día habían escondido al costado de la cancha once enormes sombreros de copa con los colores rojo y

blanco tradicionales del club!.

El superclásico es, sin lugar a dudas, el partido más caliente de la temporada del fútbol argentino. Y el que se disputó el 12 de marzo de 1972 en cancha de River, por la primera ronda del campeonato Metropolitano, fue más caliente aún. Los goles visitantes llegaron unos tras otros de la mano -o los pies- de Ramón Ponce y Hugo Curioni, y con cada uno de ellos, festejos interminables condimentados por burlas hacia los rivales e hinchas locales. Las desmedidas muestras de alegría fueron advertidas por el referí Juan Carlos Rodríguez, quien llamó al capitán xeneize, Silvio Marzolini, y le advirtió que no toleraría otra celebración desmesurada. Boca marcó el cuarto, y Marzolini poco pudo hacer para evitar que sus compañeros dieran, otra vez, rienda suelta al alborozo. El árbitro, hastiado de tanto carnaval, expulsó al pobre capitán, que tuvo que pagar por la locura de sus camaradas.

El 13 de noviembre de 1997, Germán Cáceres consiguió de penal el tanto que desequilibró el empate a dos entre San Martín de Tucumán y Godoy Cruz de Mendoza, dos de los animadores de la B Nacional. Eufórico, el atacante albirrojo corrió hasta un costado de la cancha y se puso a leer un diario mientras un auxiliar del conjunto tucumano le “lustraba” el botín derecho con el que acababa de poner en ventaja a su cuadro. El árbitro Miguel Jiménez consideró desmedida la ceremonia, por lo que mostró una tarjeta amarilla a Cáceres. Como el delantero ya estaba amonestado, el acrílico se volvió rojo, y los mendocinos, gracias al “regalito”, consiguieron finalmente el empate en el último minuto.

Tal vez digno representante de la “flema” británica, el entrenador de la selección inglesa que participó en el Mundial Italia '90, Bobby Robson, ordenó a sus hombres no desplegar exageradas muestras de júbilo luego de cada conquista. “Esas provocadoras escenas son perjudiciales para el deporte, los aficionados y, además, son peligrosas. No queremos frenar el natural entusiasmo, pero una palmada en el hombro y un ‘bien hecho’ serían suficientes. Al fin y al cabo, los jugadores sólo cumplen su obligación y se les paga por ello”, declaró el sobrio conductor del conjunto que, luego, clasificó cuarto en el torneo.

En enero de 1989, el campeón venezolano Marítimo igualaba como local uno a uno con Arroceros, el conjunto más modesto de la primera división del Estado caribeño. Cuando nada parecía insinuar un cambio en el marcador, el delantero brasileño Edilberto consiguió el tanto que le otorgaba el triunfo al Marítimo. Tan contento estaba Edilberto que se abrazó con el primero que se cruzó en su alocada carrera. Claro que quien recibió el apretón era el árbitro Antonio López, quien, cuando se recuperó de la sorpresa, no dudó en extraer su tarjeta roja para echar al desubicado goleador.

Para algunos casos, las amonestaciones y expulsiones se quedan cortas, y, más que enviarlos a las duchas, a los efusivos celebradores habría que conseguirles una cita con el psicólogo. En diciembre de 1995, en el departamento paraguayo de Guairá, el centrodelantero de la selección de Villarrica, Carlos Román, no encontró mejor forma para festejar su gol que bajarse los pantalones hasta las rodillas. “No sé qué me pasó. Eludí al arquero, entré al arco con la pelota en mis pies y me emocioné”, intentó explicar el desenfadado atacante, que fue expulsado inmediatamente. A pesar de continuar con diez hombres la mayor parte del encuentro -Román fue expulsado a los 38 minutos de la primera parte-, el combinado de Villarrica superó al representativo de San José por tres a cero.→

Más que la derrota, a los aficionados del Mragovia de la liga regional polaca les cayó muy mal que el goleador del Reduta Bisztynek, Zbigniew Romanowski, mostrara el pene después de cada conquista. Al día siguiente del partido -que se jugó en abril de 1998-, los ofendidos hinchas enviaron una carta de protesta al periódico “Gazeta Olsztynska” porque debieron tolerar las groserías de Romanowski y la complacencia del árbitro, que no sancionó al maleducado delantero.

En abril del 2000, un futbolista iraní fue suspendido “de por vida” por una corte de ese país islámico por bajarse los pantalones y dar una “vuelta olímpica en calzoncillos” al gritar su gol. Mohsen Rassuli, joven atacante del club Saypa de Teherán marcó en el minuto 119 el tanto que le dio la victoria a su equipo en las semifinales de la Copa de Irán, frente al Pas, su rival tradicional. La exagerada muestra de exaltación no sólo fue vista por la multitud que colmaba el estadio: el match era transmitido en directo por la

televisión estatal, que generalmente corta este tipo de escenas en partidos internacionales. El caso de Rassuli fue considerado de tal gravedad que fue trasladado directamente a la justicia nacional antes de ser evaluado por el Comité Disciplinario de la Federación Iraní de Fútbol. A la dura pena se le añadió una multa equivalente a 33 mil dólares, que el deportista pagó mitad en efectivo y mitad en cuotas.

En setiembre de 1996, causó conmoción en Chile el vehemente festejo que el arquero Leonardo Canales y el defensor Carlos Soto realizaron cuando Héctor Cabello consiguió el gol del triunfo para Coquimbo. Especialmente porque el guardametas y el zaguero integraban la formación de... Provincial Osorno, el rival de Coquimbo esa tarde. Los dos jugadores fueron separados inmediatamente del plantel y sometidos a una rigurosa investigación. Buscados vivos o muertos por los furiosos hinchas de Osorno, Canales y Soto escaparon de la ciudad entre gallos y medianoches. Mas antes de fugarse se justificaron por su inusitada reacción: una férrea amistad con Cabello nacida cuando los tres compartieron otros equipos.

En los últimos años se popularizó entre los futbolistas de todo el mundo un festejo muy vistoso: levantar la camiseta del club para exhibir otra calzada debajo con alguna foto, un dibujo o una leyenda. Si bien al principio ninguna asociación opuso mayores reparos en este tipo de celebración, pronto las distintas ligas y hasta los mismos clubes tuvieron que tomar cartas en el asunto, porque el contenido de los textos de algunas remeras generaban ásperos conflictos.

Cuando el delantero del Arsenal de Inglaterra Ian Wright alcanzó un récord de goles, levantó su casaca roja para mostrar otra con la leyenda "Just done it" ("ya hecho") que parafraseaba el slogan de la firma deportiva que le proveía los botines. Casualmente, esa empresa era la misma que auspiciaba al conjunto londinense, lo que evitó severos conflictos.

Quien sí motivó engorrosas situaciones fue el "striker" del Liverpool Robbie Fowler, quien debajo del jersey "oficial" vestía un chaleco con un aviso de ropa "de calle". El patrocinante del Liverpool puso el grito en el cielo al ver como Fowler promocionaba otra marca en las fotografías de todos

los periódicos del país.

Cuando el torrente de “chivos” y “cargadas” inundó las canchas, las autoridades del fútbol mundial y de las distintas organizaciones prohibieron este tipo de exhibiciones, y anunciaron que las sancionarían con amonestaciones, expulsiones, suspensiones y multas en dinero, según la gravedad del hecho.

En Brasil, por ejemplo, la Comisión Nacional de Arbitraje anunció en 1999 que se castigaría con la tarjeta roja a quien expusiera leyendas debajo de la camiseta, y con amarilla a quienes ensayasen coreografías o utilizaran cotillón en sus festejos. No obstante, estas duras penas quedaron en medio de polémicas, porque no pocos jugadores se valieron de este medio para enviar mensajes de bien público.

En diciembre de 1999, el atacante de la Fiorentina Gabriel Batistuta dedicó su gol del triunfo contra el Milan a un chico israelí de nueve años que padecía una grave enfermedad renal, mediante una frase escrita en hebreo e inglés, impresa en una camiseta que llevaba debajo de la casaca “viola”. El notable gesto le valió al cañonero argentino el agradecimiento del Ministerio de Cultura de Israel, pero su caso quedó a estudio de Comisión Disciplinaria de la liga italiana, por violación al Código de Justicia Deportiva.

Quien no precisó pasar por los estrados de la federación española fue el brasileño del Deportivo de La Coruña Djalminha: convencido de ser un hombre “de acero”, antes de salir a la cancha contra el Valencia se puso una camiseta de Superman debajo de la albiazul del equipo gallego. Pero se quedó con las ganas de exponerla: se perdió cinco claras ocasiones para anotar y, para rematarla, pifió un penal.

Quizá para darle la razón a la FIFA, situaciones como las que vivió Michele Falce podría hacer recapacitar a los efusivos goleadores. Falce marcó para el Sagnino del campeonato amateur italiano, y se trepó al alambrado para compartir su júbilo con la hinchada. Pero al saltar de regreso al campo de juego, su alianza matrimonial se enganchó en un hierro y le seccionó el dedo. Mientras el atacante se revolcaba del dolor, sus compañeros

encontraron el trozo de falange y lo llevaron al hospital, donde fue reimplantado con éxito en la mano izquierda del desdichado Falce.

Más dramático culminó el grito de gol del joven Javier Febres Rivera, de sólo 18 años, quien en enero de 1990 anotó el gol del triunfo del Ciclón de la ciudad peruana de Surco, ante el Sport Sucre. Febres Rivera, al que se conocía como el “Maradona de Surco”, corrió a abrazar a sus compañeros, pero cayó fulminado por un infarto.

Casi como sucedió en diciembre de 1998 con Gabriele Faticoni, del conjunto amateur Capostradam de la liga regional de Pistoia, en Italia. El jugador, de 27 años, anotó de penal la ventaja para su equipo en un cerrado duelo con el Torbecchia, y durante el acalorado festejo se desplomó. Los compañeros del goleador y el propio árbitro intentaron reanimarlo, pero Faticoni murió antes de la llegada de una ambulancia, ante los ojos de sus padres, que presenciaban el partido en las gradas.

El 12 de abril de 2000, Instituto y San Lorenzo igualaban sin goles en Alta Córdoba, hasta que a los 9 minutos del segundo tiempo el delantero local Mauro Amato consiguió el único tanto del encuentro. En lugar de abrazarse con sus compañeros, el atacante corrió hasta la línea de fondo, saltó el cartel de publicidad y se abrazó con su esposa Cecilia, una fotógrafa que se encontraba entre los reporteros gráficos. Amato quiso sellar el grito con un beso, pero en ese preciso instante su compañero Lucas Rimoldi lo tomó de la cabellera para devolverlo al campo de juego.

El Genoa luchaba por el ascenso a la Serie A italiana, y en casa, frente al Atalanta de Bergamo, uno de los punteros del campeonato, había que ganar o ganar. El choque, cargado de roces, nervios y pierna fuerte, se evaporaba igualado en un tanto, hasta que el veloz delantero Davide Nicola trazó una diagonal fulminante que definió con maestría ante la salida estéril del arquero visitante Fontana. El goleador extendió su alocada carrera hasta un costado del campo, donde estaba sentado un grupo de policías, y se arrojó sobre una rubia y bella agente del orden, a quien besó apasionadamente. Era -reconoció luego el futbolista-una “amiga” que había “caído en su red”. Nicola no fue amonestado por tan apasionado festejo, pero quien sí vio la tarjeta roja fue la

chica: su esposo, que miraba el partido “en directo” por televisión, la llamó de inmediato al celular y la expulsó del terreno conyugal. Por lo visto, el despechado marido no se había enterado de las recomendaciones de Blatter.

Bibliografía

- Curiosidades Futboleras. Luciano Wernicke. Editorial Sudamericana, 1996.
- Curiosidades Futboleras II. Luciano Wernicke, Editorial Sudamericana, 1997.
- Historia del fútbol argentino. Tomos I, II y III. Editorial Eiffel, 1955.
- Historia del fútbol argentino del diario La Nación, 1994.
- Historia del fútbol amateur en la Argentina. Jorge Iwanczuk, 1992.
- El fútbol argentino, Alfonso Rey y Pablo Rojas Paz, Ediciones Nogal, 1947.
- Revista El Gráfico, editorial Atlántida.
- Revista Superfútbol, editorial Sineret.
- Revista FIFA Magazine, de la Fédération Internationale de Football Association.
- Revista Todofútbol, 1969.
- El libro del fútbol, Editorial Abril, 1976.
- Biblioteca total del fútbol, el deporte de los cinco continentes, Editorial Océano.
- Biblioteca total del fútbol, de los orígenes al Mundial, Editorial Océano.

-Copa Libertadores de América-30 años, Confederación Sudamericana de Fútbol, 1990.

-Diario Clarín, de Buenos Aires.

-Diario La Nación, de Buenos Aires.

-Diario Crónica, de Buenos Aires.

-Diario Deportivo Olé, de Buenos Aires.

-Diario La Prensa, de Buenos Aires.

-Diario La Argentina, de Buenos Aires.

-Diario Noticias Gráficas, de San Miguel de Tucumán.

-Diario Los Andes, de Mendoza.

-Diario El Mundo, de Buenos Aires.

-Diario Tiempo Argentino, de Buenos Aires.

-Diario El Diario, de Buenos Aires.

-Diario Campeón del deporte popular, de Buenos Aires.

-El ABC, diccionario enciclopédico del fútbol del diario deportivo Olé.

-Revista Mística, del diario deportivo Olé.

-Los Mundiales (1930-1994). Colección de la Agrupación de Diarios del Interior (ADISA).

-Reglamento Oficial del Fútbol Comentado e Ilustrado. Editorial Abril, 1974

-Anuario del fútbol argentino, Luis Carlini, 1938 a 1950.

-Cables de las agencias Diarios y Noticias (DyN), de la Argentina; Reuters,

del Reino Unido; Agencia Alemana de Prensa (DPA); Agencia Española de Prensa (EFE), Agencia Francesa de Prensa (AFP), Agencia Italiana de Prensa (ANSA) y los sitios Sportsya y Yahoo de la web.